

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría en Estudios de la Cultura

Mención en Estudios Interculturales

Transformaciones del Parque Montalvo

Narrativas, usos sociales, relatos y apropiaciones

El antes y el después del terremoto de 1949

Camila Soledad Rojas Arias

Tutora: Alicia del Rosario Ortega Caicedo

Quito, 2025



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Camila Soledad Rojas Arias, autora del trabajo intitulado “Transformaciones del Parque Montalvo: Narrativas, usos sociales, relatos y apropiaciones: El antes y el después del terremoto de 1949”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura con mención en Estudios Interculturales en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

19 de septiembre de 2025

Firma:



Resumen

Esta investigación analiza las transformaciones históricas y contemporáneas del Parque Montalvo en Ambato, Ecuador, desde sus orígenes como plaza matriz colonial en 1698 hasta la actualidad, examinando cómo este espacio urbano emblemático ha funcionado como territorio de disputa entre proyectos políticos. A través de una metodología cualitativa que articula la experiencia personal de la investigadora con trabajo de archivo: incluyendo la revisión de la hemeroteca provincial y el archivo nacional sección: Tungurahua, entrevistas en profundidad y observación participante, la tesis revela que el parque constituye un espacio urbano donde se superponen múltiples capas de memoria, poder y resistencia. El estudio identifica momentos clave de transformación: la construcción del parque-monumento (1905-1913) como cristalización del proyecto estético excluyente de las élites locales, el terremoto de 1949 que provocó una “democratización forzada” al convertir el espacio en un refugio, y las resignificaciones contemporáneas impulsadas por los movimientos sociales feminista, obrero e indígena.

Palabras clave: memoria colectiva, movimientos sociales, Parque Montalvo, resignificación, resistencia, transformaciones urbanas

A Antonia Guerrero, por enseñarme el valor del hogar, a amar la tierra y la
importancia del cuidar.

A Jenny Arias, por el amor y el apoyo incalculables, gracias por permitirme
soñar en grande. Sé que contigo el cielo es el límite.

Agradecimientos

Al concluir esta investigación que nació desde mis propias estancias y memorias, reconozco que cada página de esta tesis ha sido posible gracias a las manos, voces y recuerdos que me acompañaron en este recorrido de historia y memoria personal. Como bien aprendí a lo largo de este proceso, habitar un espacio de investigación significa lograr esa comunión entre lo académico y lo vivencial, entre lo individual y lo colectivo, entre lo que recordamos y lo que construimos juntos. Esta construcción conjunta me permite agradecer y expresar mi reconocimiento:

A Alicia Ortega, gracias a ti escribir nunca ha sido tan fácil, muchas gracias por darme un espacio en el que mi voz y mis memorias tienen cabida, por esas reuniones que se convirtieron en relatos, por el apoyo incansable, por recibirme en tu estancia y convertir palabras en abrazos y formas de cuidado.

A las memorias y las palabras de Neptalí Sancho, Betty Miño, Elías Tixilema, Doménica Alarcón, Itzel Jordán, Pedro Reino, espero poder agradecerles lo suficiente por compartir sus memorias y sus perspectivas conmigo. Creo que esta investigación nunca hubiera tomado forma sin su aporte.

A los profesores de la maestría, Santiago Arboleda, Santiago Cevallos, Paulina León, Alejandro Moreano, los conocimientos que compartieron conmigo y las retroalimentaciones durante las clases dieron forma a este trabajo.

A Antonia Guerrero, tus historias abue, son las que dieron la chispa para las ideas de esta tesis, espero que desde donde estes sepas que te abrazo, te extraño, y cuido todo lo que me enseñaste.

A Jenny Arias por enseñarme que puedo hacer todo lo que me proponga, por el apoyo y el amor incondicional, por los abrazos, las risas, el hacer de la casa una estancia para aprender, gracias por cuidarme, mamá. A Carlos Rojas por permitirme expandir mis conocimientos, por compartir tus historias conmigo, por enseñarme el valor de la palabra, del trabajo en conjunto y llevarme de la mano a encontrar otras realidades. Gracias por los aprendizajes, papá. A Yolita por hacer de su hogar un espacio al que siempre se puede llegar, y motivarme a terminar este proyecto. A Lu por estar, por enseñarme que la academia es su propio mundo y que todas las formas de escritura están permitidas. A Julia, Aureliano y Encha por permitirme volver a descubrir el mundo desde sus ojos.

A quienes me permitieron descubrir este pequeño mundo intercultural afroandino desde sus estancias, que me permitieron conocerlos y construir memorias en conjunto. Quienes hicieron las guaridas en Quito (Jeison, Carlos, Lucho, Caro), al baile y la importancia de encontrar el equilibrio académico (Alex), A entrar y salir (Nelly), Al apoyo, los abrazos y los consejos de escritura (Naty), A la contención emocional (Ari).

A Katic, por la juntanza, el arrunche, por estar cuando no esta nadie más, por abrazar cuando no es necesario abrazar, por los consejos académicos, la ñoñería, el apoyo. Porque a veces con palabras, a veces con abrazos, me decías todo lo que necesitaba saber.

A Jose, tu amistad es una de las mejores cosas que me dejó esta maestría, por tus consejos de escritura, el apoyo moral en mis locuras, por enseñarme que la crítica también puede ser constructiva, y que puedo escribir de otras formas más allá de las académicas.

A mi corazón y compañía constante, Frida.

Tabla de contenidos

Figuras	13
Introducción.....	15
Capítulo primero: Historia y transformación del Parque Montalvo	22
1. De Plaza Matriz a Parque: Los cimientos de un espacio identitario (1698-1905)	22
2. El proyecto estético de la élite local: La construcción del Parque-Monumento (1905-1913).....	28
3. Impacto del terremoto de 1949: reconstrucción física y simbólica.....	39
4. La democratización forzada del espacio público	41
5. La arquitectura de la supervivencia.....	43
6. El parque como centro de organización comunitaria	44
7. El juramento histórico: la resignificación simbólica	44
8. La Respuesta al Terremoto.....	47
9. Narrativas oficiales y su evolución a lo largo del tiempo	51
10. La narrativa del patrimonio y la memoria	53
11. Las tensiones en las narrativas contemporáneas	54
12. Análisis de los momentos clave en la historia del parque en la antigüedad	55
13. Reflexiones sobre la continuidad y el cambio.....	57
Capítulo segundo: Resistencia y resignificación en el Espacio Público	59
1. El Movimiento Feminista.....	59
2. El movimiento obrero	63
3. El movimiento indígena.	68
4. Cronología de las manifestaciones contemporáneas: El Parque Montalvo como escenario de resistencia y memoria (1990-2024).....	76
4.1. Los levantamientos indígenas: La irrupción de los pueblos originarios (1990-2001)77	
4.2. La consolidación del sindicalismo contemporáneo: Las marchas del Primero de Mayo (1990-2010)	82
4.3. La emergencia del movimiento feminista: Las Guambras Verdes y la ocupación táctica del espacio (2018-2024)	83

4.4. Las movilizaciones de octubre 2019 y junio 2022: El parque como punto de convergencia	87
4.5. La ocupación cotidiana: transformaciones en los usos del parque	91
5. Conversaciones afectos y luchas en una estancia viva.....	93
Conclusiones.....	99
Obras citadas.....	108

Figuras

Figura 1. Plaza Matriz 1895	24
Figura 2. Plaza la Matriz 1870.....	26
Figura 3. Dibujos realizados por Francisco Durini/	307
Figura 4. Parque Montalvo 1945	29
Figura 5. Parque Post-Terremoto.....	40
Figura 6. Chunganas en Ambato	43
Figura 7. Movilización 1990	78
Figura 8. Tendedero 2025.....	855
Figura 9. Trabajo en el Parque.....	955
Figura 10. Youkali en el Parque	966
Figura 11. Carnaval en el Parque.....	977

Introducción

El proceso investigativo e histórico de esta tesis ha sido un proceso de análisis personal, de reconocer cosas que ya sabía, pero no consideraba como propias. Es de esas migrañas que empiezan cuando te late la vena de la frente, cuando te acercas de manera clara a la desigualdad social con datos. ¿Por qué habitar este parque? ¿O, mejor dicho, esta plaza convertida en parque? Habitar un parque significa lograr esa comunión con la naturaleza, ser y convertirse en un lugar de encuentro, de escape, de revolución.

Como bien señala Elizabeth Jelin, “la discusión sobre la memoria raras veces puede ser hecha desde afuera, sin comprometer a quien lo hace, sin incorporar la subjetividad del/a investigador/a, su propia experiencia, sus creencias y emociones” (2002, 4). Esta reflexión valida completamente el enfoque que decidí adoptar, donde mi vínculo afectivo con el Parque Montalvo se convierte en un punto de partida legítimo para la investigación académica. Es mi espacio individual, mi estancia, que me ha formado no solo desde mi identidad cultural, sino también como un proceso académico vital.

Un 30 de diciembre del 2024, leyendo sobre las *Estancias* de Alicia Ortega me di cuenta de que es mi proyecto y puedo escribirlo a partir de mí, de Camila, desde mi estancia, como dice Alicia

Estancias que contienen flujos de vida, retazos de memoria, imágenes que resplandecen, vibraciones corporales, vínculos con otros cuerpos. Estancias que conectan el antes y el ahora, lo cercano y lo lejano, lo propio y lo compartido. Estancias que hacen posible comparar, proyectar, desear, imaginar, escribir. (Ortega 2022)

El Parque Montalvo que habita en mis memorias infantiles, donde corría detrás de las palomas y compraba helados de mora, tiene raíces que se extienden mucho más allá de mi propia existencia. El Parque Montalvo, ubicado en el corazón histórico de Ambato, Ecuador, constituye el objeto central de esta investigación. Este espacio urbano emblemático, que hunde sus raíces en la plaza matriz colonial establecida en 1698 ha funcionado durante más de tres siglos como un territorio donde se materializan las tensiones políticas, sociales y culturales más profundas de la ciudad. Su importancia trasciende su función ornamental para convertirse en un espacio donde convergen memorias en disputa, proyectos de poder y resistencias populares que han moldeado la identidad ambateña a lo largo del tiempo.

La transformación de esta antigua plaza matriz en el actual Parque Montalvo no fue un simple cambio estético, sino la cristalización de un proyecto político específico de las élites locales que buscaba modernizar la ciudad según los cánones europeos de principios del siglo XX. Entre 1905 y 1913, bajo el diseño del arquitecto italiano Francisco Durini, se materializó un espacio dedicado a exaltar la figura de Juan Montalvo, el "Cervantes de América", como símbolo del progreso y la cultura ilustrada. Sin embargo, este proyecto originalmente excluyente se vio profundamente transformado por eventos históricos como el devastador terremoto de 1949, que provocó una "democratización forzada" del espacio al convertirlo en refugio para miles de damnificados, rompiendo definitivamente las barreras sociales que habían caracterizado su uso.

En las últimas décadas, el parque ha experimentado nuevas formas de resignificación impulsadas por movimientos sociales contemporáneos. El movimiento feminista, articulado principalmente alrededor del colectivo Guambras Verdes, ha desarrollado "pedagogías feministas del espacio público" que cuestionan las violencias patriarcales y construyen nuevos imaginarios sobre la condición femenina en Ambato. El movimiento obrero mantiene su presencia histórica a través de las marchas del PPrimer de Mayo de Mayo, actualizando una tradición que se remonta al histórico Congreso Obrero de 1938. El movimiento indígena, por su parte, ha logrado las transformaciones más radicales al ocupar estratégicamente este espacio durante los levantamientos de 1990, 1994, 1997, 2000 y 2001, y posteriormente en las movilizaciones de octubre 2019 y junio 2022, desafiando los imaginarios coloniales que tradicionalmente definían quiénes tenían derecho a habitar el centro urbano.

Estas disputas revelan tensiones más profundas entre narrativas oficiales que buscan fijar una memoria patrimonial estática del parque como símbolo identitario, y memorias subalternas que lo reivindican como territorio vivo de experimentación política y construcción de ciudadanía. Las élites locales han desarrollado estrategias de apropiación simbólica que buscan domesticar las resistencias populares, mientras que los movimientos sociales despliegan tácticas de resignificación que cuestionan los usos hegemónicos del espacio público.

Esta investigación se basa en un trabajo exhaustivo con fuentes documentales que reposan en diversos archivos. El Archivo Municipal de Ambato proporcionó documentación fundamental sobre la construcción del parque (1905-1913), incluyendo oficios y actas de la Junta del Parque y Estatua Juan Montalvo que revelan las tensiones

políticas y financieras del proyecto original. El Archivo del Consejo Provincial de Tungurahua custodió registros cruciales sobre el terremoto de 1949 y los procesos de reconstrucción posterior. La documentación sobre el histórico Congreso Obrero de 1938 se consultó en el Archivo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, mientras que testimonios contemporáneos fueron recogidos a través de entrevistas en profundidad con actores clave como Elías Tixilema, dirigente histórico de la Organización de Comunas de Pueblo, Betty Miño, investigadora cultural con más de 20 años de experiencia, y Gerardo Nicola, historiador local especializado en la arquitectura patrimonial ambateña.

La pregunta central que guía esta investigación surge de la necesidad de comprender: ¿Cómo han evolucionado las narrativas, usos y apropiaciones del Parque Montalvo en Ambato desde su construcción hasta hoy, y de qué manera las tensiones entre la historia oficial y las acciones de los movimientos sociales contemporáneos han resignificado este espacio público? Detrás de esta interrogante se esconde un problema más amplio: el choque constante entre versiones oficiales de la memoria que exaltan figuras como Juan Montalvo y construcciones identitarias específicas, y las narrativas que emergen de los grupos sociales que cotidianamente usan, recorren y se apropian del espacio.

He estructurado mis objetivos reconociendo que cada transformación nominal del espacio de plaza matriz a Plaza de la Constitución y finalmente a Parque Montalvo cristalizaba un proyecto político específico y, simultáneamente, silenciaba otros posibles:

- Analizar las transformaciones históricas del Parque Montalvo desde sus orígenes como plaza matriz colonial (1698) hasta su configuración contemporánea, identificando los momentos clave como la construcción del parque-monumento (1905-1913) y el impacto del terremoto de 1949 en su democratización forzada.
- Examinar las formas de resignificación y resistencia desarrolladas por los movimientos sociales contemporáneos feminista, obrero e indígena, analizando cómo sus prácticas de ocupación y apropiación han transformado los significados del espacio público.
- Identificar las tensiones entre narrativas oficiales y memorias subalternas que se expresan en el parque, evaluando cómo estas disputas simbólicas reflejan relaciones de poder más amplias en la ciudad de Ambato.

He optado por un enfoque cualitativo que, siguiendo a Michel de Certeau, se interesa no en el fin o el propósito del espacio cultural, sino en la forma en que se hace uso de él. En su obra "La invención de lo cotidiano", De Certeau propone mirar los espacios no como estructuras fijas impuestas desde arriba, sino como escenarios donde los sujetos practican, resisten y reinventan el orden establecido mediante usos creativos, tácticos y situados. En esta línea, la metodología aquí adoptada no busca tanto definir qué es un espacio cultural o cuál debería ser su función, sino comprender cómo los distintos actores lo viven, lo narran y lo transforman, revelando los modos de hacer cotidianos que configuran su sentido político e histórico.

Desde esta perspectiva, el trabajo metodológico se articula en torno a prácticas de lectura, escucha y participación que inscriben la experiencia situada del investigador como parte del objeto de estudio. Interesarme por las prácticas más que por las estructuras o discursos oficiales implica observar cómo los sujetos se mueven dentro de los marcos institucionales, cómo los habitan y los reescriben a través de gestos, memorias o apropiaciones simbólicas. La metodología de De Certeau invita, por tanto, a atender a las pequeñas invenciones y tácticas que emergen en el uso cotidiano del espacio, y que frecuentemente escapan a la mirada disciplinaria o archivística tradicional. Esta metodología incluye:

- Trabajo de archivo exhaustivo: Revisión sistemática del archivo municipal, documentación sobre el Congreso Obrero de 1938, registros del terremoto de 1949 y la reconstrucción posterior, revelando capas históricas previamente invisibilizadas que reposan en el Archivo Municipal de Ambato, el Archivo del Consejo Provincial de Tungurahua y el Archivo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Entrevistas en profundidad: Conversaciones con Elías Tixilema (dirigente histórico de la OCP), Betty Miño (investigadora cultural), Gerardo Nicola (historiador local), cuyos testimonios se realizaron a lo largo del 2025, y llegaron a mi mediante conexiones personales, y de revisión histórica. Estas entrevistas realizadas no desde lo académico, sino desde lo personal iluminan dimensiones de la experiencia política que difícilmente podrían captarse desde la distancia académica tradicional.
- Observación participante: Documentación de manifestaciones contemporáneas, desde las acciones de las Guambras Verdes hasta las movilizaciones de octubre

2019, donde mi yo se convierte en una fortaleza metodológica que permite acceder a la experiencia corporal y afectiva de las transformaciones del espacio.

He organizado el trabajo en dos capítulos que se articulan desde una perspectiva de análisis cultural y memoria personal. En este marco conceptual, he integrado perspectivas de los estudios culturales e interculturales con enfoques feministas y de geografía crítica que permiten analizar las prácticas sociales desde una mirada crítica y posicionada. Las lecturas centrales que sustentan esta investigación incluyen los aportes de Elizabeth Jelin sobre los trabajos de la memoria y la incorporación de la subjetividad del investigador Michel De Certeau en torno a las tácticas de apropiación del espacio urbano y las "artes de hacer" de los usuarios, y Alicia Ortega con su propuesta de las "estancias" como espacios de memoria corporal y afectiva.

Estos referentes teóricos dialogan con conceptos clave de la antropología urbana, la sociología de los movimientos sociales y los estudios sobre resignificación del espacio público, particularmente las nociones de memoria colectiva, narrativas subalternas y resistencia cotidiana. Este entramado teórico se complementa con un abordaje que dignifica las voces y experiencias de los sectores históricamente marginados, reconociendo la construcción social y emocional del espacio público como un terreno de disputa continua donde se materializan las tensiones entre proyectos de sociedad antagónicos.

El capítulo primero. "Historia y transformación del Parque Montalvo" constituye un ejercicio que desentraña las capas históricas del espacio desde sus orígenes como plaza matriz colonial hasta su configuración contemporánea, analizando tres momentos clave: la construcción del parque (1905-1913) como cristalización del proyecto estético de la élite local; el impacto del terremoto de 1949 que provocó una democratización forzada al convertir el parque en refugio popular; y las transformaciones posteriores que consolidaron nuevos usos del espacio.

El capítulo segundo "Resignificación y resistencia en el Espacio Público" examina cómo los movimientos sociales contemporáneos han disputado y transformado los significados del parque, analizando específicamente las prácticas del movimiento feminista, la persistencia del movimiento obrero desde el Congreso de 1938 hasta las marchas actuales del 1 de mayo, y las estrategias del movimiento indígena desde los levantamientos de 1990 hasta las movilizaciones de 2019 y 2022.

Esta investigación se sostiene en un diálogo constante entre la experiencia personal y el análisis crítico. Mi propia historia se teje con estas luchas, y asumo esta

intersección como una fortaleza metodológica que permite acceder a dimensiones de la experiencia política usualmente invisibilizadas.

Éticamente, me comprometo a dignificar las voces de quienes han transformado el parque, respetando sus memorias y reconociendo que cada testimonio constituye una forma de resistencia contra el olvido institucional.

Reconozco las limitaciones del acceso fragmentado a ciertos archivos históricos y la subjetividad inevitable de la memoria entrevistada. Sin embargo, asumo esta subjetividad como un valor, porque la memoria colectiva es precisamente la expresión de múltiples voces y lecturas que se superponen en el espacio.

Esta tesis aspira a contribuir a una reflexión más amplia sobre cómo construimos identidad urbana, cómo ejercemos el derecho de uso de la ciudad, y cómo los espacios públicos funcionan como territorios donde se materializan las tensiones entre proyectos de sociedad. Mi invitación es que, al adentrarnos en estas páginas, reflexionemos juntos sobre las preguntas surgidas desde la propia experiencia afectiva: ¿Cómo podemos compartir un relato que entrelaza lo personal con lo histórico, lo íntimo con lo público, lo vivido con lo que está por resignificarse? El Parque Montalvo, según mis memorias y las de muchos, nació de la necesidad de encontrarnos, y hoy late con la fuerza de quienes luchan por resignificarlo y hacerlo más suyo.

Capítulo primero

Historia y transformación del Parque Montalvo

Este primer capítulo constituye un ejercicio de arqueología urbana y memoria personal que desentraña las capas históricas del Parque Montalvo de Ambato, desde sus orígenes como plaza matriz colonial hasta su configuración contemporánea. A través de un enfoque metodológico que abraza la subjetividad del investigador como herramienta analítica legítima, se explora cómo este espacio urbano ha sido escenario de continuos procesos de apropiación, disputa y resignificación social. El capítulo articula mi experiencia vivencial con el trabajo de archivo, revelando que la historia del parque no es simplemente la cronología de sus transformaciones físicas, sino el registro de los proyectos políticos, las tensiones de clase, de género, de raza y las resistencias populares que han moldeado la ciudad de Ambato a lo largo de más de tres siglos.

Como bien señala Michel De Certeau, “las ‘maneras de hacer’ constituyen las mil prácticas a través de las cuales los usuarios se reapropian del espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural” (De Certeau 1996, 39). Esta reflexión me resulta fundamental para entender cómo nosotros, los ambateños y los distintos movimientos sociales, nos hemos reapropiado del Parque Montalvo, un espacio que fue diseñado originalmente para exaltar la figura de Juan Montalvo. Mi investigación comenzó con la certeza de que este parque no era solo el escenario de mis memorias infantiles, sino un espacio urbano complejo, un lugar comunitario donde se inscriben disputas de poder, memorias en conflicto y proyectos en permanente negociación.

1. De plaza matriz a parque: Los cimientos de un espacio identitario (1698-1905)

El Parque Montalvo que habita en mis memorias infantiles, donde corría detrás de las palomas y compraba helados de mora, tiene raíces que se extienden mucho más allá de mi propia existencia. Según documenta el *Libro Rojo de San Juan de Ambato* un documento histórico fundamental que organiza la refundación de la ciudad de Ambato¹ tras su destrucción por el terremoto de 1968, “constituye la Plaza Matriz del

¹ Ambato es una ciudad andina situada en el centro del Ecuador, capital de la provincia de Tungurahua. Se encuentra a unos 2600 metros sobre el nivel del mar, en un valle atravesado por el río del mismo nombre, y es reconocida por su tradición artesanal, su historia de reconstrucciones tras los terremotos y su importancia cultural en la Sierra central.

Ambato fundado en 1698” (Garcés 1955, 49), estableciendo desde sus inicios un patrón urbanístico que perduraría por más de tres siglos. Esta plaza matriz no fue simplemente el antecedente del parque: fue el laboratorio donde se ensayaron las dinámicas de poder y exclusión que caracterizarían posteriormente al espacio que conozco hoy.

Gerardo Nicola, un ambateño que ha dedicado su vida a la investigación histórica de la ciudad me recordó en nuestra entrevista algo fundamental:

A pesar de que dices que quieres centrarte en el parque Montalvo, en el parque Montalvo tienes que hacer alusión de que la plaza se viene de 1698. Y eso no puedes quitarle el hecho de que luego se haya hecho parque es circunstancial, pero es porque es la plaza matriz. (Nicola 2025)

Esta observación cambió mi perspectiva completamente, haciéndome entender que el parque no surgió de la nada, sino que se edificó sobre los cimientos simbólicos y materiales de más de dos siglos de vida urbana.

La plaza matriz, establecida en 1698 siguiendo las ordenanzas coloniales españolas, funcionó durante más de doscientos años como el centro neurálgico de la vida comercial, religiosa y social de la ciudad. “Es la Plaza de la Constitución de 1813 a 1822, en honor a la Constitución de Cádiz, que declaró a los pobladores de las colonias ciudadanos en igualdad de condiciones que los españoles” (Garcés 1955, 45). Este cambio nominal no fue simplemente cosmético: revelaba las tensiones políticas que atravesarían el espacio durante todo el período republicano.

En el caso de la plaza matriz ambateña, cada transformación nominal registraba capas de memoria política que se pueden sentir: de plaza matriz a Plaza de la Constitución y finalmente a Parque Montalvo. Cada denominación cristalizaba un proyecto político específico y, simultáneamente, silenciaba otros posibles que me pregunto qué podrían haber sido.

Durante estos siglos coloniales y republicanos tempranos, el parque fue testigo de transformaciones graduales que reflejaban los cambios políticos y sociales del país. La plaza servía como punto de convergencia para las actividades mercantiles, especialmente los días de feria, cuando indígenas y mestizos de las zonas rurales llegaban con sus productos agrícolas y pecuarios, configurando dinámicas sociales complejas y que perduraron hasta bien entrado el siglo XX.

Gerardo Nicola recuerda vívidamente estas dinámicas: “los indígenas traían consigo todo el campo a la ciudad” (Nicola 2025). Esta descripción me permite entender cómo la plaza funcionaba como un espacio de encuentro intercultural, aunque también

de tensiones sociales que más tarde se manifestarían en las políticas de exclusión del parque.



Figura 1. Plaza Matriz 1895²

Fuente: Consejo Provincial de Tungurahua

James Scott me ayuda a comprender que los campesinos despliegan toda una serie de principios que tienen su propia racionalidad de acuerdo con su situación límite (2022, 199). Esta racionalidad se manifestaba en el uso intensivo de la plaza matriz los días de mercado, cuando se establecían redes de intercambio que expandían las regulaciones coloniales y republicanas. Como documenta Scott, estas prácticas constituían armas de los débiles que permitían la supervivencia económica de los sectores subalternos, pero también configuraban formas de encuentro y reconocimiento que trascendían lo material. En esos días, la plaza no solo era un centro de trueque, sino un espacio cotidiano donde se tejían vínculos familiares, alianzas comunitarias y afectos compartidos. Era el lugar donde se encontraban vecinos, parientes y viajeros; donde se compartían noticias, se negociaban oficios y se reafirmaba la pertenencia colectiva. Estas dinámicas, que unían el intercambio económico, simbólico y emocional, dieron forma al habitar urbano de Ambato.

² La Plaza Matriz de Ambato, trazada hacia 1689 en el núcleo fundacional de la ciudad, constituyó el centro político, religioso y comercial del antiguo asentamiento andino. Rodeada por las primeras casas consistoriales y la iglesia principal, funcionó como espacio de encuentro y representación del poder colonial.

Hacia finales del siglo XIX, la idea de transformar la plaza matriz en un parque comenzó a tomar forma como parte de un proyecto más amplio de modernización urbana que resulta fascinante y problemático a la vez. Este proyecto no era exclusivo de Ambato, sino que respondía a una tendencia continental de renovación de los espacios públicos según los modelos europeos, particularmente franceses.

Como documenta Jéssica Torres en su investigación sobre las transformaciones post-terremoto, la élite ambateña consideraba necesaria la intervención del Concejo Cantonal y creía que este debía asumir la responsabilidad que le competía en la modernización urbana (2021, 11). Esta tensión entre legitimidad popular del gobierno local y las imposiciones modernizadoras prefiguraba los conflictos que me interesan y que estallarían durante la construcción del parque.

Betty Miño, en su meticulosa investigación y trabajo en cultura durante más de 20 años me señaló que “siempre hubo y se dio de acuerdo con el proyecto identitario de la élite local. O sea, de cuál es la perspectiva estética que tenía la élite local en ese momento” (Miño Betty, 2025, entrevista hecha por Camila Rojas). Esta perspectiva estética no era neutra, sino que respondía a un proyecto político y social específico que buscaba reconfigurar el espacio público según los cánones de la modernidad europea.

La influencia de las ideas positivistas y del higienismo urbano se hizo evidente en los debates sobre el futuro de la plaza. Resulta revelador que “hasta hace poco la geografía analizaba la sociedad y el medio como un conjunto neutro, asexuado y homogéneo. Es decir, se interpretaba el mundo desde una visión masculina y se tenían en cuenta tan sólo las experiencias de los hombres”(García Ramón 2008, 26). Esta crítica feminista a la planificación urbana ilumina cómo el proyecto del parque invisibilizó sistemáticamente las experiencias de mujeres, indígenas y sectores populares.

No todos los sectores de la sociedad ambateña recibieron con beneplácito la idea de transformar la plaza matriz en un parque ornamental. Los comerciantes que dependían del mercado semanal, los transportistas que utilizaban el espacio como terminal de carga, y los sectores populares que veían en la plaza un lugar de encuentro y sociabilidad, expresaron diversas formas de resistencia al proyecto durante los años que se planteó el cambio.

Estas resistencias no siempre fueron explícitas u organizadas, sino que se manifestaron a través de prácticas cotidianas de uso del espacio que entraban en conflicto con la nueva visión ornamental. La transformación de la plaza en parque no

borró completamente la memoria colectiva del espacio anterior. Las prácticas sociales, los rituales comunitarios y las formas de apropiación popular del espacio dejaron huellas que persistieron incluso después de la construcción del parque.

Candau me recuerda algo fundamental: “sin memoria, el sujeto se pierde, vive únicamente el momento, pierde sus capacidades conceptuales y cognitivas. Su mundo estalla en pedazos y su identidad se desvanece”(2002, 5). En el caso del espacio que me ocupa, la persistencia de ciertas prácticas de memoria garantizó la continuidad identitaria de sectores que veían amenazada su pertenencia al espacio público central de la ciudad.

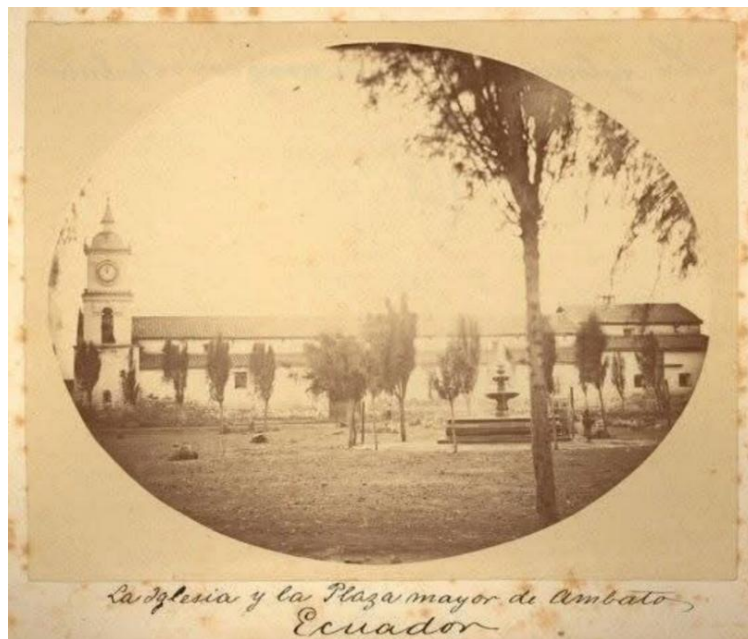


Figura 2. Plaza la Matriz 1870³

Fuente: Archivo Ambato Ayer y Hoy

Esta persistencia de la memoria se manifestó en las formas en que diferentes grupos sociales continuaron utilizando el espacio, muchas veces en contradicción con los usos previstos por sus diseñadores. Para mí, el parque nació para ser más que un homenaje a figuras célebres de la ciudad y mucho más que un simple lugar de esparcimiento. Nació para ser testigo de los usos que le ha dado la gente, de la forma que lo han habitado distintas generaciones, incluida la mía. Sin embargo, esta apropiación colectiva nunca ha estado exenta de tensiones: la historia del parque es una sucesión de disputas culturales, donde los proyectos oficiales de orden y representación

³ La plaza matriz de Ambato hacia 1870 aparece como el núcleo social y comercial de la ciudad, rodeada de viviendas coloniales y con la iglesia principal al fondo. Este espacio articulaba ferias, encuentros familiares y ceremonias religiosas, consolidando la vida urbana ambateña del siglo XIX.

chocan con las prácticas cotidianas, simbólicas y subalternas que redefinen continuamente el sentido del espacio público. Tal como señalan los estudios críticos sobre urbanismo, el espacio público es siempre un territorio en disputa, escenario de conflicto y negociación entre distintas formas de habitar, resistir y expresar identidad(Híjar 2012). Este proceso revela lo que desde los estudios culturales se conceptualiza como disputa cultural: un campo de tensiones donde distintos actores sociales pugnan por imponer sus significados, prácticas y valores sobre un territorio compartido. La disputa cultural implica que el espacio público no es neutral, sino un escenario donde se materializan relaciones de poder asimétricas y donde los grupos subalternos despliegan estrategias de resistencia frente a los proyectos hegemónicos de las élites.

Como plantean los estudios culturales, la cultura debe entenderse como "procesos activos de construcción y disputa por los significados", donde el diseño y uso de espacios constituyen campos de disputas por la construcción de sentidos. En el caso del Parque Montalvo, esta disputa se expresa en la tensión permanente entre las narrativas oficiales que buscan fijar una memoria patrimonial estática y las memorias subalternas que lo reivindican como territorio vivo de experimentación política. Siguiendo a De Certeau(1996, 82), podemos distinguir entre las "estrategias" de quienes controlan los espacios institucionalmente y las "tácticas" de apropiación desarrolladas por los usuarios ordinarios, quienes subvierten los usos previstos mediante prácticas cotidianas que resignifican el espacio desde sus propias necesidades y cosmovisiones. Así, el parque se convierte en un espacio donde cada generación inscribe sus propias luchas, afectos y reivindicaciones, transformándolo en un territorio en permanente disputa por su significado social y político.

“Las memorias individuales están siempre enmarcadas socialmente. Estos marcos son portadores de la representación general de la sociedad, de sus necesidades y valores” (Jelin 2002, 18). Los marcos sociales de la memoria operantes en la antigua plaza matriz incluían rutinas comerciales, rituales religiosos y formas de sociabilidad popular que serían sistemáticamente cuestionadas por el nuevo diseño del parque.

El período que va de 1698 a 1905 puedo entenderlo como una larga gestación del futuro parque. Durante estos dos siglos, se fueron acumulando las tensiones sociales, las aspiraciones estéticas y los proyectos políticos que finalmente cristalizarían en la decisión de construir el Parque Montalvo.

Como se documenta, “la devastación causada por este evento natural obligó a una reconstrucción no solo física, sino también simbólica del espacio”. Aunque Torres se refiere al terremoto de 1949, su observación aplica también al momento de transición de plaza a parque en 1905: ambos representaron momentos de reconfiguración simbólica del espacio que me ayudan a entender las capas de significado que habitan en él.

La plaza matriz no fue simplemente reemplazada por el parque, sino que fue reconfigurada según una nueva lógica espacial que privilegiaba la contemplación sobre el comercio, la decoración sobre la funcionalidad y la homogeneidad social sobre la diversidad. Esta reconfiguración no fue neutral, sino que respondió a un proyecto específico de modernización que tenía claros sesgos de clase, etnia y género que me ayudan a entender las tensiones contemporáneas.

2. El proyecto estético de la élite local: La construcción del Parque-Monumento (1905-1913)

La materialización del Parque Montalvo entre 1905 y 1913 representó mucho más que una simple obra de ornato urbano. Fue la cristalización de un proyecto identitario específico que buscaba redefinir no solo el espacio físico de la antigua plaza matriz, sino también las formas de sociabilidad y las jerarquías simbólicas de la ciudad donde crecí.

El proceso de construcción del parque me ha fascinado especialmente porque logré acceder a los documentos oficiales del período durante mi investigación de archivo. Esta documentación oficial revela no solo los aspectos técnicos y financieros de la construcción, sino también las tensiones políticas y sociales que rodearon el proyecto desde sus inicios. Las actas municipales, los memorandos administrativos y las correspondencias oficiales constituyeron una ventana privilegiada para entender cómo la élite local concibió y ejecutó su proyecto de modernización urbana.

Por élite local entiendo aquel grupo social que concentraba el poder político, económico y simbólico en Ambato a principios del siglo XX, conformado por familias terratenientes, comerciantes prósperos, funcionarios municipales y profesionales liberales que compartían un proyecto de ciudad inspirado en los cánones estéticos europeos y en una concepción excluyente del progreso. Esta élite controlaba los recursos materiales y simbólicos necesarios para transformar el espacio urbano, articulándose a través de redes familiares, instituciones municipales y asociaciones

culturales que les permitían ejercer un dominio efectivo sobre las decisiones que moldeaban la ciudad. Su proyecto de construcción del Parque Montalvo no solo materializaba sus aspiraciones estéticas, sino que funcionaba como un mecanismo de distinción social que les permitía diferenciarse de los sectores populares, campesinos e indígenas, a quienes explícitamente se les negaba el acceso mediante puertas cerradas y vigilancia de celadores.

El 16 de octubre de 1900, “a los 11 años de la muerte de Montalvo, el Congreso de la República aprueba la construcción de un monumento que perpetúe la figura moral e intelectual del ilustre ambateño” (Nicola 2020, 25). Esta decisión no fue espontánea, sino que respondía a la necesidad de las élites liberales de apropiarse simbólicamente de figuras intelectuales que legitimaran su proyecto modernizador, algo que me resulta particularmente interesante por las contradicciones que genera.

“Posteriormente se conforma la Junta del Monumento y Parque Montalvo, presidida por César Holguín, que tendría a su cargo todo lo correspondiente a decisiones, control y economía de dichas obras” (Nicola 2020, 26). La composición de esta junta me reveló las redes de poder que impulsaron el proyecto: comerciantes prósperos, funcionarios públicos y profesionales liberales que compartían una visión específica de la modernidad urbana que simultáneamente excluía las voces de los campesinos, los pueblos indígenas, los obreros, las mujeres y los sectores populares que constituían la mayoría demográfica de Ambato. Estas exclusiones no fueron accidentales, sino constitutivas del proyecto modernizador: el parque se concibió como un espacio de distinción social donde las élites podían performar su identidad ilustrada, manteniendo las puertas cerradas. Esta segregación espacial materializaba una jerarquía social que negaba a los sectores subalternos el derecho a habitar el centro simbólico de la ciudad, reservándolo exclusivamente para quienes detentaban el capital económico y cultural necesario para ser considerados ciudadanos legítimos.

“Lorenzo Durini Vasalli a nombre de la Compañía L. Durini & Hijos, se relaciona con Alfonso Troya de Ambato para tratar de formalizar los contratos de dichas obras a principios de 1905” (Nicola 2020, 26). La elección de los arquitectos italianos no fue casual: su estilo neoclásico iba de la mano con las ideas positivistas de los notables ambateños. Los Durini ya tenían experiencia en proyectos similares, habiendo trabajado en la remodelación de la Plaza Grande de Quito.

Francisco Durini realizó “los bocetos y conforma las ideas, que llegan a gustar a la junta por lo cual son aprobados en primera instancia”. El diseño propuesto incluía “16

puertas pequeñas 4 portones grandes y 205 metros de baranda, todo en hierro forjado, así como, 16 guirnaldas, 4 pilas y escudos, todo en hierro galvanizado” (Nicola 2020, 27).

El presupuesto inicial ascendía a cifras vertiginosas para la época: “un costo total del conjunto monumento y parque, en la suma de \$46.090,00”. Esta inversión se justificaba con una idea que me resulta reveladora: mientras más ornamentado el parque, mayor sería el apego de los ambateños al progreso y, por extensión, al programa liberal modernizador (Nicola 2020, 27).

Como documenta el archivo:

El proyecto del contrato contemplaba un costo de \$30.000 por el monumento completo. Por el parque, que incluía 16 puertas pequeñas 4 portones grandes y 205 metros de baranda, todo en hierro forjado, así como, 16 guirnaldas, 4 pilas y escudos, todo en hierro galvanizado, se proponía un presupuesto de \$14.590. (“Oficios y Actas de la Junta del Parque Juan Montalvo”, 1905, NAID: EC.AHN.ZT.M.AC, Archivo Seccional Tungurahua, Ambato)

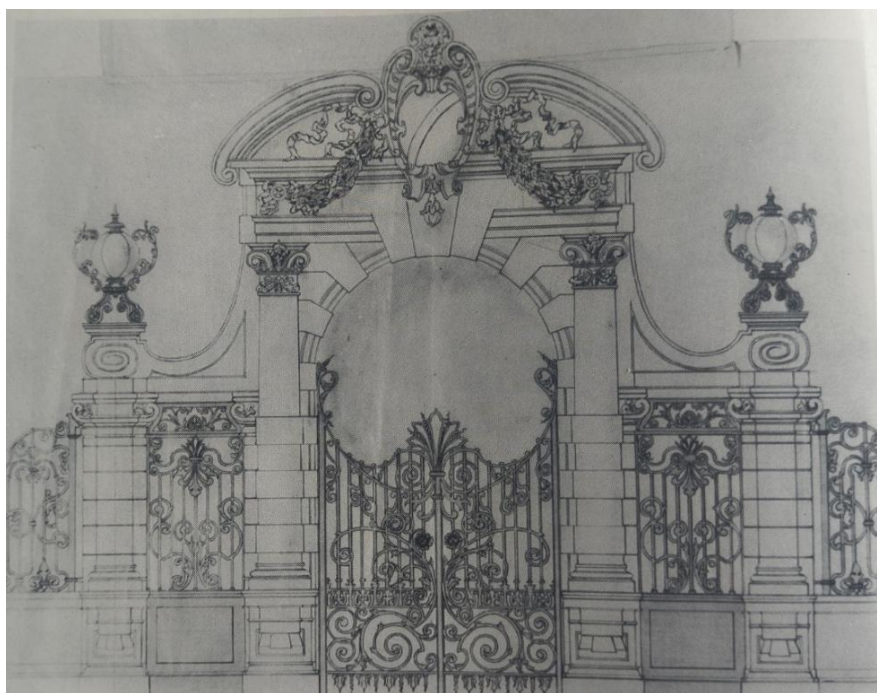


Figura 3. Dibujos realizados por Francisco Durini 1902

Fuente: Ecuador universal: visión desconocida de una etapa de la arquitectura ecuatoriana

La construcción del parque se desarrolló en un momento de intensa polarización política nacional el proyecto coincidió con la presidencia de Eloy Alfaro, lo que generó tensiones significativas entre los promotores locales del parque y el gobierno nacional. Como me contó Betty Miño:

Cuando se construyó el parque también justo estábamos todavía en cuándo se iba a abrir, o sea, a inaugurar, estamos todavía en presidencia de Eloy Alfaro. Y a nadie de los que construyeron ni que organizaron el proyecto les gustaba que se inaugure el parque con Alfaro a la cabeza. (Miño 2025, entrevista personal)

Esta resistencia a inaugurar el parque durante el gobierno alfarista⁴ me revela las complejas dinámicas políticas que atravesaron el proyecto. La élite ambateña, mayoritariamente conservadora, veía en el parque una oportunidad para afirmar su identidad local frente a un gobierno nacional que percibían como hostil a sus intereses. Y a pesar de la insistencia de no inaugurar el parque en el gobierno de Alfaro, a pesar de los disturbios que se dieron en la ciudad se realiza la inauguración. Dos días después Alfaro estaba muerto (Jácome 1990).

Delgado nos da a entender que “la noción de espacio público funciona como un mecanismo a través del cual la clase dominante consigue que no aparezcan como evidentes las contradicciones que la sostienen” (2011, 34). En el caso del Parque Montalvo, estas contradicciones se manifestaban en la tensión entre un proyecto financiado por el estado liberal alfarista y una élite local que rechazaba políticamente a ese mismo gobierno.

Uno de los aspectos más paradójicos del proyecto que más me intriga es la elección de Juan Montalvo como figura central del parque. Así me pregunto constantemente: ¿cómo puede ser que una figura tan liberal para la historia se vuelva tan tradicionalista en una ciudad? ¿Cómo Montalvo, siendo liberal, le han vuelto una figura tradicional? Va en contra de todo lo que Montalvo pensaba y todo lo que Montalvo creía y todo lo que Montalvo escribía.

Esta paradoja me revela cómo la élite local logró resignificar la figura de Montalvo, transformando al escritor liberal en un símbolo de respetabilidad mediante una operación compleja de apropiación simbólica que vaciaba su pensamiento crítico de contenido político radical. La resignificación operó a través de múltiples mecanismos: primero, la representación iconográfica de la estatua presentaba a Montalvo de pie, vestido con un traje de época y sosteniendo un libro como “alegoría de su labor

⁴ Eloy Alfaro Delgado (1842-1912) fue presidente del Ecuador en dos períodos (1895-1901 y 1906-1911) y líder de la Revolución Liberal ecuatoriana, movimiento que transformó radicalmente las estructuras del Estado mediante reformas anticlericales, la separación entre Iglesia y Estado, la secularización de la educación, la construcción del ferrocarril Guayaquil-Quito, y políticas de modernización que enfrentaron la resistencia de las élites conservadoras serranas vinculadas a la Iglesia Católica y a estructuras latifundistas tradicionales. Su gobierno representó un desafío al poder de las oligarquías locales, particularmente en ciudades como Ambato, donde las élites percibían las reformas liberales como una amenaza a su hegemonía económica y cultural.

intelectual”, una imagen que enfatizaba su rol como hombre de letras cultivado mientras minimizaba su faceta de polemista político y crítico feroz del poder clerical. Como documenta el archivo, los escultores Pietro Capurro y Adriático Froli trabajaron bajo la supervisión de la Junta del Monumento, que ejercía control sobre cada detalle de la representación física del escritor, desde la pose hasta los atributos simbólicos. Segundo, la ubicación de la estatua en el centro de un parque ornamental de acceso restringido neutralizaba su potencial subversivo: el Montalvo combativo de Las Catilinas quedaba transformado en una figura contemplativa rodeada de jardines franceses y vigilada por celadores que impedían el acceso de los sectores populares a quienes el escritor había defendido.

El proceso de construcción de la estatua y su ubicación en el parque formó parte de una estrategia más amplia de apropiación simbólica que buscaba conciliar el prestigio intelectual de Montalvo con los valores tradicionales de la élite ambateña mediante operaciones específicas de descontextualización y monumentalización. Las constantes revisiones del modelo de la estatua revelan estas tensiones: en enero de 1906, Froli trabajaba las maquetas pero “Francisco Durini no está convencido del parecido del pequeño retrato de Montalvo con los bocetos realizados”, generando un conflicto que se prolongó hasta febrero de 1907 cuando “el modelo no satisface” a la Junta. Estas disputas técnicas sobre la apariencia física escondían debates más profundos sobre qué dimensiones de Montalvo debían ser exaltadas y cuáles silenciadas: la Junta buscaba una representación que proyectara dignidad, respetabilidad y refinamiento cultural, evitando cualquier gestualidad que evocara su radicalismo político. La elección del “Genio de la Poesía” representado por Apolo con una lira a los pies de Montalvo constituye una decisión significativa: al asociar al escritor con la poesía y la elocuencia lírica, se sublimaba su dimensión política conflictiva en favor de una imagen estetizada y despolitizada.

Finalmente, la estrategia incluía la ritualización del espacio: las fiestas de Ambato celebradas en el parque creaban un marco ceremonial que asociaba la figura de Montalvo exclusivamente con los valores de la “gente decente”, separándolo simbólicamente de las luchas populares y transformándolo en patrimonio privado de las clases dominantes. Los problemas técnicos en la elaboración de la estatua revelan estas tensiones simbólicas de manera fascinante. “Lorenzo se comunica con el profesor-escultor Adriático Froli. A él le pide se entreviste con el Cónsul del Ecuador en Génova

Leonidas Pallares Arteta, quien a la vez le suministraría datos referidos a la figura de Montalvo”. Sin embargo, la “falta de fotografías claras de Montalvo obligó a los escultores a basarse en descripciones escritas y retratos miniaturizados”. Incluso se llega a plantear un concurso entre los artistas de la escuela quiteña para lograr la apariencia que se buscaba del escritor (“Oficios y Actas de la Junta del Parque Juan Montalvo”, 1905, NAID: EC.AHN.ZT.M.AC, Archivo Seccional Tungurahua, Ambato).

En enero de 1906, Froli está trabajando las maquetas de la estatua y Antonio Grotti comienza a trabajar con los mármoles de la parte arquitectónica. Es por aquí donde empiezan los problemas, pues Francisco Durini no está convencido del parecido del pequeño retrato de Montalvo con los bocetos realizados por Froli. (“Oficios y Actas de la Junta del Parque Juan Montalvo”, 1905, NAID: EC.AHN.ZT.M.AC, Archivo Seccional Tungurahua, Ambato)

Estas discusiones sobre cómo debía verse Montalvo, sobre quién tenía derecho a decidir su apariencia para la posteridad revelan las profundas disputas de poder sobre el control de la representación simbólica del escritor y evidencian que estaba en juego mucho más que una mera semejanza física.



Figura 4. Parque Montalvo 1945

Fuente: Consejo Provincial de Tungurahua

La construcción del parque implicó desafíos técnicos y financieros considerables para una ciudad de las dimensiones de Ambato en la primera década del siglo XX. El

proyecto enfrentó múltiples contratiempos logísticos que me ayudan a entender la complejidad del proceso:

Por asuntos de política interna del país, las rentas con las que se financian las obras no producen los suficientes réditos y no se pagan los dividendos contractuales situación que determina que para septiembre se presenten graves contratiempos con los contratos de la Lancini y Co, afectando sustancialmente al resto de obras del parque. (Nicola 2020, 28)

La muerte prematura de Lorenzo Durini en 1906 complicó aún más la situación y me genera una profunda melancolía: “Lorenzo que ha viajado a Italia buscando cura para sus dolencias, fallece prematuramente. Francisco y su hermano Pedro asumen la dirección de las obras de L. Durini e hijos en el Ecuador” (Romero y Durini 1990, 89).

Desde su concepción, el parque fue diseñado como un espacio de distinción social que excluía explícitamente a ciertos sectores de la población. Esta exclusión no fue casual, sino que formó parte integral del proyecto estético de la élite local. El parque debía funcionar como un espacio civilizado que contrastara con la barbarie asociada a las prácticas comerciales populares de la antigua plaza matriz, materializando esta visión mediante mecanismos de control que operaban tanto en la dimensión física como en la simbólica.

Los códigos de acceso eran explícitos y discriminatorios: se prohibía el ingreso de cualquier persona con sombrero o canasta hasta 1948, marcadores sociales que identificaban inequívocamente a campesinos, comerciantes populares e indígenas que dependían de la antigua plaza para sus actividades económicas de subsistencia. Esta prohibición no era meramente formal, sino que se hacía cumplir mediante celadores permanentes que vigilaban las entradas y ejercían un control selectivo sobre quién podía o no ingresar al espacio. El reglamento establecido especificaba que no se permitía el ingreso "sin bestias ni canastos que ofendan la vista", revelando cómo la élite consideraba que ciertos cuerpos y ciertas prácticas laborales eran incompatibles con el carácter ornamental que pretendían dar al parque.

Esta lógica de exclusión persistió durante décadas y, aunque el terremoto de 1949 provocó una democratización forzada del espacio cuando el parque reconoció por primera vez el ingreso del pueblo, muchas de estas prácticas de control se restablecieron posteriormente. Incluso en la actualidad, el parque mantiene horarios de cierre a las 6:30 de la tarde, perpetuando una tradición de regulación temporal del acceso que limita los usos populares del espacio.

Adicionalmente, todos los lunes se realiza una limpieza a presión del parque, un ritual de higienización que simboliza el esfuerzo constante por mantener el espacio conforme a estándares estéticos específicos que contrastan con las formas de uso más espontáneas e informales características de los sectores populares. James C. Scott advierte que “la seguridad de los débiles reside en el anonimato” (2022, 45). En el contexto del Parque Montalvo, esta observación me explica por qué las resistencias populares al proyecto se manifestaron principalmente a través de prácticas cotidianas y no de confrontaciones directas. El reglamento establecido reflejaba claramente estos objetivos de exclusión que me indignan. Como documenta el archivo, se prohibía el ingreso “sin bestias ni canastos que ofendan la vista”, y se establecían horarios de cierre que limitaban el acceso popular al espacio.

Contrariamente a lo que podría esperarse de un proyecto de élite, la construcción del parque generó formas inesperadas de participación ciudadana que me emocionan descubrir. Esta participación no fue siempre armoniosa, sino que estuvo marcada por conflictos sobre la representación física de Montalvo y los aspectos estéticos del proyecto. Los debates sobre la apariencia de la estatua revelan las tensiones entre diferentes visiones de cómo debía ser representada la figura del escritor ambateño:

El 24 de mayo de 1907, llegan a manos de Francisco Durini las fotografías del nuevo modelo de la estatua, que son remitidas a Alfonso Troya para presentarlas a la Junta y para que ésta haga las observaciones del caso antes de fundirla. Aquí empieza el segundo problema que entorpece los trabajos, pues, a más de que es difícil reunir a la Junta parece que el modelo no satisface. (“Oficios y Actas de la Junta del Parque Juan Montalvo”, 1905, NAID: EC.AHN.ZT.M.AC, Archivo Seccional Tungurahua, Ambato)

El diseño del parque incorporó elementos arquitectónicos y simbólicos que reforzaban las jerarquías sociales existentes. “Los portales de ingreso al parque: cuatro esquineros y cuatro laterales, su estructura es la misma: dos columnas rectangulares que tienen capiteles con volutas espirales, luego un ábaco, sobre él una espiral labrada y al final el macetero” (“Oficios y Actas de la Junta del Parque Juan Montalvo”, 1905, NAID: EC.AHN.ZT.M.AC, Archivo Seccional Tungurahua, Ambato).

La disposición de los jardines, la ubicación de las estatuas, y la organización de los espacios de circulación respondían a una lógica específica de control social y proyección de poder: los senderos formales y las áreas verdes delimitadas impedían el libre tránsito y la apropiación espontánea del espacio por parte de sectores populares, mientras que el diseño ornamental facilitaba la realización de ceremonias, paseos y eventos culturales exclusivos para los sectores acomodados. La estatua central de

Montalvo y el Genio de la Poesía reforzaban la consagración del espacio como santuario de los valores ilustrados y legitimadores de la élite, desplazando tanto la memoria popular como la experiencia de los trabajadores y artesanos que contribuyeron materialmente al parque pero quedaron invisibilizados en el relato oficial. A lo largo de las décadas, este espacio ha condensado disputas simbólicas e identitarias y a mí me interesa entender cómo estas disputas impactan en nuestras percepciones de lo local, de lo que recordamos y sobre todo de lo que elegimos olvidar.

El monumento central, con

La estatua central, fundida en bronce por Pietro Capurro, muestra a Montalvo de pie, vestido con un traje de época, sosteniendo un libro como alegoría de su labor intelectual. A sus pies, el Genio de la Poesía, tallado en mármol de Carrara, representa a Apolo con una lira, simbolizando la elocuencia y el legado literario. (Nicola 2020, 30).

Aunque la documentación oficial se centra en las decisiones de la élite, la construcción del parque requirió el trabajo de numerosos artesanos, albañiles y trabajadores cuyas voces raramente aparecen en los registros históricos pero que me interesan profundamente. Estos trabajadores no solo ejecutaron materialmente el proyecto, sino que también aportaron sus propios saberes técnicos y estéticos.

La invisibilización de estos trabajadores en la narrativa oficial del parque forma parte de un patrón más amplio de exclusión que caracterizó el proyecto desde sus inicios. Según Betty Miño, “los que hacemos, los que hemos hecho investigación sabemos cómo puedes contar la historia, cómo puedes poner en una pared una cédula si no has hecho una investigación” (Miño 2025, entrevista personal).

“En febrero de 1905 la Junta decide iniciar cuanto antes la construcción del pedestal de piedra diseñado por los Durini y cuya realización se entrega a Alfonso Troya, contratista de la obra inicial” (“Oficios y Actas de la Junta del Parque Juan Montalvo”, 1905, NAID: EC.AHN.ZT.M.AC, Archivo Seccional Tungurahua, Ambato). Troya funcionó como intermediario entre los arquitectos italianos y los trabajadores locales, pero las fuentes no registran los nombres ni las experiencias de estos últimos.

A pesar de los esfuerzos por controlar los usos del parque, desde su inauguración se manifestaron formas de resistencia cotidiana que desafiaban las intenciones originales de sus diseñadores, estas resistencias no siempre fueron explícitas o políticas, sino que se expresaron a través de prácticas de uso del espacio que subvertían su función ornamental.

Por ejemplo, la primera compañía de taxis de Ambato solía reunirse en las afueras del parque, apropiándose de ese lugar como su centro estratégico y punto de encuentro. Este acto cotidiano transformaba la “fachada ornamental” del espacio en un nodo informal de trabajo y movilidad urbana, desbordando el propósito elitista y silenciosamente alterando la lógica de exclusión.

De igual forma, la presencia de Blanca Martínez⁵ en la inauguración de la estatua de Montalvo en el parque se convirtió en una forma de subversión silenciosa. Mientras la élite local buscaba mantener el control simbólico del evento, la aparición de figuras ajenas a los círculos de poder tradicional representó un cuestionamiento sutil, pero profundo, a la narrativa oficial del parque. Su sola presencia devino un gesto de apropiación y desafío tranquilo a las jerarquías sociales impuestas.

En relación con los conflictos que surgían cuando los sectores populares utilizaban el parque de maneras no previstas por sus diseñadores. Estas prácticas constituían lo que James C. Scott denomina formas cotidianas de resistencia que no dejan rastro documental pero que fueron efectivas en mantener formas de apropiación popular del espacio (Scott 2022).

La inauguración del parque el 7 de agosto de 1911 no marcó el fin del proyecto, sino el inicio de una nueva fase de disputas por su significado y uso que continúan hasta hoy. Aunque los trabajos se dieron por terminados el 5 de abril de 1913, el parque continuó siendo objeto de intervenciones, remodelaciones y resignificaciones (“Oficios y Actas de la Junta del Parque Juan Montalvo”, 1905, NAID: EC.AHN.ZT.M.AC, Archivo Seccional Tungurahua, Ambato).

Como reflexiono con Betty Miño:

El parque nació para ser más que un homenaje a figuras célebres de la ciudad y mucho más que un simple lugar de esparcimiento. Nació para ser testigo de los usos que le ha dado la gente, de la forma que lo han habitado distintas generaciones, incluida la mía. (Miño, 2025, entrevista personal)

Esta perspectiva me invita a entender el parque no como una obra terminada, sino como un espacio en constante transformación, sujeto a las dinámicas sociales y políticas de cada época.

⁵ Blanca Martínez Mera de Tinajero (1897-1976) fue una escritora y educadora ambateña, considerada la primera novelista del Ecuador con "En la paz del campo" (1940). Enfrentó la censura machista de su época al defender públicamente el derecho de las mujeres a pensar por sí mismas y razonar libremente, desafiando los prejuicios que transformaban a la mujer en un ente sin iniciativas, temeroso, débil con su alma sin alas, sin poder pensar por sí misma, considerada inferior.

El período de construcción del parque (1905-1913) estableció las bases materiales y simbólicas sobre las cuales se desarrollarían las futuras disputas por el espacio que yo mismo he presenciado. El proyecto estético de la élite local logró materializarse, pero no pudo controlar completamente los usos y significados que diferentes grupos sociales atribuirían al parque en las décadas siguientes (Ibid).

“Para fijar ciertos parámetros de identidad (nacional, de género, política o de otro tipo) el sujeto selecciona ciertos hitos, ciertas memorias que lo ponen en relación con 'otros'” (Jelin 2002, 25). El Parque Montalvo se estableció como uno de estos hitos identitarios fundamentales para Ambato, pero su significado continuó siendo disputado por diferentes sectores sociales, incluido el mío.

Como documenta la investigación contemporánea sobre transformaciones urbanísticas:

El Parque Montalvo, ubicado en el corazón histórico de Ambato, ha sido escenario de múltiples intervenciones urbanísticas orientadas a mejorar su habitabilidad, preservar su valor patrimonial e integrarlo como eje dinamizador de la vida social y turística de la ciudad. (Romero y Durini 1990, 90)

La tensión entre preservación y transformación que caracteriza al parque contemporáneo hunde sus raíces en las contradicciones originales del proyecto de 1905-1913. Como observa Manuel Delgado, “el idealismo del espacio público no renuncia a verse desmentido por una realidad de contradicciones y fracasos” (2011, 49).

Al concluir este análisis de la primera etapa histórica del Parque Montalvo, se me hace evidente que este espacio funciona como un espacio urbano donde se superponen múltiples capas de memoria, poder y resistencia que puedo sentir cada vez que lo visito. La transformación de plaza colonial a parque republicano no fue meramente estética, sino que implicó una reconfiguración profunda de las relaciones sociales y simbólicas en el espacio público central de Ambato.

Como me pregunto constantemente: ¿Cómo podemos a partir de las preguntas surgidas desde la propia experiencia afectiva que me impulsan a seguir escribiendo y a compartir con ustedes un relato que entrelaza lo personal con lo histórico, lo íntimo con lo público y lo vivido con lo que está por resignificarse? Esta pregunta me recuerda que la historia del parque no terminó con su construcción, sino que continuó escribiéndose a través de las prácticas cotidianas de quienes lo habitaron y lo transformaron, incluida yo misma.

El proceso investigativo que me ha llevado a desentrañar estas capas históricas ha sido, efectivamente, un ejercicio de autoconocimiento profundo porque habitar este parque o, mejor dicho, esta plaza transformada en parque implica reconocer que cada banco, cada estatua, cada sendero cristaliza relaciones de poder que continúan operando en el presente y que puedo sentir en mi propia experiencia con el espacio.

Habitar un parque significa más que transitar por él; significa lograr esa comunión con la naturaleza, ser o convertirse en un lugar de encuentro, de escape, de revolución. El Parque Montalvo, desde su concepción hasta nuestros días, ha sido simultáneamente espacio de dominación y de resistencia, de memoria oficial y de memorias subalternas, de proyectos hegemónicos y de tácticas de supervivencia cultural que se han convertido en experiencias vitales y que me impulsan a seguir escribiendo sobre él.

3. Impacto del terremoto de 1949: reconstrucción física y simbólica

Al iniciar esta investigación sobre las transformaciones del Parque Montalvo, me encuentro inevitablemente confrontada con un evento que marcó un antes y un después no solo en la historia física de Ambato, sino en la construcción misma de su identidad colectiva: el terremoto del 5 de agosto de 1949. Como investigadora que busca comprender las dinámicas de poder y resignificación en los espacios públicos ambateños, considero fundamental analizar cómo este evento catastrófico reconfiguró tanto la materialidad como el simbolismo del parque más emblemático de la ciudad.

El 5 de agosto de 1949, a las 14:08 horas, un devastador terremoto de magnitud 6.8 en la escala de Richter sacudió la región central del Ecuador. Con su epicentro localizado en el caserío Chacauco, aproximadamente a 20 kilómetros al nororiente de Pelileo, este sismo representó una bisagra histórica que transformó radicalmente no solo la geografía urbana de Ambato, sino también las estructuras sociales, políticas y culturales de la región. La magnitud del desastre fue devastadora: aproximadamente 6 000 personas perdieron la vida, alrededor de 100 000 quedaron sin hogar, y el área afectada abarcó 1,920 kilómetros cuadrados (“Terremoto del 5 de agosto de 1949 - Instituto Geofísico - EPN” 2025).



Figura 5. Parque Post-Terremoto⁶
Fuente: Consejo Provincial de Tungurahua

En mi análisis de este evento, me parece crucial comprender que Ambato sufrió una destrucción del 75 %, lo que significó la pérdida de gran parte de su infraestructura urbana, incluyendo edificios gubernamentales, escuelas, hospitales y viviendas. Pero más allá de las cifras, lo que me interesa particularmente es cómo el Parque Montalvo, que había sido inaugurado el 20 de junio de 1911, se convirtió en el epicentro de una transformación social sin precedentes.

⁶ Fachada de la iglesia Matriz de Ambato dañada tras el terremoto del 5 de agosto de 1949. En primer plano se observa la fuente y parte del Parque Montalvo cubiertos de escombros. La imagen ilustra el impacto del desastre en el centro simbólico y social de la ciudad.

4. La democratización forzada del espacio público

Uno de los aspectos más significativos que he identificado en mi investigación es cómo el terremoto quebró las barreras sociales que tradicionalmente habían caracterizado al Parque Montalvo. Antes del desastre, este espacio público emblemático mantenía características profundamente excluyentes que reflejaban las divisiones sociales de la época, ya que, el parque mantenía las puertas cerradas y estaba vigilado por celadores con el fin de que no ingresen los campesinos o los indígenas ya que, en este espacio público se daban las fiestas de las elites ambateñas.

La monumentalidad del parque y sus códigos de uso, como la prohibición de ingresar con sombrero o canasta, la estricta vigilancia de los celadores y los horarios restringidos de acceso, funcionaban como dispositivos efectivos de exclusión social. Cada elemento arquitectónico los portales de ingreso con capiteles ornamentados, los jardines perfectamente delimitados, el lugar privilegiado de la estatua central de Montalvo reforzaban el discurso de civilización, asociando el espacio con el ideal ilustrado de la elite local y excluyendo de facto a quienes no cumplían con los códigos de respetabilidad exigidos por los sectores dominantes.

Esta situación me permite reflexionar sobre cómo los espacios aparentemente públicos pueden funcionar como dispositivos de exclusión social. El parque, dedicado al ilustre escritor Juan Montalvo, había sido concebido como un símbolo de la cultura y el progreso, pero en la práctica operaba como un espacio segregado que reproducía las jerarquías sociales dominantes.

Sin embargo, el terremoto del 5 de agosto de 1949 marcó un cambio radical e inesperado en la vida urbana de Ambato y, especialmente, en la historia social del Parque Montalvo. El impacto del desastre fue tal que las estrictas fronteras simbólicas y materiales del parque fueron derribadas literalmente por la fuerza de la catástrofe. Los testimonios y documentos de época coinciden en afirmar que, por primera vez, el parque “reconoció el ingreso del pueblo”, transformándose casi de inmediato en refugio, centro de ayuda y espacio democrático para la colectividad ambateña.

Las imágenes históricas muestran a cientos de personas reunidas entre los escombros de la iglesia Matriz y la fuente del parque, gestionando la emergencia de forma colectiva. Según Torres Lescano (2021), el parque se llenó de carpas improvisadas, conocidas localmente como “chunganas”, que funcionaron como viviendas temporales, centros de distribución de alimentos y espacios de convivencia entre familias de distintos orígenes sociales (Torres Lescano 2021, 55). La crisis

provocó una convivencia inédita e inesperada entre los sectores tradicionalmente excluidos campesinos, obreros, comerciantes, indígenas y las elites que, por necesidad, compartieron el mismo espacio público.

El alcalde de Ambato, Neptalí Sancho, designó el Parque Montalvo como uno de los sitios oficiales de concentración y refugio de la población damnificada. Su visión sobre la importancia de conocer el pasado para orientar el futuro se materializó en el uso del parque como espacio plural y abierto, rompiendo temporalmente las fronteras sociales que lo habían caracterizado durante décadas.

Este cambio no fue meramente funcional ni transitorio. El terremoto desencadenó un proceso de democratización forzada por la crisis, que tuvo efectos duraderos en la estructura social de la ciudad y en la percepción de los espacios públicos. Las chunganas construidas con lona, madera y materiales de desecho eran testimonio tanto de la precariedad de la reconstrucción como de la emergencia de nuevas formas de solidaridad urbana. El parque, que había sido símbolo de exclusión, se convirtió en territorio de encuentro y despliegue de resiliencia social.

Los relatos orales registran cómo los niños jugaban entre los escombros y las fuentes, mientras mujeres de distintos barrios organizaban ollas comunes y asambleas informales para decidir la distribución de víveres y ropa. Las fiestas de la élite dieron paso por necesidad y solidaridad a encuentros cotidianos entre ciudadanos de todas las clases, borrando temporalmente la lógica de distinción y exclusión que había prevalecido por más de cuatro décadas.

Las prácticas de apropiación y uso democrático del parque durante la emergencia contribuyeron a resignificar el sentido colectivo del espacio, generando memorias alternativas a la historia oficial y reconfigurando la identidad local. Las imágenes y testimonios evidencian que, a pesar de la progresiva reconstrucción y el intento posterior de restaurar los códigos elitistas, la experiencia del terremoto dejó una huella profunda: el recuerdo de aquellos días en los que el parque fue un lugar abierto para todos sobrevive no solo en las narrativas familiares, sino en la memoria urbana y en la manera en que, a partir de 1949, se negoció el acceso y los usos del espacio público.

Finalmente, este episodio nos invita a pensar críticamente sobre la función política y social de los espacios públicos, mostrando que las barreras de exclusión pueden ser derribadas por la fuerza de circunstancias históricas excepcionales, y que la democratización del espacio —aunque sea resultado de la crisis— puede dar lugar a

procesos duraderos de transformación social, memoria compartida y redefinición de lo que significa lo colectivo en la ciudad.

5. La arquitectura de la supervivencia

En mi análisis de este período, me resulta fascinante cómo los sobrevivientes desarrollaron lo que podríamos llamar una “arquitectura de la supervivencia”. Las chunganas, hechas de costales de cáñamo, representaron una solución arquitectónica improvisada pero efectiva para albergar a las familias que habían perdido sus hogares. Los habitantes permanecieron en estas condiciones precarias durante casi diez meses, enfrentando las inclemencias del tiempo y la falta de servicios básicos. Durante este período, la ciudad careció de energía eléctrica regular por 15 días consecutivos (Diario Crónica 1949).

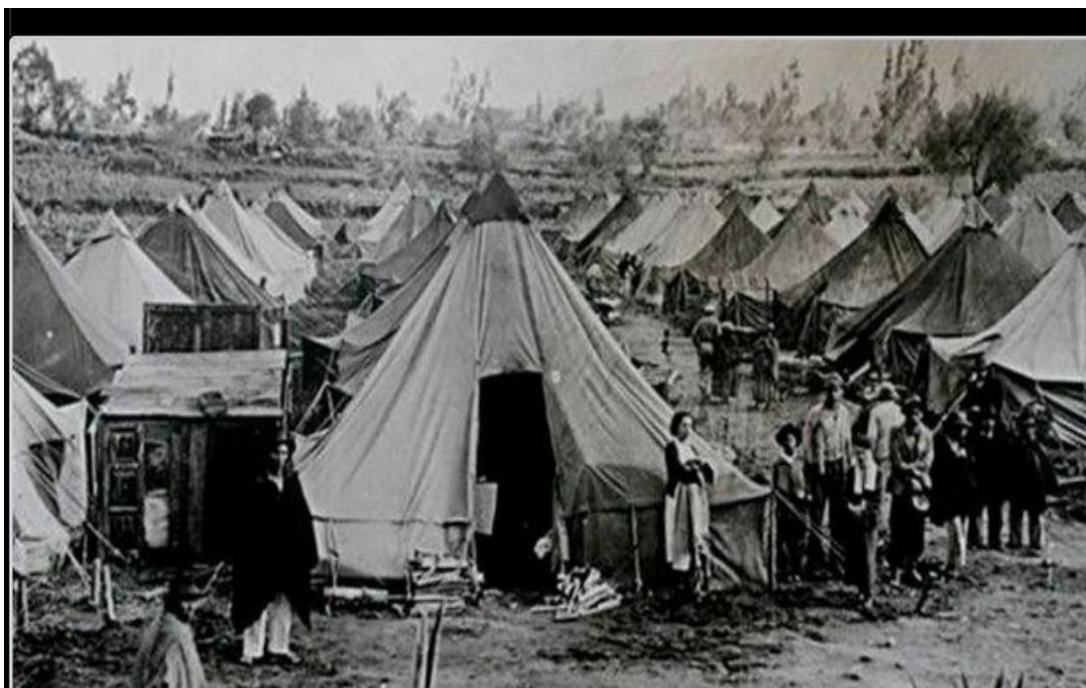


Figura 6. Chunganas en Ambato⁷

Fuente: Consejo Provincial de Tungurahua

Me interesa particularmente cómo estas estructuras temporales no solo respondieron a una necesidad física de refugio, sino que también crearon nuevas formas de socialización y organización comunitaria. La vida en las chunganas demostró la

⁷ Esta imagen documenta el parque convertido en refugio colectivo tras el terremoto, donde familias de distintos sectores sociales compartieron carpas improvisadas en el espacio antes reservado para la élite. El escenario muestra el impacto de la crisis y la democratización forzada del espacio público.

extraordinaria capacidad de adaptación y resistencia de la población ambateña, pero también evidenció las profundas desigualdades sociales que caracterizaban la ciudad.

6. El parque como centro de organización comunitaria

Uno de los aspectos que más me llama la atención en mi investigación es cómo el Parque Montalvo se convirtió en el epicentro de la organización civil posterremoto. Fue en este espacio donde se coordinaron las primeras respuestas ciudadanas, incluyendo la formación de comités barriales que se institucionalizaron el 20 de septiembre de 1949 bajo la denominación de “Federación de Comités Barriales de Reconstrucción de Ambato” (Ortíz 2019, 6).

El parque adquirió una nueva dimensión como centro de organización democrática. Los documentos históricos indican que “cada sábado, en el centro de Ambato la gente se agrupaba en las plazas y dos parques; 12 de Noviembre y parque Montalvo”, pero este último cobró mayor relevancia como centro de refugio donde “se establecieron carpas y con algunas hojas de naranjo, se vendieron aguas para pasar la noche” (Ortíz 2019, 4).

La organización popular que surgió en el parque demostró una capacidad extraordinaria de autogestión. Las actividades incluyeron el levantamiento de escombros, vigiliat nocturnas para proteger las carpas de albergues temporales, mingas urbanas de reconstrucción y censos de población para facilitar la distribución de ayuda humanitaria. Esta autoorganización me permite reflexionar sobre la capacidad política inherente de las comunidades para responder a las crisis, aun cuando las instituciones formales colapsan.

7. El juramento histórico: la resignificación simbólica

El momento más simbólico de esta transformación ocurrió el 14 de agosto de 1949, nueve días después del terremoto, cuando se celebró una histórica manifestación cívica en el Parque Montalvo con la participación de aproximadamente 8 000 personas. Sin embargo, desde mi perspectiva crítica, considero que este evento revela un proceso complejo de instrumentalización política de la figura intelectual de Juan Montalvo que merece un análisis más profundo sobre sus implicaciones en la construcción de imaginarios hegemónicos.

Un dato particularmente revelador, y que considero fundamental para comprender la dimensión política de este acto, es que esta representó la cuarta ocasión

en que los restos mortales de Juan Montalvo eran movilizados para fines ceremoniales y políticos. Esta práctica recurrente de desplazar físicamente los restos del personaje sugiere un patrón sistemático de apropiación simbólica de su legado intelectual por parte de las élites políticas en momentos de crisis o legitimación.

En mi análisis, esta movilización ritual de los restos funciona como lo que podríamos denominar una “necropolítica de la intelectualidad”, donde el cuerpo muerto del intelectual se convierte en un instrumento de poder que las autoridades pueden manipular para otorgar legitimidad trascendental a sus proyectos políticos. Como señala Achille Mbembe en sus reflexiones sobre la necropolítica, el control sobre la muerte y los muertos constituye una forma específica de ejercicio del poder soberano(2013,13).

El juramento ante los restos mortales de Juan Montalvo representó, desde mi perspectiva, no solo un momento de refundación simbólica de la ciudad, sino más específicamente un proceso de intelectualización del poder político que buscaba otorgar autoridad al comité de reconstrucción. Al invocar la figura del escritor liberal, las élites ambateñas construían una genealogía intelectual que legitimaba sus decisiones administrativas y urbanísticas.

El presidente del Consejo Provincial de Tungurahua, al señalar “que quería sellar este importante acto con el juramento de todos los ambateños ante los restos del Cosmopolita, símbolo del valor y rebeldía”, estaba operando lo que Pierre Bourdieu denominaría una alquimia simbólica: la transformación del capital cultural asociado a Montalvo en capital político para el proceso de reconstrucción(1999,65). Sin embargo, esta operación también revela una paradoja fundamental: se invocaba la “rebeldía” de Montalvo para legitimar un proyecto que, en la práctica, reproduciría las exclusiones sociales que el propio escritor había denunciado.

La ceremonia del 14 de agosto de 1949 funcionó también como un mecanismo de tradicionalización, es decir, como la construcción de una tradición que presentaba como ancestral lo que era, en realidad, una innovación política reciente. Como señala Eric Hobsbawm en su análisis sobre la invención de las tradiciones, estos rituales aparentemente tradicionales suelen ser respuestas a situaciones nuevas que buscan establecer continuidad con el pasado histórico (1998, 68).

En este caso, se buscaba crear la ilusión de una continuidad histórica entre el liberalismo del escritor y el proyecto de modernización técnica post-terremoto. Esta tradicionalización servía para validar un proceso de reconstrucción que reforzó las segregaciones espaciales y sociales existentes

Si bien es cierto que, siguiendo a De Certeau, “las ‘maneras de hacer’ constituyen las mil prácticas a través de las cuales los usuarios se reapropian del espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural” (1996, 44), en el caso de esta ceremonia considero necesario distinguir entre diferentes tipos de apropiación. La apropiación realizada por las autoridades políticas durante el juramento no fue una táctica de resistencia sino una estrategia de dominación que utilizaba los restos de Montalvo como dispositivo de legitimación.

Para profundizar en los detalles de esta distinción, es fundamental atender a la manera en que el espacio y el legado simbólico de Montalvo fueron apropiados de formas contrastantes durante la crisis del terremoto. En el plano físico, la reapropiación popular del parque fue evidente, pues familias enteras, afectados por el desastre, lograron acceder y habitar de manera inédita un espacio históricamente vedado para los sectores populares. Las chunganas y carpas improvisadas dieron lugar a prácticas cotidianas de solidaridad, cuidado mutuo y convivencia, resignificando temporalmente el parque como territorio de lo común. Aquí, siguiendo a De Certeau, podemos hablar de tácticas democráticas de apropiación: prácticas que surgen desde abajo, que subvierten los usos previstos por los diseñadores urbanos y vuelven porosas las fronteras entre lo permitido y lo prohibido.

Sin embargo, durante la ceremonia del juramento ante los restos de Montalvo, la apropiación no fue táctica ni resistente sino estratégica y jerárquica. Las autoridades dispusieron el ritual cuidadosamente: la urna fue colocada en el centro del parque, rodeada de autoridades civiles, eclesiásticas y militares, que pronunciaron discursos solemnes invocando el valor, la virtud y la rebeldía del escritor. El acto de prestar juramento ante los restos fue colectivo pero vertical: los ciudadanos, alineados ante la urna custodiada por la élite, no ejercían autonomía. La coreografía ceremonial, el lenguaje formal y la decisión de situar a Montalvo como símbolo de unidad nacional no surgieron de la comunidad ni de la espontaneidad popular, sino de una búsqueda explícita de dotar de legitimidad trascendente al comité de reconstrucción y sus líderes políticos.

Este contraste nos muestra que el acceso físico al parque fue democratizado por la crisis, pero la apropiación simbólica de la figura de Montalvo siguió en manos de quienes tenían el capital político e intelectual. Mientras la materialidad del espacio fue resignificada por la presencia del pueblo, el contenido crítico y transformador del legado montalvino fue reconfigurado, filtrado y, en última instancia, vaciado de su

potencial subversivo. La “presencia” de Montalvo dejó de ser cuestionadora para convertirse en referencia neutralizante, disponible para la manipulación de la élite; su cuerpo muerto funcionó como fetiche legitimador y como dispositivo para suturar simbólicamente fracturas sociales y políticas.

Así, podemos observar cómo, al analizar los detalles de la ceremonia y sus contextos, los procesos de democratización y elitización se superponen y tensionan mutuamente en el espacio y en la memoria. Por un lado, el parque abierto, vivido y compartido; por otro, el ritual solemne, controlado, dirigido sobre el símbolo petrificado del intelectual. Estas superposiciones, lejos de ser meras contradicciones, son el corazón mismo de la política simbólica en momentos críticos: evidencian que la lucha por el sentido de los espacios y los referentes intelectuales no se da solo en el plano físico, sino también de manera crucial en el terreno de lo simbólico y lo ritual.

Los ambateños se reapropiaron del parque físicamente como espacio de refugio, pero la apropiación del legado de Montalvo fue utilizada por las élites políticas que dirigían la ceremonia. Esta distinción es crucial para comprender cómo operan simultáneamente procesos de democratización forzada (en el uso del espacio) y de elitización simbólica (en la interpretación del legado intelectual)

Desde mi perspectiva, esta práctica recurrente de movilizar los restos de Montalvo revela lo que podríamos denominar una fetichización de la intelectualidad donde el pensamiento crítico del escritor es vaciado de su contenido transformador y convertido en un símbolo estático que puede ser manipulado según las necesidades políticas del momento.

En última instancia, considero que el análisis de esta movilización de los restos de Montalvo nos permite comprender mejor cómo operan en Ambato los procesos de construcción que utilizan el prestigio intelectual para legitimar proyectos políticos que pueden contradecir los principios críticos de los propios intelectuales.

8. La respuesta al terremoto

La respuesta oficial al devastador terremoto no debe analizarse solo desde la perspectiva del gobierno central, sino que requiere un estudio de los esfuerzos locales de reconstrucción del alcalde Neptalí Sancho Jaramillo. Su gestión administrativa durante la crisis reveló no solo una gran capacidad organizativa, sino también una filosofía que priorizaba la participación popular frente a las imposiciones centralistas del gobierno de Galo Plaza Lasso.

Neptalí Sancho llegó a la alcaldía de Ambato en 1947 con un proyecto político claramente definido que contrastaba radicalmente con las prácticas administrativas tradicionales. Su criterio fundamental se resumía en una máxima que guiaría toda su gestión: “Ante todo, el hombre. La fórmula teórica, la Ley, el Reglamento, el Presupuesto, nada valen ante el hombre” (Sancho de la Torre 2012, 10). Esta perspectiva humanista se convertiría en el eje articulador de su respuesta ante la tragedia del terremoto.

Para Sancho, la administración pública debía servir prioritariamente al 88 % de la población que constituían los obreros y campesinos, frente al 12 % de sectores acomodados que tradicionalmente habían monopolizado los beneficios del poder municipal. Esta visión redistributiva no era meramente retórica, sino que se traducía en políticas concretas orientadas hacia los sectores más vulnerables de la sociedad ambateña (Nuñez 2015, 13).

El contexto social que encontró Sancho al asumir la alcaldía era dramático, como lo escribió en su informe de funciones:

Tal fue la situación del Cantón Ambato al hacerme cargo de la Alcaldía, en 1947. La que puede resumirse en los siguientes términos

- Falta de tierras.
- Falta de aguas.
- Superpoblación.
- Sub alimentación.
- Un índice de analfabetismo de más del 50%.
- Una ración de 12 vatios por habitante.
- Falta de atención médica en la ciudad y el campo.
- Un médico para más de 5.500 habitantes
- Un dentista para 10.000 habitantes.
- Una obstetriz para 43.000 habitantes.
- Un farmacéutico para 10.000 habitantes.
- Una cantina para cada 150 habitantes.
- Oleadas de obreros despedidos de las fábricas.
- Imposibilidad de cobrar impuestos.
- Necesidades crecientes. (Sancho de la Torre 2012, 68)

Ambato tenía una densidad de población de 250 habitantes por kilómetro cuadrado útil, estaba subalimentado, con un índice de analfabetismo superior al 50 %, y disponía de apenas 12 vatios de energía eléctrica por habitante. Ante esta realidad, el alcalde había implementado un modelo de gestión basado en la participación ciudadana y el trabajo colectivo que se revelaría fundamental durante la emergencia posterremoto.

La respuesta del alcalde Sancho fue inmediata y contrastó significativamente con el enfoque centralista del gobierno nacional. Mientras el presidente Galo Plaza

Lasso llegó esa noche “armado, con la misma actitud de quien llega a supervisar una de sus haciendas” (Nuñez 2015, 115) y delegó una Comisión especial escogida personalmente, Sancho y el Concejo Cantonal defendían que la autoridad local debía dirigir las actividades de reconstrucción.

Esta diferencia de criterios no era administrativa, sino que reflejaba concepciones opuestas sobre la gestión de crisis y el papel de las autoridades locales. Sancho consideraba que “la autoridad local representada en el Concejo Cantonal debe ser quien dirija tales actividades” (Nuñez 2015, 114), mientras que el enfoque presidencial imponía una estructura paralela que marginaba a las instituciones democráticamente elegidas.

Las deficiencias de la Comisión Especial presidencial se hicieron evidentes rápidamente. La ciudadanía “reclamaba especialmente por la falta de organización en el reparto de víveres” (Nuñez 2015, 114), situación que obligó al alcalde y al Concejo a asumir el control total de la ciudad el domingo 7 de agosto por la noche. Esta decisión representó un acto de afirmación de la autonomía municipal que tendría consecuencias políticas duraderas.

Una de las medidas más significativas y simbólicas de la gestión de Sancho fue el establecimiento de la administración municipal en condiciones de emergencia. “La vida administrativa municipal se normaliza desde el lunes 8 de agosto, y se atiende en las oficinas instaladas en la esquina del parque Montalvo” (Diario Crónica 1949). Esta decisión de instalar la administración municipal en carpas improvisadas, en lugar de buscar refugio en instalaciones del gobierno central, representaba una declaración política sobre la continuidad institucional y la proximidad con la ciudadanía afectada.

La instalación de estas oficinas municipales en carpas no era simplemente una medida de emergencia, sino una manifestación práctica de la filosofía administrativa de Sancho. Al establecer la sede del gobierno local en el mismo espacio donde se concentraban los damnificados, el alcalde eliminaba las barreras físicas y simbólicas entre la autoridad y la población, creando un modelo de administración que contrastaba con el distanciamiento burocrático de las instituciones centrales.

Esta decisión se complementó con la organización territorial de la ciudad a través de comités barriales. Sancho dispuso que “se formen los Comités Barriales, y con sus representantes un Comité Central” (Sancho de la Torre 2012, 59). Esta estructura organizativa no solo respondía a las necesidades de la emergencia, sino que

institucionalizaba un modelo de participación ciudadana que democratizaba la gestión urbana.

La capacidad organizativa del alcalde Sancho se manifestó en la rapidez y eficacia de las medidas administrativas implementadas durante los primeros días posterremoto. A través del Concejo Cantonal, se promulgaron resoluciones que abarcaban todos los aspectos críticos de la vida urbana:

En materia económica, se prohibió “que los comerciantes puedan retirar del Cantón las subsistencias y mercaderías” y “todo acaparamiento y alteración de precios” (Nuñez 2015, 116–17). Estas medidas preventivas buscaban evitar la especulación y garantizar el abastecimiento de la población afectada, demostrando una comprensión clara de las dinámicas económicas que suelen agravarse durante las crisis.

El conflicto entre Sancho y el gobierno central no se limitó a diferencias administrativas, sino que se convirtió en una batalla por la autonomía municipal y la democratización de la gestión de crisis. Como el propio alcalde señalaría posteriormente: La principal gestión que tuvo que afrontar la Alcaldía fue la defensa de la autonomía municipal que, desde el primer momento, se trató de anular para destruir la obra del alcalde. (Sancho de la Torre 2012, 70)

Esta tensión se agudizó cuando el gobierno central, a través de la Junta de Reconstrucción, intentó centralizar todas las decisiones relacionadas con los fondos internacionales y la planificación urbana. El modelo participativo implementado por Sancho, basado en comités barriales y mingas populares, contrastaba con el enfoque vertical de la Junta, creando fricciones que pasaban de lo administrativo.

Uno de los cambios más significativos de la gestión de Sancho fue la institucionalización del trabajo comunitario como estrategia de reconstrucción. Los comités barriales tenían “la misión de levantamiento de escombros, de velar por la higiene ciudadana, de controlar el reparto de las subsistencias en su sector, y por último del planeamiento de reconstrucción seccional” (Nuñez 2015, 113).

Esta descentralización de responsabilidades no representaba un abandono de las obligaciones estatales, sino una nueva distribución del poder de decisión que buscaba dar más herramientas a la población local.

Los esfuerzos administrativos durante la reconstrucción no solo fueron eficaces en términos operativos, sino que establecieron precedentes importantes sobre la gestión democrática de crisis. Sin embargo, su defensa de la autonomía municipal y su crítica a los manejos centralistas le costaron caro políticamente.

El alcalde fue relevado temporalmente de su cargo y posteriormente, cuando participó como miembro de la Comisión Fiscalizadora que investigó los manejos de la Junta de Reconstrucción, sus denuncias sobre la corrupción y malversación de fondos confirmaron sus críticas iniciales al modelo centralista. En su testimonio ante esta comisión, Sancho señaló que el pueblo ambateño “se declaró en abierta pugna contra la Junta de Reconstrucción, porque se la consideraba un organismo antipopular, antidemocrático, extraño a su vida y eminentemente dedicado a destruir la vida Municipal” (Sancho de la Torre 2012, 85).

Los esfuerzos de reconstrucción liderados por Neptalí Sancho representan un modelo alternativo de gestión de crisis que merece ser analizado más allá de las polarizaciones políticas de la época. Su enfoque administrativo, basado en la participación popular, la proximidad institucional y la defensa de la autonomía municipal, ofreció respuestas efectivas a las necesidades inmediatas de la población mientras cuestionaba los modelos verticales de gestión estatal.

La instalación de las oficinas municipales en carpas, lejos de ser una medida improvisada, simbolizaba una filosofía administrativa que priorizaba la accesibilidad y la horizontalidad en las relaciones entre autoridad y ciudadanía. Este modelo administrativo, forjado en el fragor de la emergencia, anticipaba concepciones contemporáneas sobre la gestión participativa y el gobierno de proximidad que solo décadas después serían formalizadas en marcos teóricos sobre gobernanza democrática.

La experiencia de Sancho durante la reconstrucción de Ambato demuestra que las crisis pueden ser oportunidades para experimentar modelos alternativos de administración pública que, aunque enfrentaron resistencias del poder central, lograron demostrar su eficacia práctica y su legitimidad popular. Su legado administrativo trasciende el contexto específico del terremoto de 1949 para ofrecer lecciones sobre la importancia de la participación ciudadana, la defensa de la autonomía local y la humanización de la gestión pública.

9. Narrativas oficiales y su evolución a lo largo del tiempo

En mi análisis de las narrativas oficiales sobre el Parque Montalvo y el terremoto de 1949, he podido identificar una evolución significativa en los discursos que las élites locales y el Estado han construido alrededor de estos eventos. Estas narrativas no son neutras; reflejan relaciones de poder específicas y han servido para legitimar ciertos imaginarios sobre la identidad ambateña mientras silencian otros.

La narrativa oficial original del parque se construyó alrededor de la figura de Juan Montalvo, el Cervantes de América, como símbolo de la cultura y el progreso ambateño. Esta narrativa, elaborada por las élites locales a principios del siglo XX, presentaba al parque como un espacio de elevación cultural y cívica, donde la ciudadanía podía contemplar y rendir homenaje a uno de los grandes intelectuales de la patria.

Sin embargo, como he podido constatar en mi investigación, esta narrativa fundacional estaba profundamente marcada por exclusiones sociales. La exaltación de Montalvo como figura emblemática servía para legitimar un proyecto cultural específico que privilegiaba los valores liberales, laicos e ilustrados, pero que en la práctica excluía a amplios sectores de la población, particularmente a indígenas y campesinos.

Esta primera narrativa oficial se caracterizaba por lo que Pedro Arturo Reino Garcés ha denominado la “idealización de figuras coloniales” (Reino Garcés 2018, 85), tomando el mismo concepto aunque en el caso de Montalvo se tratara de una figura del período republicano. La construcción simbólica del parque respondía a la necesidad de las élites ambateñas de proyectar una imagen de modernidad y civilización que las diferenciara de otros sectores sociales considerados “atrasados” o “incultos”.

El terremoto de 1949 marcó un punto de inflexión en las narrativas oficiales sobre el parque. A partir de este evento, se construyó una narrativa que presentaba el desastre como una prueba de la fortaleza moral y el carácter excepcional del pueblo ambateño. Esta narrativa, elaborada desde las instituciones estatales y reproducida por los medios locales, enfatizaba elementos como el valor, la solidaridad y la capacidad de superación de los ambateños. El parque adquirió en este relato un papel central como escenario del juramento histórico y símbolo de la resistencia ciudadana ante la adversidad.

Los periódicos de la época, particularmente la *Crónica de Ambato*, adoptaron un tono que combinaba el reporte factual con el aliento moral, incluyendo mensajes alentadores que “ayudaron a sobrellevar la catástrofe de 1949”. Estos mensajes, como “Solo el trabajo reconstruirá nuestra ciudad, reinicie con mayores energías, trabaje más que antes”, reflejan una estrategia comunicacional orientada a mantener la moral pública y promover la participación ciudadana en la reconstrucción (*Diario Crónica 1949, s.p*).

En mi análisis de esta narrativa, observo cómo se construyó un discurso que individualizaba las responsabilidades de la reconstrucción mientras naturalizaba las

decisiones políticas y administrativas del gobierno. La famosa frase del presidente Galo Plaza Lasso, “No hemos perdido nuestro valor. Ni Ambato ni Ecuador llorarán ya más, sino que comenzamos a trabajar”, ejemplifica esta retórica que trasladaba el peso de la recuperación a la voluntad individual y colectiva de los ciudadanos.

A partir de la década de 1950, con la implementación del Plan Regulador de Ambato, se desarrolló una nueva narrativa oficial centrada en la modernización y el progreso técnico. Esta narrativa presentaba la reconstrucción como una oportunidad para transformar Ambato en una ciudad moderna, planificada según criterios técnicos y urbanísticos avanzados.

El Plan Regulador, elaborado por el arquitecto Sixto Durán Ballén y los ingenieros civiles Wilson Garcés Pachano y Leopoldo Moreno Llor (Torres Lescano 2021, 55), se presentó como un documento técnico en el que arquitectos, ingenieros y urbanistas proyectaban el crecimiento de la ciudad en un plazo aproximado de cincuenta años. Este enfoque de planificación a largo plazo representaba una innovación significativa para la época y se convirtió en el eje central de la narrativa oficial sobre la reconstrucción.

Sin embargo, en mi investigación he podido identificar cómo esta narrativa de la modernización sirvió para legitimar decisiones que reforzaron las desigualdades sociales existentes. Como señala Jessica Torres Lescano, el Plan Regulador reforzó escenarios de segregación espacial socioeconómica que existían antes del terremoto. La reconstrucción favoreció el desarrollo del centro-sur de la ciudad y barrios como Miraflores y Ficoa, donde residía la élite ambateña, mientras que los barrios del norte continuaron con menores niveles de atención (2021, 85).

10. La narrativa del patrimonio y la memoria

A partir de las décadas de 1980 y 1990, con el surgimiento de nuevas sensibilidades sobre el patrimonio histórico y la memoria colectiva, se desarrolló una narrativa oficial que enfatizaba la importancia de preservar y valorar la historia del parque como parte del patrimonio cultural de la ciudad.

Esta narrativa, promovida desde instituciones como la Casa de la Cultura y posteriormente desde la municipalidad, presentaba el Parque Montalvo como un símbolo de la identidad ambateña que debía ser protegido y conservado para las futuras

generaciones. Se enfatizó el valor histórico del parque como escenario de eventos significativos como el juramento de 1949 y como espacio de memoria colectiva.

En esta nueva narrativa, el terremoto comenzó a ser reinterpretado no solo como una tragedia, sino también como el origen de una de las celebraciones más importantes del Ecuador: la Fiesta de la Fruta y de las Flores. Esta reinterpretación permitía presentar el desastre como un evento que, en última instancia, había contribuido al fortalecimiento de la identidad cultural ambateña (Torres Lescano 2021, 105).

11. Las tensiones en las narrativas contemporáneas

En mi investigación sobre las narrativas contemporáneas, he identificado tensiones significativas entre los discursos oficiales tradicionales y las nuevas voces que buscan visibilizar perspectivas históricamente silenciadas. Estas tensiones se expresan particularmente en relación con el uso y significado del Parque Montalvo en el presente.

Por un lado, las narrativas oficiales contemporáneas continúan enfatizando el valor histórico y patrimonial del parque, presentándolo como un símbolo de la identidad ambateña que debe ser preservado y respetado. Estas narrativas, reproducidas en discursos municipales, materiales turísticos y ceremonias oficiales, mantienen una visión relativamente estática del parque como depositario de una memoria histórica específica.

Por otro lado, como he podido constatar en mi trabajo de campo, han surgido nuevas narrativas impulsadas por movimientos sociales, particularmente feministas e indígenas, que cuestionan las interpretaciones tradicionales y proponen formas alternativas de entender y utilizar el espacio del parque. Estas narrativas desafían los imaginarios coloniales que tradicionalmente han definido los usos del parque y proponen memorias e identidades más plurales e inclusivas.

En los últimos años, el Parque Montalvo ha sido escenario de nuevas narrativas impulsadas por movimientos feministas e indígenas que cuestionan la perspectiva patrimonial tradicional y proponen formas alternativas de apropiación y memoria. Así, activistas feministas han realizado acciones simbólicas como la instalación de pañuelos y círculos de palabra en el parque para visibilizar la violencia de género y honrar a víctimas locales, mientras organizaciones indígenas lo han utilizado como punto de encuentro para marchas por derechos territoriales y culturales. Estas intervenciones resignifican el espacio como lugar de denuncia, diálogo y celebración comunitaria,

desbordando el guion oficial de la identidad ambateña y ampliando la memoria colectiva hacia historias más plurales e inclusivas.

Como señala María Lugones a partir de las ideas de Kimberly Williams Crenshaw sobre su perspectiva interseccional, los sistemas de opresión se entrecruzan y afectan de manera diferenciada a los sujetos subalternos. Esta mirada me permite comprender cómo los movimientos de mujeres, indígenas y disidencias en Ambato articulan luchas contra las múltiples opresiones que enfrentan, cuestionando no solo los imaginarios coloniales, sino también las estructuras de poder que los sostienen (Lugones 2003).

12. Análisis de los momentos clave en la historia del parque en la antigüedad

En mi investigación sobre las transformaciones del Parque Montalvo, he identificado dos momentos clave que permiten comprender la evolución de este espacio público y sus significados a lo largo del tiempo. Estos momentos no solo revelan cambios en la materialidad del parque, sino también transformaciones profundas en las relaciones sociales, las narrativas oficiales y las prácticas de apropiación ciudadana.

Primer momento: La construcción del parque y el período pre-terremoto (1911-1949)

El primer momento que considero fundamental abarca desde la inauguración del parque el 20 de junio de 1911 hasta el terremoto de 1949. Este período se caracteriza por la consolidación del parque como espacio emblemático de las élites ambateñas y como símbolo de un proyecto cultural específico centrado en la figura de Juan Montalvo.

Durante estas casi cuatro décadas, el parque funcionó como un dispositivo de distinción social que reflejaba y reproducía las jerarquías existentes en la sociedad ambateña. La decisión de dedicar el parque al Cervantes de América no fue casual; respondía a la necesidad de las élites locales de construir una identidad cultural que las diferenciara de otros sectores sociales y las conectara con los valores de la modernidad occidental.

En mi análisis de este período, me parece crucial señalar que el parque operaba con una lógica profundamente excluyente. Como he mencionado anteriormente, mantenía las puertas cerradas y estaba vigilado por celadores con el fin de que no ingresaran los campesinos o los indígenas, ya que en este espacio se daban las fiestas de

las elites ambateñas. Esta situación revela la paradoja de un espacio que, siendo formalmente público, funcionaba en la práctica como un club privado de las clases altas.

El diseño del parque, realizado por el arquitecto Francisco Durini, reflejaba los cánones estéticos europeos de la época y buscaba crear un ambiente de sofisticación y refinamiento. La estatua central de Juan Montalvo, rodeada de jardines cuidadosamente diseñados, constituía el elemento focal que organizaba todo el espacio y definía sus usos permitidos.

Durante este período, las actividades en el parque estaban estrictamente reguladas y supervisadas. Las fiestas de las élites ambateñas incluían eventos culturales, sociales y políticos que servían para consolidar las redes de poder local y proyectar una imagen de distinción cultural. Estas actividades excluían sistemáticamente a amplios sectores de la población, particularmente a indígenas, campesinos y sectores populares urbanos.

Segundo momento: El terremoto y la democratización forzada (1949-1961)

El segundo momento clave abarca desde el terremoto del 5 de agosto de 1949 hasta el final del período de reconstrucción formal en 1961, cuando se disolvió la Junta de Reconstrucción de Tungurahua. Este período se caracteriza por una transformación radical tanto en los usos como en los significados del parque.

Como he analizado en detalle anteriormente, el terremoto provocó una democratización forzada del parque que quebró las barreras sociales tradicionales. Por primera vez en su historia, el espacio se abrió a todos los sectores de la población, convirtiéndose en refugio para los damnificados del terremoto.

Esta transformación no fue simplemente una medida de emergencia, sino que tuvo efectos duraderos en la percepción social del parque. La experiencia compartida de la tragedia y la supervivencia creó nuevas formas de solidaridad social que trascendieron las divisiones de clase tradicionales. Como señala De Certeau, “lo cotidiano está sembrado de maravillas, espuma tan deslumbrante [...] como la de los escritores o los artistas” (1996, 85). En el caso del Parque Montalvo durante la crisis, estas maravillas cotidianas se expresaron en las múltiples formas de organización comunitaria y ayuda mutua que surgieron espontáneamente.

El juramento histórico del 14 de agosto de 1949 constituyó el momento simbólico más significativo de esta transformación. La ceremonia, que incluyó la participación de aproximadamente 8 000 personas, resignificó completamente el parque

como espacio de compromiso colectivo y resistencia ciudadana. La decisión de realizar este acto ante los restos mortales de Juan Montalvo añadió una dimensión simbólica poderosa que conectaba la memoria del ilustre escritor con la determinación de los ambateños de reconstruir su ciudad.

Durante este período, el parque se convirtió también en el centro de la organización política ciudadana. La formación de los comités barriales y posteriormente de la Federación de Comités Barriales de Reconstrucción de Ambato tuvo al parque como uno de sus espacios de articulación. Esta experiencia de organización democrática desde abajo contrastaba significativamente con las estructuras verticales y excluyentes que habían caracterizado el período anterior.

Sin embargo, también durante este período comenzaron a manifestarse tensiones entre las expectativas ciudadanas y la gestión oficial de la reconstrucción. El “Desfile de la Sanción” del 25 de febrero de 1951, cuando la sociedad se movilizó para exigir rendición de cuentas sobre el uso de los fondos internacionales, demostró que la democratización del espacio público también había fortalecido la capacidad crítica y de movilización política de la ciudadanía.

13. Reflexiones sobre la continuidad y el cambio

Al analizar estos momentos clave en la historia del Parque Montalvo, puedo identificar tanto elementos de continuidad como de transformación significativa. Por un lado, el parque ha mantenido su centralidad simbólica como referente identitario de Ambato y como espacio de memoria colectiva. La figura de Juan Montalvo continúa siendo el elemento organizador del espacio y el punto de referencia para múltiples narrativas sobre la identidad ambateña.

Por otro lado, los usos, significados y apropiaciones del parque han experimentado transformaciones profundas que reflejan cambios más amplios en la estructura social, política y cultural de la ciudad. La democratización forzada provocada por el terremoto de 1949 marcó un precedente que, aunque posteriormente fue parcialmente revertido, dejó huellas duraderas en la memoria colectiva y en las expectativas ciudadanas sobre el derecho al espacio público.

En el presente, las nuevas resignificaciones impulsadas por movimientos sociales contemporáneos representan una actualización y profundización de estos procesos democratizadores. Estas apropiaciones no solo reclaman el derecho a utilizar el espacio público, sino que también cuestionan las narrativas hegemónicas sobre la

identidad y la memoria, proponiendo otras formas de entender la historia y el presente de la ciudad.

Como investigadora, considero que estos procesos de resignificación son fundamentales para comprender las dinámicas contemporáneas de poder y resistencia en Ambato. El Parque Montalvo se ha convertido en un laboratorio donde se experimentan nuevas formas de ciudadanía, participación política y construcción de identidades colectivas que desafían los marcos tradicionales de comprensión de lo social y lo político.

La historicidad del presente, para utilizar una expresión de Rodolfo Mario Agoglia (2019), requiere analizar cómo el parque ha llegado a ser lo que es hoy en día, y cómo los usos y narrativas del pasado han influido en su configuración actual. En este sentido, los momentos que he analizado no constituyen períodos cerrados y autocontenidos, sino que se articulan en una trama compleja de continuidades, rupturas y resignificaciones que continúan desarrollándose en el presente.

El recorrido histórico trazado en este capítulo revela que el Parque Montalvo, lejos de ser un espacio neutro de recreación, constituye un espacio donde se superponen memorias, proyectos de poder y prácticas de resistencia que se extienden desde el período colonial hasta nuestros días. La transformación de plaza matriz a parque moderno no fue simplemente un cambio estético, sino la materialización de un proyecto de modernización urbana que buscaba disciplinar el espacio público según los cánones de la élite local. Los sectores populares han mantenido sus propias formas de habitar y significar este espacio, creando tensiones permanentes entre el uso oficial y las apropiaciones subalternas. Esta comprensión histórica resulta fundamental para entender las dinámicas contemporáneas del parque, donde continúan desplegándose las mismas disputas por el derecho a la ciudad que se analizarán en el capítulo posterior, ahora encarnadas en nuevos actores sociales y movimientos urbanos que reivindican su lugar en la construcción colectiva del espacio público.

Capítulo segundo

Resistencia y resignificación en el Espacio Publico

Escribir sobre los movimientos sociales que han resignificado el Parque Montalvo implica reconocer que mi propia historia se teje con la de estas luchas. No puedo hablar del movimiento feminista, del movimiento obrero o del movimiento indígena desde la distancia académica tradicional, porque cada uno de estos procesos ha marcado mi formación política y mi comprensión del mundo. Como sostiene Elizabeth Jelin: La discusión sobre la memoria raras veces puede ser hecha desde afuera, sin comprometer a quien lo hace, sin incorporar la subjetividad del/a investigador/a, su propia experiencia, sus creencias y emociones (2002, 4).

Esta reflexión me permitió determinar el enfoque que he decidido adoptar en este capítulo, donde mi vínculo afectivo y político con los movimientos sociales que han transformado el Parque Montalvo se convierte en un punto de partida legítimo para la investigación académica. Es desde mi experiencia como activista, como hija de médicos que han trabajado toda su vida en procesos de salud comunitarios, como testigo de las luchas indígenas, que me acerco a entender cómo estos cuerpos organizados han utilizado no solo el espacio físico del parque, sino los significados que este espacio tiene para la ciudad.

El Parque Montalvo, ese mismo espacio que durante décadas mantuvo sus puertas cerradas para excluir a campesinos e indígenas, se ha convertido en el escenario donde estos sectores históricamente marginados han encontrado su voz más potente. La ironía de la historia es que el monumento a Juan Montalvo, erigido por las élites locales como símbolo de su proyecto urbano, hoy sirve de testigo silencioso a las movilizaciones de quienes nunca formaron parte de ese proyecto original.

1. El movimiento feminista

El surgimiento de las Guambras Verdes como colectivo feminista en Ambato no puede entenderse al margen de las transformaciones que el movimiento de mujeres ha experimentado a nivel nacional en las últimas dos décadas.

Mi acercamiento al feminismo no fue puramente académico, para mí era algo que veía en redes, algo de lo que podía leer. La historia de las mujeres contadas por

otras mujeres fue un hallazgo en mi historia. A partir de ese momento mi interés por el movimiento fue un motor, para leer más, para investigar, descubrir que no estoy sola, que hay más mujeres que piensan como yo. Esta historia contada es la que me permitió descubrir que existen muchas que piensan como yo en relación a la búsqueda de autonomía, el cuestionamiento de los roles tradicionales y la lucha por espacios de reconocimiento y libertad.

De esta manera empezó mi propia búsqueda personal, encontrar nombres personas y formas de vivir y hacer activismo, entendido como “la acción colectiva sostenida en el tiempo por actores sociales que persiguen modificar, defender o transformar algunos elementos de la vida social, enfrentando lógicas de poder establecidas” (Melucci, 1996, 23). Fue construir historias y encontrar a todas esas mujeres, el permitirme ver que no estaba sola, que soy parte de una cadena inmensa, y que al final la vida es saber que la historia está llena de otras personas como tú.

La primera acción pública que recuerdo de las Guambras Verdes en el Parque Montalvo fue durante la conmemoración del 8 de marzo de 2019. A diferencia de las celebraciones institucionales del Día Internacional de la Mujer, que tradicionalmente se limitaban a actos protocolarios en espacios cerrados, las Guambras se juntaron con otros movimientos y decidieron tomar las calles y, específicamente, el parque. La elección no fue casual: ocupar ese espacio significaba disputar no solo la geografía urbana, sino los sentidos tradicionales asociados a la feminidad y al lugar que las mujeres debían ocupar en la esfera pública.

Lo que me resultó más impactante de esa acción no fueron tanto las consignas, a pesar de que eran importantes para el movimiento se inscribían en el repertorio tradicional del activismo feminista, sino la reacción que generó en la gente y en los medios de comunicación locales. La agenda más común del activismo feminista suele estar centrada en la denuncia contra la violencia de género, la reivindicación de derechos reproductivos, la igualdad en el acceso a la educación y el trabajo, el respeto a la diversidad sexual y la visibilización de las inequidades en los espacios públicos y privados. Creo que lo importante aquí fue el hecho de que un grupo de mujeres jóvenes se atreviera a “profanar” el espacio público con demandas que cuestionaban las estructuras patriarcales de la sociedad ambateña, despertó una ola de comentarios que iban desde la sorpresa hasta la indignación abierta.

En el marco de esta tesis, se entiende lo patriarcal como el conjunto de estructuras sociales, políticas y culturales que naturalizan la supremacía masculina y

perpetúan relaciones asimétricas de poder entre hombres y mujeres. Esta definición se fundamenta en autoras como Silvia Federici, quien plantea que el patriarcado funciona como un sistema de control que subordina y explota el trabajo y la vida de las mujeres tanto en el ámbito público como privado, reproduciendo la desigualdad y la violencia estructural en la sociedad contemporánea (Federici, 2018).

Los comentarios en redes sociales y en los diarios locales tras esa acción revelan las capas profundas del pensamiento ambateño, pero también la potencia política que tiene la ocupación feminista del espacio público. Frases como “estas mujeres no respetan nada”, “deberían estar en sus casas cuidando a sus hijos” o “así no se consigue nada” evidenciaban que la acción había tocado nervios sensibles del orden local. Como señala De Certeau, las tácticas de los grupos subordinados tienen la capacidad de “hacer hablar” a las estructuras de poder, de volverlas visibles a través de sus reacciones (De Certeau 1996).

Para comprender la profundidad histórica de este activismo, es fundamental reconocer que el feminismo en Ambato tiene raíces que se remontan al siglo XVIII con Ana de Peralta, considerada la primera feminista ecuatoriana. Su resistencia contra la Cédula Real de 1752, que controlaba la vestimenta de las mujeres mestizas, logró movilizar aproximadamente 30 000 mujeres en la Real Audiencia de Quito. El color azul cielo de “La Peralta” que portaba como símbolo de rebeldía fue posteriormente adoptado como referencia por asociaciones de mujeres, especialmente en Tungurahua, estableciendo una tradición de resistencia feminista que resuena hasta nuestros días.

Esta genealogía de lucha se consolidó durante el siglo XX con la formación de organizaciones como la FUM (Federación de Mujeres) en los años 70, y se intensificó en 1976 con las movilizaciones de obreras por los despidos masivos en la empresa textil El Prado. Estas acciones sentaron precedentes importantes para el activismo feminista posterior, demostrando que las mujeres ambateñas tenían una larga tradición de organización y resistencia.

Las Guambras Verdes emergieron en un contexto donde ya existían organizaciones feministas consolidadas en Ambato. La Coordinadora Política de Mujeres de Tungurahua, activa desde los años noventa, y el Comité Provincial de Mujeres de Tungurahua, formado en 2005, habían establecido las bases institucionales para el activismo feminista. Estos antecedentes organizacionales crearon un ecosistema propicio para el surgimiento de nuevos colectivos como las Guambras Verdes, que representaban una generación más joven con estrategias renovadas de acción política.

Simultáneamente, otros colectivos como Guaytambas Violetas y Ana de Peralta también habían comenzado a desarrollar sus propias formas de activismo, creando una red diversa de organizaciones feministas que, aunque mantenían autonomía, compartían espacios de acción y reivindicaciones comunes.

Ambato ya tenía una tradición consolidada de marchas feministas. Las manifestaciones del 8 de marzo y 25 de noviembre desde el año 2018 (año!!!) se habían convertido en citas regulares del calendario político local. Esta tradición de ocupación del espacio público proporcionó un precedente importante para las acciones posteriores de las Guambras Verdes, demostrando que las calles de Ambato podían ser disputadas por los movimientos feministas.

Lo que distinguió a las Guambras Verdes de las manifestaciones tradicionales fue su enfoque sistemático en la resignificación de espacios específicos. Mientras que las marchas seguían rutas establecidas y momentos puntuales, las Guambras desarrollaron una estrategia de ocupación permanente y pedagógica de los espacios públicos. Esta innovación debe entenderse en el contexto de un movimiento feminista nacional que había comenzado a experimentar con nuevas formas de activismo, especialmente tras la influencia de movimientos como Feministas Alborotando Ecuador y las experiencias de otros colectivos a nivel nacional.

Pero las Guambras Verdes no se limitaron a acciones puntuales. A lo largo de 2019 y 2020, desarrollaron lo que ellas mismas denominaron “pedagogías feministas del espacio público”, una serie de intervenciones sistemáticas que buscaban no solo visibilizar las violencias machistas, sino también construir nuevos imaginarios sobre lo que significa ser mujer en Ambato.

Esta estrategia coincidió con logros importantes del movimiento feminista más amplio en Tungurahua. La aprobación de la “Ordenanza para la prevención, atención, vigilancia y seguimiento de la violencia de género” en Ambato en 2013 y, posteriormente, la creación del primer Centro Violeta en 2025, demuestran que las acciones de los colectivos feministas han logrado traducirse en políticas públicas concretas.

El éxito de las acciones de las Guambras Verdes también debe entenderse en el contexto de la red de organizaciones feministas que operan en Ambato. Colectivos como Guaytambas Violetas, Ana de Peralta, Mujeres por el cambio, 8 de Marzo de Mujeres y Abogadas Feministas de Tungurahua han creado un ecosistema de apoyo mutuo que fortalece las acciones individuales de cada organización. Esta red se hace

visible especialmente en las marchas del 8 de marzo, donde todas convergen en el Parque Montalvo.

Pero la resignificación feminista del parque no se agota en las acciones espectaculares o mediáticas. Existe también una dimensión más cotidiana y quizás más profunda de esta transformación, que tiene que ver con cómo las mujeres han comenzado a habitar el espacio de manera diferente. Las tardes de los fines de semana, por ejemplo, es común encontrar grupos de mujeres reunidas en los bancos del parque, conversando sobre varios temas. Todos los ámbitos de la vida, que se vive desde el parque, aquí es donde vamos construyendo nuevos sentidos comunes sobre lo que significa ser mujer en Ambato.

El trabajo de las Guambras Verdes se inscribe así en una tradición de resistencia feminista que conecta la rebeldía de Ana de Peralta con las luchas contemporáneas por una vida libre de violencia. Su apropiación del Parque Montalvo no es solo una táctica política, sino una forma de honrar esa genealogía de lucha y proyectarla hacia el futuro. En un contexto en el cual se busca crear instituciones específicas para la protección de las mujeres, las acciones de las Guambras Verdes representan tanto la continuidad histórica como la renovación generacional del feminismo ambateño.

2. El movimiento obrero

La historia del movimiento obrero en Ambato mantiene una relación profunda e indisoluble con el Parque Montalvo, aunque esta conexión no siempre haya sido reconocida por la historiografía oficial de la ciudad. Desde las primeras décadas del siglo XX, este espacio urbano emblemático se ha consolidado como el punto de convergencia natural de las movilizaciones sindicales y el escenario privilegiado de algunos de los enfrentamientos más significativos entre trabajadores, empleadores y Estado en la historia local.

Mi acercamiento a la lucha de clases comenzó desde que era muy pequeña, gracias a la influencia de mis padres y de personas cercanas a ellos: docentes, economistas y médicos que, aunque no eran realmente mis tíos de sangre, se convirtieron en figuras familiares y amigos que fueron moldeando gradualmente mi comprensión sobre la lucha por la remuneración justa y los derechos de los trabajadores. Para mí, escucharlos conversar sobre economía, educación, salud y política constituyó la base fundamental de mi pensamiento crítico. La posibilidad de acceder a materiales

de lectura, aunque sin participar directamente en esas conversaciones, se convirtieron en las ideas que luego se desarrollaron en mi propio proceso académico.

Mi primer contacto consciente con la historia del movimiento obrero ambateño ocurrió cuando mis padres me llevaron de la mano a lo que sería la primera de muchas marchas del Primero de Mayo cuando tenía 8 años. Este gesto aparentemente simple representó mi iniciación en una tradición de resistencia que se remonta a décadas de luchas populares en la ciudad.

El Congreso Obrero de Ambato de julio de 1938, autodenominado por sus participantes como “Cuarto Congreso Obrero Nacional y Primero de la Unificación Clasista”, marca el momento fundacional de la relación histórica entre el movimiento obrero nacional y el Parque Montalvo (Bustos 2018). Este evento no solo constituye el hito más significativo del sindicalismo ecuatoriano en la primera mitad del siglo XX, sino que estableció un precedente fundamental: el reconocimiento del derecho de los trabajadores a ocupar los espacios públicos centrales de la ciudad para expresar sus demandas políticas y sociales. El congreso se desarrolló entre el 10 de julio y el 5 de agosto de 1938, con la participación de 54 delegados representantes de 13 provincias (López Valarezo 2020).

La elección de Ambato como sede de este congreso respondía a consideraciones tanto prácticas como estratégicas. La ciudad se había consolidado como un centro importante de organización laboral, y la presencia de la Industrial Algodonera, fundada inicialmente por los hermanos Dalmau y posteriormente dirigida por Henry Janke Schmidt, proporcionaba la base material necesaria para albergar un evento de tal magnitud (Nicola 2025). Esta fábrica textil se convirtió en el mayor empleador de la ciudad, generando además la formación del Barrio Obrero alrededor de sus instalaciones y siendo escenario de importantes conflictos laborales que nutrieron la experiencia organizativa local.

Sin embargo, más allá de estas consideraciones logísticas, la decisión de realizar el congreso en Ambato obedecía también a una estrategia política de mayor alcance: demostrar que el movimiento obrero había logrado construir núcleos organizativos sólidos incluso en ciudades medianas de la Sierra, trascendiendo su concentración tradicional en los grandes centros urbanos como Quito y Guayaquil.

El congreso logró una participación nacional sin precedentes, incluyendo por primera vez delegados de todas las provincias del país y recibiendo apoyo económico del gobierno de Alberto Enríquez Gallo (López Valarezo 2020). Esta representación

implicaba una gran variedad de personas: participaron artesanos, obreros industriales, trabajadores del campo, indígenas y mujeres, configurando una construcción social que reflejaba la complejidad del mundo laboral de la época.

También existió la inclusión de representación indígena en un congreso obrero nacional, aunque limitada a tres delegados de Cotopaxi, Tungurahua y Chimborazo. Su participación generó debates paternalistas sobre si los indígenas estaban preparados para la conciencia de clase, revelando las tensiones internas del movimiento obrero respecto a la definición misma de clase trabajadora (Sánchez, Quevedo, y Maya 2022, 6).

De igual manera, se constituyó una comisión de “obrerismo femenino” con delegadas como Ildaura Tandazo de Guayaquil e Inés Zúñiga y Georgina Andrade de Quito, cuyas demandas incluyeron la igualdad salarial entre hombres y mujeres, la creación de casas cuna en fábricas, legislación especial para mujeres campesinas e indígenas, y representación femenina funcional en el Congreso Nacional (Estrella 1986, 14).

La clausura del congreso incluyó un desfile masivo que recorrió las principales calles de la ciudad. Las crónicas de la época describen la impresión que causó en la población ambateña ver desfilar por sus calles a miles de trabajadores portando banderas rojas y consignas que exigían mejores condiciones laborales, jornada de ocho horas, derecho a la sindicalización y participación en las decisiones nacionales (López Valarezo 2020, 208). Esta manifestación no constituía simplemente una demostración de fuerza numérica, sino una puesta en escena del proyecto político del movimiento obrero: la construcción de una sociedad donde los trabajadores tuvieran voz y voto en las decisiones que afectaban sus vidas.

El impacto del congreso trascendió ampliamente lo coyuntural. Las organizaciones obreras fortalecidas durante ese evento lograron influir decisivamente en la promulgación del Código del Trabajo de 1938, que reconoció el derecho a la huelga y sindicalización, estableció normas sobre accidentes laborales, reguló el trabajo de menores y mujeres, y legisló sobre formas precarias como el huasipungo (López Valarezo 2020, 209). Este código, aunque con limitaciones importantes, constituyó el marco legal que posibilitó el desarrollo posterior del movimiento sindical ecuatoriano y fue considerado uno de los más progresistas y adelantados de América Latina.

Para comprender cómo esta historia se conecta con el presente, es fundamental rastrear la continuidad de las luchas obreras a lo largo de las décadas siguientes. Entre 1961 y 1963 se registraron alrededor de 10 huelgas en diferentes sectores de la

economía nacional, incluyendo movilizaciones de trabajadores municipales de Ambato (Estrella 1986, 10). Las demandas iban desde la estabilidad laboral y el pago de sueldos atrasados hasta la reincorporación de trabajadores despedidos y las alzas salariales.

Durante los años setenta y ochenta, en el contexto del boom petrolero y el fortalecimiento general del sindicalismo ecuatoriano, el parque se consolidó como el punto de llegada obligatorio de las movilizaciones laborales en Tungurahua. Entre 1975 y 1988 se contabilizaron cerca de 18 huelgas y paros de trabajadores (Estrella 1986, 73)

Sin embargo, la década de 1990 marcó un punto de inflexión dramático en esta historia. La aplicación de las políticas neoliberales, que incluyó la Ley 133 de 1991 durante el gobierno de Rodrigo Borja, reformó el Código de Trabajo incrementando de 15 a 30 el número mínimo de trabajadores necesarios para formar sindicatos, golpeando duramente al movimiento obrero ambateño (Harari 2010). El cierre definitivo de la Industrial Algodonera había eliminado ya la principal fuente de empleo industrial de la ciudad, y las políticas de flexibilización laboral completaron el proceso de desmantelamiento de las bases materiales del sindicalismo local.

Este contexto de crisis del movimiento obrero organizado contrasta dramáticamente con la persistencia de las condiciones que dieron origen a las luchas sindicales. Según datos del INEC, en el primer trimestre de 2022 se estima que la población ocupada en el sector informal es del 51,1 % a nivel nacional, indicando que más de la mitad de los trabajadores ecuatorianos se encuentra en condiciones de precariedad laboral (INEC citado en Sánchez, Quevedo, y Maya 2022, 10).

En este contexto, las movilizaciones obreras han adquirido características diferentes a las del período clásico del sindicalismo. Las marchas del 1 de mayo, por ejemplo, ya no constituyen expresiones de la fuerza de un movimiento obrero organizado y cohesionado, sino manifestaciones de resistencia de sectores laborales fragmentados que luchan por mantener derechos conquistados en el pasado.

En la marcha del 1 de mayo de 2019, participaron al menos 20 organizaciones sindicales y gremiales, incluyendo sindicatos de la Empresa Eléctrica Ambato, obreros municipales, trabajadores del Ministerio de Salud, jubilados, maestros, estudiantes y comerciantes del Mercado Mayorista (*El Comercio*, 2019, párr. 2). La diversidad de esta participación revela tanto la persistencia de la tradición de lucha obrera como su fragmentación actual: ya no se trata de un movimiento homogéneo articulado alrededor de grandes fábricas, sino de una constelación de organizaciones que representan sectores laborales muy diversos.

Las demandas también han evolucionado significativamente. Si las luchas obreras se centraban en la conquista de derechos laborales básicos: jornada de ocho horas, derecho a sindicalización, mejores salarios, en la actualidad las movilizaciones se orientan fundamentalmente hacia la defensa de derechos ya conquistados que están siendo amenazados por las políticas neoliberales. Las consignas de las marchas contemporáneas hablan de “defensa de la estabilidad laboral”, “protección de la seguridad social”, “rechazo a la flexibilización laboral” y “oposición a los acuerdos con el FMI” (El Comercio 2019, párr. 6).

Esta transformación en el carácter de las luchas obreras se refleja también en las formas como los trabajadores ocupan los espacios públicos. Las manifestaciones obreras en el parque Cevallos eran eventos masivos que lograban transformar temporalmente todo el espacio urbano central. En contraste, las movilizaciones actuales, aunque siguen culminando en el parque, tienen un carácter más acotado, concentrándose principalmente en el área inmediata a la tarima.

Sin embargo, sería erróneo interpretar esta transformación únicamente en términos de debilitamiento. Las nuevas formas de organización laboral que han emergido están generando también nuevas modalidades de utilizar el espacio público como espacio de lucha. Los trabajadores de cultura usan plataformas digitales y han comenzado a organizarse y a utilizar el parque como punto de encuentro para sus asambleas y protestas.

Estos nuevos actores laborales enfrentan desafíos específicos que requieren formas de organización diferentes a las del sindicalismo tradicional. Al no mantener una relación laboral clásica con un empleador definido, se les ha negado desde el Estado la posibilidad de sindicalizarse y se desconoce su condición como trabajadores (Sánchez, Quevedo, y Maya 2022, 11–12). Sin embargo, han encontrado en espacios para construir sus propias formas de organización y resistencia.

La persistencia del uso del espacio público como escenario de las luchas obreras, a pesar de las transformaciones profundas que ha experimentado el mundo del trabajo, revela algo fundamental sobre la relación entre espacio urbano y conflicto social. El parque no es simplemente un contenedor neutral donde ocasionalmente se desarrollan protestas laborales, sino un territorio que ha sido construido históricamente como espacio de enunciación obrera, un lugar donde los trabajadores han aprendido que pueden hacer escuchar su voz.

Lo que vuelve al parque un territorio y no solo un simple espacio, siguiendo la definición de territorio propuesta por Haesbaert, la apropiación simbólica y material que los sujetos sociales realizan sobre él. Para Haesbaert, “el territorio es apropiado por la praxis social, por el conflicto y la negociación, por el ejercicio de diversos poderes que le otorgan sentido y pertenencia” (2013, p. 104). En este sentido, el parque como territorio obrero se configura por las trayectorias históricas de protesta, encuentro y reivindicación que inscriben en él una memoria colectiva y una identidad política persistente. Así, no es un contenedor neutral, sino un lugar activamente construido y disputado.

Esta construcción histórica del parque como espacio obrero explica por qué, incluso en las condiciones actuales de fragmentación del movimiento sindical, los trabajadores siguen eligiendo este lugar para expresar sus demandas. Existe una especie de memoria espacial que conecta las luchas contemporáneas con las tradiciones de resistencia del pasado, una memoria que se transmite no solo a través de los relatos familiares sino también mediante la experiencia corporal de ocupar el mismo territorio que ocuparon las generaciones anteriores de trabajadores.

En este sentido, cada movilización sindical actualiza y renueva el significado político de este espacio, inscribiendo nuevas capas de memoria sobre las ya existentes y manteniendo viva una tradición de lucha que se remonta al congreso obrero de 1938.

3. El movimiento indígena

Si existe un movimiento social que ha logrado transformar de manera más radical los significados asociados al Parque Montalvo, ese es sin duda el movimiento indígena. La presencia de las organizaciones indígenas en este espacio condensa múltiples ironías históricas: el mismo parque que fue diseñado por las élites locales como símbolo de su proyecto civilizatorio excluyente, se ha convertido en los últimos treinta años en el principal escenario donde las nacionalidades y pueblos indígenas de Tungurahua han desplegado sus demandas de reconocimiento, dignidad y derechos territoriales.

Para mí el acercarme a las comunidades ha sido un proyecto de vida, vengo de una generación que creía en el trabajo comunitario, en hacer salud desde la atención primaria, en curar lo más simple para evitar problemas más complejos. Crecí entre montañas, jugando con otros niños y viviendo una realidad distinta a la mía. Mis padres

me llevaron a conocer espacios lejos del cemento de la ciudad, descubrir chacras y aprender de otras personas.

Crecer en estos espacios y con estas ideas me permitió de una u otra manera acercarme al movimiento con otros ojos, pero mi experiencia más cercana se dio cuando el 1 de octubre de 2019 el presidente Lenín Moreno anunció la liberación del precio del diésel y la gasolina⁸; a partir de este día se marcaría el inicio de una transformación profunda en mi percepción de la resistencia social.

Lo que comenzó como una protesta pacífica de los transportistas se convirtió rápidamente en una de las movilizaciones más intensas y complejas que he presenciado en la historia reciente de nuestro país. Fui testigo de cómo las calles se llenaron de voces diversas: estudiantes, comunidades indígenas, trabajadores del transporte, todos unidos por una causa común que trascendía sus diferencias particulares.

Esta experiencia me enseñó que la verdadera fuerza del cambio social radica en la capacidad de coordinación y cooperación entre actores diversos. Durante esas jornadas de protesta, observé cómo se desvanecían las fronteras tradicionales entre quienes reflexionan y quienes actúan, entre intelectuales y militantes. Los conceptos que antes parecían abstractos se materializaron en herramientas concretas para entender y transformar nuestra realidad. Vi estudiantes de medicina creando líneas de vida para proteger las universidades, madres organizando espacios seguros para sus hijos, y comunidades indígenas liderando con sabiduría ancestral una lucha que concernía a toda la sociedad. Comprendí que cuando el pensamiento y la acción se impulsan mutuamente, emergen nuevos caminos de transformación social que antes parecían imposibles.

Para comprender la profundidad política de esta transformación, es necesario partir del testimonio de quienes han sido protagonistas de las luchas indígenas en la provincia. Elías, dirigente histórico de la Organización de Comunas de Pueblo (OCP) y ex tesorero de la Ecuarunari, ofrece una perspectiva privilegiada sobre cómo los pueblos indígenas de Tungurahua construyeron su capacidad de movilización y cómo el Parque Montalvo se insertó en sus estrategias de lucha:

En esos tiempos levantamientos, pero levantamientos sanos, no negociados como ahora. Porque eso tiene otra cosa. Porque los dirigentes de esos tiempos hemos sido justos,

⁸ El 1 de octubre de 2019, el presidente Lenín Moreno emitió el Decreto Ejecutivo 883, que eliminó el subsidio estatal a los combustibles, provocando un aumento inmediato en el precio del diésel y la gasolina. Esta medida, parte de un acuerdo con el FMI, desencadenó masivas protestas sociales y un paro nacional que marcó un hito en la historia reciente de la resistencia popular en Ecuador.

valientes, luchadores de verdad, sin que nadie diga, 'Chuta, hagan paro porque yo le ofrezco', lo que hacen ahora. (Elías Tixilema 2025, entrevista personal)

El testimonio de Elías revela no solo el orgullo por las luchas del pasado, sino también la crítica a las formas actuales de movilización que considera menos auténticas y más cooptadas por intereses ajenos al movimiento indígena.

La trayectoria de lucha que describe Elías se inscribe en el proceso más amplio de construcción del movimiento indígena ecuatoriano como actor político nacional. Los levantamientos de 1990, 1994, 1997, 2000 y 2001 no fueron fenómenos espontáneos, sino el resultado de un largo proceso de organización que se gestó en las décadas anteriores y que tuvo en las provincias de la Sierra, incluyendo Tungurahua, algunos de sus núcleos más dinámicos.

Hablando sobre el contexto de exclusión sistemática que motivó las primeras movilizaciones indígenas:

Porque en esos tiempos no hemos sido reconocidos de las autoridades, pues. Por ejemplo, hablando ya aquí de la provincia, ahora bueno, ya sabemos quién es la perfecta, sabemos quién es el del Consejo Provincial, ya entramos con facilidades a las oficinas, lo que en esos tiempos ni siquiera, aún más hablando de la prefectura, digamos del municipio, ni hemos sabido cómo llegar al municipio. (Elías Tixilema 2025, entrevista personal)

Este testimonio ilumina una dimensión fundamental del conflicto que se expresaba en los levantamientos: la lucha por el reconocimiento político. Los pueblos indígenas no solo demandaban mejoras en sus condiciones materiales de vida, sino también el derecho a ser reconocidos como interlocutores legítimos en las decisiones que afectaban sus territorios y sus vidas. La exclusión de las oficinas públicas no era simplemente una forma de discriminación individual, sino la expresión institucional de un proyecto de Estado que los consideraba menores de edad políticos.

En este contexto, la construcción de la capacidad de movilización indígena implicó no solo la articulación organizativa a nivel comunitario, sino también el desarrollo de estrategias para hacer visible su presencia en el espacio público urbano. Los levantamientos no se limitaban a las comunidades rurales, sino que incluían la ocupación de las ciudades principales de cada provincia, siendo Ambato el objetivo estratégico fundamental para los pueblos indígenas de Tungurahua.

“Y al último caso había etapas, ¿no? Hasta un buen tiempo sabíamos aguantar en las vías, en los carreteros. Y luego como para hacer alzar ya los levantamientos se bajaba todo al centro de Ambato”, describe Elías la lógica escalonada de los

levantamientos. Esta estrategia revelaba una comprensión sofisticada de la geografía del poder: primero se controlaban las vías de comunicación para demostrar la capacidad de paralizar la economía regional, y luego se bajaba a la ciudad para disputar los espacios simbólicos del poder político (2025).

El momento culminante de esta estrategia era precisamente la llegada al centro de Ambato y, específicamente, al área que rodea el Parque Montalvo:

Al centro bajábamos los de acá bajaban por Huachichico, así caminando hacia abajo. Vuelta nosotros de por acá de la zona de todo lo que es Yangagua, Pasa, San Fernando, esa vuelta por aquí por Corteluno. Por Corteluno. Por la vía Flores, así de no sabíamos subir todos de Huachi Chico mismo para bajar toditos en caravana. Así sabíamos bajar. Hasta la gobernación. A la gobernación, pues claro. (Tixilema 2025, entrevista personal)

El testimonio de Elías revela que el objetivo estratégico de los levantamientos no era propiamente el Parque Montalvo, sino la gobernación que se encuentra en su área de influencia inmediata. Sin embargo, la dinámica de las movilizaciones hacía que el parque se convirtiera inevitablemente en un espacio de concentración, tránsito y a veces refugio para los manifestantes indígenas:

A la gobernación para ya cerrar solamente más que todo a la gobernación, en levantamientos. De ahí, así como tipo comisiones así que en la gobernación también hemos sabido de entrar. Claro. Ya netamente hemos entrado ya directo a posicionar la gobernación. (Elías Tixilema 2025, entrevista personal)

La ocupación de la gobernación implicaba necesariamente la transformación temporal del entorno urbano inmediato, incluyendo el Parque Montalvo. Durante los días que duraban los levantamientos, este espacio se convertía en un territorio indígena en el corazón de la ciudad mestiza, una inversión simbólica del orden colonial que había relegado a los pueblos originarios a las periferias rurales.

“Especialmente en la gobernación. Mmm. Porque tampoco no se podía estar más por ahí porque de pronto agarran un inocente y se van llevando. Así. Ajá. Para todo esto teníamos que estar bastante organizados”, señala Elías sobre las precauciones que debían tomar durante las ocupaciones. Su testimonio revela que la presencia indígena en el centro de la ciudad no era solo una cuestión de estrategia política, sino también una situación de riesgo que requería altos niveles de organización y disciplina colectiva.

La pregunta sobre si durante los levantamientos se abría o cerraba el Parque Montalvo genera una respuesta reveladora: “No, sí les dejaban entrar. Dejaban no más entrar al parque. Aquí no cerraban. En el parque Montalvo no cerraban mucho. Pero sí

sabíamos estar ‘guardiando’. Más más en alrededor del de la gobernación, sí” (Tixilema, 2025, entrevista hecha por Camila Rojas). Esta respuesta sugiere que, durante los momentos álgidos de los levantamientos, el control efectivo del espacio pasaba de las autoridades municipales a las propias organizaciones indígenas, que decidían cuándo y cómo se utilizaba el parque.

Sin embargo, Elías también aclara que el uso del parque por parte de los manifestantes indígenas era estratégico y acotado: “Especialmente en la gobernación. Mmm. Porque tampoco no se podía estar más por ahí porque de pronto agarran un inocente y se van llevando. Así. Ajá”. El parque funcionaba como un espacio de tránsito y eventual refugio, pero el foco de la acción política se concentraba en la gobernación.

Esta relación instrumental con el Parque Montalvo contrasta con lo que ocurrió en los años posteriores, cuando las organizaciones indígenas comenzaron a utilizarlo de manera más sistemática para sus propias actividades políticas y culturales. El cambio se relaciona con las transformaciones que experimentó el movimiento indígena después de los levantamientos de los años noventa, cuando comenzó un proceso de institucionalización que incluyó el reconocimiento oficial de sus organizaciones y la apertura de espacios de diálogo con las autoridades.

“Porque en la época de Naranjo estuvieron más cercanos, ¿no es cierto? Desde cuando estaba el Naranjo teníamos más de entrada. Ya más. Ya con facilidad, lo que se diga”, reconoce Elías refiriéndose al período en que Fernando Naranjo fue prefecto de Tungurahua (2000-2009). Durante esa década, se produjeron cambios significativos en la relación entre el movimiento indígena y las instituciones públicas locales, cambios que tuvieron su correlato en las formas de uso del espacio urbano.

Estas transformaciones en los usos del parque por parte de las organizaciones indígenas no pueden entenderse al margen de los cambios más amplios que experimentó el movimiento indígena ecuatoriano en las últimas dos décadas. El reconocimiento constitucional de la plurinacionalidad en 2008, aunque con limitaciones importantes en su implementación, legitimó la presencia indígena en los espacios públicos urbanos de una manera que hubiera sido impensable décadas atrás.

Sin embargo, el testimonio de Elías también revela las tensiones y contradicciones que atraviesan esta transformación. Al referirse a los levantamientos actuales, señala:

Levantamientos, pero levantamientos sanos, no negociados como ahora. Porque eso tiene otra cosa. Porque los dirigentes de esos tiempos hemos sido justos, valientes,

luchadores de verdad, sin que nadie diga, Chuta, hagan paro porque yo le ofrezco', lo que hacen ahora. (Elías Tixilema, entrevista personal)

Esta crítica a las formas actuales de movilización indígena refleja una preocupación más amplia sobre los procesos de cooptación y burocratización que han afectado al movimiento en las últimas décadas. La institucionalización de las demandas indígenas, que inicialmente representó una victoria política importante, ha generado también nuevos desafíos relacionados con la autonomía organizativa y la autenticidad de las luchas.

En el caso específico del Parque Montalvo, esta tensión se expresa en la diferencia entre los usos auténticos del espacio por parte de las organizaciones indígenas aquellos que surgen de sus propias necesidades políticas, culturales y los usos sociales que responden a las agendas de otros actores que buscan utilizar la legitimidad del movimiento indígena para sus propios fines.

La participación de las organizaciones indígenas en eventos oficiales realizados en el parque, por ejemplo, genera debates internos sobre hasta qué punto esta participación contribuye al fortalecimiento del movimiento o, por el contrario, a su domesticación política. Estos debates reflejan tensiones más profundas sobre las estrategias que debe adoptar el movimiento indígena en el contexto actual, donde las formas tradicionales de confrontación directa con el Estado han dado paso a modalidades más complejas de negociación e incidencia política.

Sin embargo, más allá de estas tensiones, la presencia indígena en el Parque Montalvo ha generado transformaciones irreversibles en los significados asociados a este espacio. Ya no es posible pensar el parque únicamente como un símbolo del proyecto civilizatorio de las élites locales, porque las décadas de ocupación indígena han inscrito en él memorias y significados que cuestionan radicalmente ese proyecto original.

Cuando los niños juegan en los espacios verdes del parque, cuando las organizaciones realizan sus asambleas bajo la sombra de los árboles, se están produciendo formas de apropiación del espacio que trascienden lo coyuntural. Estas prácticas cotidianas van sedimentando nuevos sentidos comunes sobre quiénes tienen derecho a la ciudad y cuáles son los usos legítimos del espacio público.

La transformación más profunda que ha generado la presencia indígena en el Parque Montalvo no se relaciona tanto con eventos espectaculares o movilizaciones masivas, sino con estos procesos pequeños de resignificación que van modificando

lentamente, pero de manera persistente los imaginarios urbanos dominantes. El parque ya no es un espacio exclusivamente mestizo donde ocasionalmente irrumpen los indígenas, sino un territorio compartido donde se negocian cotidianamente las condiciones de la convivencia intercultural.

Esta negociación no está exenta de conflictos y tensiones. Los comentarios racistas en redes sociales, las quejas de algunos sectores de la población sobre el “deterioro” del espacio, revelan que la disputa por los significados del parque está lejos de resolverse definitivamente.

Sin embargo, lo que resulta irreversible es el hecho de que estas tensiones ahora se expresan en un contexto donde la presencia indígena en el espacio urbano central ha adquirido una legitimidad social y política que no tenía en el pasado. Los pueblos indígenas ya no son visitantes ocasionales del Parque Montalvo que deben pedir permiso para estar allí, sino usuarios habituales que han conquistado el derecho a considerarlo también como suyo.

La reconstrucción de las trayectorias de las Guambras Verdes, el movimiento obrero y el movimiento indígena en su relación con el Parque Montalvo revela que la resignificación de los espacios urbanos no es un proceso abstracto, sino el resultado de luchas concretas protagonizadas por cuerpos organizados que disputan el derecho a la ciudad.

Cada uno de estos movimientos ha desarrollado formas específicas de ocupar el parque que responden tanto a sus tradiciones organizativas como a las condiciones políticas de cada época. Las Guambras Verdes han privilegiado las intervenciones artísticas y las pedagogías feministas como estrategias para visibilizar las violencias machistas y construir nuevos imaginarios de género. El movimiento obrero ha mantenido la tradición de las concentraciones masivas y los discursos públicos, aunque adaptándose a las nuevas condiciones del mercado laboral. El movimiento indígena ha combinado las ocupaciones estratégicas durante los levantamientos con formas más cotidianas de apropiación cultural del espacio.

Sin embargo, más allá de estas diferencias, los tres movimientos comparten algo fundamental: han logrado demostrar que el Parque Montalvo no es un espacio neutral, sino un territorio en disputa donde se materializan las tensiones entre proyectos de sociedad antagónicos. Sus acciones han revelado que detrás de la aparente tranquilidad ornamental del parque se ocultan relaciones de poder que pueden ser contestadas y transformadas a través de la organización colectiva.

Esta contestación no ha sido únicamente simbólica. Las luchas desarrolladas en y alrededor del Parque Montalvo han contribuido a conquistas concretas: la expansión de los derechos laborales, el reconocimiento de la plurinacionalidad, el avance de la agenda feminista. Estas conquistas demuestran que la disputa por los espacios urbanos forma parte integral de las luchas más amplias por la democratización de la sociedad.

Al mismo tiempo, la persistencia de estas luchas revela que las transformaciones conseguidas son siempre precarias y reversibles. El parque puede ser un espacio de enunciación feminista durante una manifestación del 8 de marzo, pero volver a ser un territorio hostil para las mujeres al día siguiente. Puede ser ocupado exitosamente por los trabajadores durante una huelga, pero continuar siendo ajeno a sus necesidades cotidianas el resto del tiempo. Puede servir de escenario para movilizaciones indígenas, pero seguir portando los símbolos del colonialismo que las organizaciones cuestionan.

Esta precariedad no invalida la importancia política de las transformaciones conseguidas, sino que subraya la necesidad de entender la resignificación de los espacios urbanos como un proceso permanente que requiere la movilización sostenida de los sectores organizados. El Parque Montalvo es hoy un territorio más democrático que hace treinta años, pero esta democratización es el resultado de luchas específicas que deben renovarse continuamente para mantener vigencia.

En este contexto, la dimensión personal de mi acercamiento a estos procesos no constituye una limitación analítica, sino una fortaleza metodológica. Haber participado en algunas de estas luchas, haber escuchado de primera mano los testimonios de sus protagonistas, haber experimentado corporalmente las transformaciones del espacio, me permite acceder a dimensiones de la experiencia política que difícilmente podrían captarse desde la distancia académica tradicional.

Esta experiencia personal me ha enseñado que la resignificación del Parque Montalvo no es solo un proceso político e histórico que puede estudiarse objetivamente, sino también un proceso existencial que marca las biografías de quienes participan en él. Cada vez que camino por el parque, mi mirada se detiene en los lugares donde he presenciado acciones políticas significativas, donde he escuchado testimonios desgarradores, donde he experimentado momentos de solidaridad colectiva. Estos lugares se han convertido en parte de mi geografía emocional personal, pero también en anclajes espaciales de una memoria colectiva que trasciende lo individual.

Es desde esta intersección entre lo personal y lo político, entre la experiencia vivida y el análisis crítico, que propongo entender las transformaciones del Parque

Montalvo no solo como objeto de estudio académico, sino como territorio vivo donde se siguen escribiendo los capítulos más importantes de la historia social ambateña. Los movimientos que he analizado en este capítulo no pertenecen al pasado, sino que continúan disputando cotidianamente los significados y usos de este espacio central de la ciudad.

El desafío que enfrentan hoy estos movimientos es cómo mantener viva la memoria de sus luchas pasadas mientras se adaptan a las condiciones políticas actuales, cómo preservar su autonomía organizativa mientras construyen alianzas estratégicas, cómo radicalizar sus demandas sin perder la legitimidad social conquistada. En este desafío, el Parque Montalvo seguirá siendo un territorio fundamental donde se testearán las respuestas que encuentren a estas preguntas.

4. Cronología de las manifestaciones contemporáneas: El Parque Montalvo como escenario de resistencia y memoria (1990-2024)

La construcción de una cronología de las manifestaciones que han tenido lugar en el Parque Montalvo durante las últimas tres décadas implica reconocer que este espacio ha funcionado como un espacio urbano donde cada movilización ha dejado separadas las capas de memoria y significado político. Esta cronología no pretende ser exhaustiva, sino más bien un mapeo de los momentos más significativos en que diferentes movimientos sociales han disputado y resignificado el parque, transformándolo de símbolo de poder oligárquico en territorio de enunciación popular.

Mi acercamiento a esta cronología está marcado por la experiencia personal de haber presenciado muchas de estas manifestaciones, desde las marchas del Primero de Mayo de mi infancia hasta las movilizaciones feministas más recientes. Esta perspectiva se entrelaza con el trabajo de archivo y los testimonios recogidos, revelando que la historia de las manifestaciones en el parque no es simplemente una sucesión de eventos, sino la construcción progresiva de un espacio público. Como bien plantea Neptalí Sancho de la Torre, “si no conocemos el pasado tampoco sabremos a donde ir en el futuro” (2012), siendo este un principio metodológico fundamental para comprender las transformaciones del espacio público ambateño.

4.1. Los levantamientos indígenas: La irrupción de los pueblos originarios (1990-2001)

El primer gran hito de las manifestaciones contemporáneas en el Parque Montalvo está directamente vinculado con los levantamientos indígenas que marcaron la década de 1990. Estos movimientos no solo transformaron el panorama político nacional, sino que resignificaron profundamente los espacios urbanos centrales de Ambato, convirtiendo al parque en un punto de convergencia política. Así, De Certeau tiene la perspectiva de que:

En la cultura ordinaria, el orden es puesto en juego por un arte, es decir, deshecho y burlado; en las determinaciones de la institución se insinúan así un estilo de intercambios sociales, un estilo de invenciones técnicas y un estilo de resistencia moral. (1996, 49)

Es una idea que resulta fundamental para comprender cómo los movimientos indígenas subvirtieron los significados coloniales del parque.

La conversación con Elías nos revela una estrategia cuidadosamente planificada en la que el Parque Montalvo, aunque no era el objetivo directo, se convertía inevitablemente en un espacio de tránsito y concentración. El objetivo estratégico era la gobernación, pero la dinámica misma de las movilizaciones hacía que el parque funcionara como punto de referencia urbano.

Lo más significativo de estos levantamientos en relación con el parque fue el cambio en las políticas de acceso al espacio. Como relata Elías: “No sí les dejaban entrar. Dejaban no más entrar al parque. Aquí no cerraban. En el parque Montalvo” (Elías Tixilema 2025, entrevista personal). Esta apertura contrastaba dramáticamente con el control histórico que se ejercía sobre el parque, donde tradicionalmente se mantenían las puertas cerradas para excluir a campesinos e indígenas.

Durante estos días de levantamiento, el control efectivo del espacio pasaba temporalmente de las autoridades municipales a las propias organizaciones indígenas, que decidían cuándo y cómo se utilizaba el parque. Esta inversión del poder espacial representaba mucho más que una ocupación táctica: constituía una disputa simbólica sobre quiénes tenían derecho a la ciudad y cuáles eran los usos legítimos del espacio público central.

Los levantamientos de 1990, 1994, 1997, 2000 y 2001 establecieron un precedente fundamental en la historia de Ambato, los pueblos indígenas lograban hacer del parque un espacio de enunciación política propia, no solo un lugar de tránsito hacia

las instituciones del poder mestizo. Como señala Elías, las precauciones que debían tomar durante las ocupaciones revelan la complejidad de esta presencia: “Especialmente en la gobernación. Porque tampoco no se podía estar más por ahí porque de pronto agarran un inocente y se van llevando”.



Figura 7. Movilización 1990 Ambato
Fuente: Conaie

El levantamiento indígena de junio de 1990 representa el primer gran hito de las manifestaciones contemporáneas en el Parque Montalvo y marca un punto definitivo en la historia política de Ambato. Este movimiento no solo transformó el panorama político nacional, sino que resignificó profundamente los espacios urbanos centrales de la ciudad, convirtiendo al parque en un punto de convergencia política en el cual los pueblos originarios lograron hacer escuchar su voz desde el corazón simbólico del poder mestizo.

Para comprender la magnitud de esta transformación es fundamental analizar la estrategia territorial que las organizaciones indígenas desplegaron durante el levantamiento. Esta descripción revela una estrategia cuidadosamente planificada donde múltiples comunidades indígenas convergían desde diferentes puntos cardinales hacia el centro urbano de Ambato, siguiendo rutas específicas que maximizaban tanto el impacto

visual como la capacidad de movilización. El Parque Montalvo, aunque no constituía el objetivo directo de las marchas, se convertía inevitablemente en un espacio de tránsito y concentración debido a su ubicación estratégica en relación con la gobernación provincial.

Como documenta el análisis del “Glorioso Levantamiento Indígena de Tungurahua de junio de 1990”: “Las comunidades se movilizaron en forma coordinada desde todos los cantones de la provincia, convergiendo hacia Ambato en una demostración sin precedentes de organización y disciplina política” (Chato 2019, 23). Esta coordinación territorial reveló niveles de organización que las élites locales no habían anticipado y que cuestionaban radicalmente los estereotipos sobre la supuesta incapacidad política de los pueblos indígenas.

Lo más significativo del levantamiento de 1990 con relación al Parque Montalvo fue el cambio radical en las políticas de acceso al espacio. Como ya nos contó Elías Tixilema: El aparente permiso para ingresar al parque debe entenderse en su contexto histórico: tradicionalmente, las autoridades municipales mantenían cerradas las puertas del parque precisamente para excluir a campesinos e indígenas, considerados como elementos indeseables que podrían contaminar la imagen del espacio.

La decisión de mantener abierto el parque durante el levantamiento no respondía a una conversión democrática de las autoridades locales, sino a un cálculo político. Las organizaciones indígenas habían demostrado una capacidad de movilización que superaba las posibilidades de control represivo tradicional, y cerrar el parque habría implicado confrontaciones directas que las autoridades no estaban preparadas para manejar.

Sin embargo, esta apertura del espacio generó una transformación irreversible. Como señala el documento sobre el levantamiento: “Por primera vez en la historia republicana de Tungurahua, los indígenas ocuparon masivamente el centro urbano de Ambato, resignificando espacios que habían sido construidos para excluirlos” (Chato 2019, 45).

Durante los días del levantamiento, el control efectivo del Parque Montalvo pasó temporalmente de las autoridades municipales a las propias organizaciones indígenas, que decidían cuándo y cómo se utilizaba el espacio. Este cambio en el poder representaba mucho más que una ocupación: constituía una disputa fundamental sobre quiénes tenían derecho a la ciudad y cuáles eran los usos legítimos del espacio público central.

El testimonio de Elías Tixilema revela la complejidad de esta utilización del parque y las precauciones que el movimiento tenían evidencian que, aunque las organizaciones indígenas habían logrado ocupar el espacio, esta ocupación se desarrollaba bajo condiciones de vigilancia y riesgo permanente.

La documentación del levantamiento registra cómo las organizaciones indígenas desarrollaron formas propias de administrar el espacio durante su ocupación: “Se establecieron turnos de vigilancia, se organizaron comedores populares, se instalaron espacios para el descanso de los comuneros que venían desde lugares lejanos, y se crearon puntos de información y coordinación” (Chato 2019)

El levantamiento de 1990 estableció un precedente que transformó para siempre la memoria política del Parque Montalvo. Por primera vez en la historia de Ambato, los pueblos indígenas lograban hacer del parque un espacio de enunciación política propia, no simplemente un lugar de tránsito hacia las instituciones del poder mestizo.

Esta transformación debe entenderse en el contexto más amplio de lo que significó el levantamiento para el movimiento indígena nacional. Como documenta el análisis:

El levantamiento de 1990 marcó el inicio de una nueva etapa en la cual el movimiento indígena se constituyó como actor político nacional, capaz de interpelar al Estado y de disputar los términos en que se definía la ciudadanía ecuatoriana. (Chato 2019, 52)

En el caso específico de Ambato, la ocupación del parque durante el levantamiento generó lo que podríamos denominar una “fractura simbólica” en la geografía urbana tradicional. El espacio diseñado por las élites locales como símbolo de su proyecto civilizatorio excluyente se convertía, aunque fuera temporalmente, en territorio de enunciación indígena.

Las demandas que se articularon desde el parque durante el levantamiento de 1990 trascendían las reivindicaciones meramente económicas para incluir cuestionamientos profundos al modelo vigente. Como registra la documentación: “Las organizaciones demandaron no solo la solución de problemas de tierras, crédito y comercialización, sino también el reconocimiento del Ecuador como país plurinacional y la participación política directa de los pueblos indígenas” (Chato 2019, 34).

Estas demandas adquirirían una dimensión específica cuando se enunciaban desde el Parque Montalvo. El hecho de que las reivindicaciones de plurinacionalidad se expresaran desde el corazón simbólico de una ciudad construida sobre la exclusión

indígena generaba una tensión que obligaba a repensar los fundamentos mismos del orden social local

El levantamiento indígena de 1990 y su relación específica con el Parque Montalvo estableció un precedente que continúa resonando en las manifestaciones contemporáneas. La demostración de que era posible disputar los espacios del poder local se convirtió en una referencia para las movilizaciones posteriores, no solo indígenas sino también de otros sectores sociales.

Esta primera toma del parque por parte de las organizaciones indígenas demostró que los espacios urbanos no son contenedores neutros de la actividad social, sino territorios donde se materializan las tensiones entre proyectos de sociedad. El Parque Montalvo ya no podría ser pensado exclusivamente como símbolo, porque las jornadas de junio de 1990 habían inscrito en él memorias de resistencia que transformaron irreversiblemente sus significados políticos.

Esta transformación, considerar al parque como un territorio, como un escenario cargado de significados, prácticas históricas y disputas por el poder y la pertenencia. El territorio trasciende sus límites materiales y se constituye a partir de la relación viva que los distintos grupos sociales establecen con él mediante procesos de apropiación, memoria y resistencia. Así, el parque se volvió un terreno fértil para la expresión política y cultural, donde el ingreso y la ocupación indígena no solo alteraron el uso cotidiano del espacio, sino también sus sentidos más profundos y persistentes en la memoria local.

La resignificación del parque como territorio de levantamiento y de reivindicación, inscrita por la acción colectiva, permitió que las luchas posteriores encuentren ahí un referente, ya no únicamente patrimonial, sino también de construcción activa de ciudadanía y protagonismo popular. En este sentido, la marca que el levantamiento dejó en el parque es inseparable de su nueva función: lugar de convergencia, disputa y posible transformación de los sentidos compartidos de la ciudad.

La demostración de que era posible ocupar y transformar la ciudad se convirtió en un repertorio de acción política que sería retomado y actualizado por movimientos posteriores, contribuyendo a la construcción de un espacio público más democrático y representativo de la diversidad social ambateña.

4.2. La consolidación del sindicalismo contemporáneo: Las marchas del Primero de Mayo (1990-2010)

Paralelamente a la irrupción indígena, el movimiento sindical mantuvo su presencia histórica en la ciudad, aunque con características diferentes a las del período anterior. Las marchas del Primero de Mayo se convirtieron en un ritual político urbano que actualizaba año tras año la memoria obrera en el espacio central de la ciudad. Utilizando las ideas de De Certeau como punto de partida:

Hay que interesarse no en los productos culturales ofrecidos en el mercado de bienes, sino en las operaciones que hacen uso de ellos; hay que ocuparse de las “diferentes maneras de marcar socialmente la diferencia producida en un dato a través de una práctica”. (De Certeau 1996, 42)

Esta perspectiva resulta útil para analizar cómo los diferentes sectores laborales utilizaron las marchas del Primero de Mayo para marcar diferencias en el uso y significación del espacio público.

Mi primer recuerdo político consciente está vinculado precisamente a estas marchas. Tenía aproximadamente ocho años cuando mis padres me llevaron de la mano a la que sería la primera de muchas manifestaciones del Día del Trabajador que terminarían en el Parque Cevallos.

En esos años, las marchas del Primero de Mayo ya no constituían expresiones de la fuerza de un movimiento obrero organizado y cohesionado, sino manifestaciones de resistencia de sectores laborales fragmentados que luchaban por mantener derechos conquistados en el pasado. Como documenta el trabajo de Paola Sánchez, Tomás Quevedo y Nataly Maya: “En la marcha del 1 de mayo de 2019, participaron al menos 20 organizaciones sindicales y gremiales, incluyendo sindicatos de la Empresa Eléctrica Ambato, obreros municipales, trabajadores del Ministerio de Salud, jubilados, maestros, estudiantes y comerciantes del Mercado Mayorista” (Sánchez, Quevedo y Maya, 2022, 36).

Esta diversidad de participación revelaba tanto la persistencia de la tradición de lucha obrera como su fragmentación actual. Ya no se trataba de un movimiento articulado alrededor de grandes fábricas como la extinta Industrial Algodonera, sino de un grupo de organizaciones que representaban sectores laborales muy diversos, desde trabajadores del sector público hasta comerciantes informales.

Las demandas también habían evolucionado significativamente. Si antes las luchas obreras se centraban en la conquista de derechos laborales básicos, en las

manifestaciones contemporáneas las movilizaciones se orientaban fundamentalmente hacia la defensa de derechos ya conquistados que estaban siendo amenazados por las políticas neoliberales. Las consignas se actualizaron para incluir la defensa de la estabilidad laboral, protección de la seguridad social, rechazo a la flexibilización laboral y oposición a los acuerdos con el FMI.

4.3. La emergencia del movimiento feminista: Las Guambras Verdes y la ocupación táctica del espacio (2018-2024)

La irrupción del movimiento feminista ambateño, articulado principalmente alrededor del colectivo Guambras Verdes, marca el período más reciente y quizás más transformador en la historia contemporánea de las manifestaciones en el Parque Montalvo. Este movimiento no solo introdujo nuevas formas de ocupar y significar el espacio, sino que logró disputar algunos de los símbolos más arraigados del patriarcado local, insertándose dentro de un contexto nacional donde el feminismo ecuatoriano ha cobrado una fuerza inusitada desde la segunda década del siglo XXI.

La perspectiva de la geografía del género resulta fundamental para analizar estas transformaciones, entendida como la que:

Examina las formas en que los procesos socioeconómicos, políticos y ambientales crean, reproducen y transforman, no sólo los lugares donde vivimos, sino también las relaciones sociales entre los hombres y las mujeres que viven allí y, a la vez, también estudia cómo las relaciones de género afectan a estos procesos y sus manifestaciones en el espacio y en el medio. (Little, Peake, y Richardson 1988, 99)

El surgimiento de las Guambras Verdes debe entenderse dentro del marco más amplio de lo que Rita Laura Segato denomina las nuevas formas de guerra que se expanden globalmente, donde la violencia contra mujeres y niños pasa a ser un objetivo estratégico, un arma para destruir moralmente al enemigo (Segato, 2013). En el contexto ecuatoriano, esta realidad se manifiesta de manera particularmente cruda: según datos del Consejo de la Judicatura, entre 2014 y 2023 se registraron más de 1,500 feminicidios en el país, con Tungurahua ocupando posiciones preocupantes en las estadísticas nacionales.

La primera acción pública significativa de las Guambras Verdes en el parque ocurrió durante la conmemoración del 8 de marzo de 2019. A diferencia de las celebraciones institucionales del Día Internacional de la Mujer, que tradicionalmente se

limitaban a actos protocolarios en espacios cerrados, las Guambras decidieron tomar las calles y, específicamente, el parque. La elección no fue casual: ocupar ese espacio significaba disputar no solo la geografía urbana, sino los sentidos tradicionales asociados a la feminidad y al lugar que las mujeres debían ocupar en la esfera pública.

Esta estrategia de ocupación del espacio público se alinea con las propuestas de Catherine Walsh sobre la necesidad de construir una interculturalidad crítica que cuestione la colonialidad del poder, ser y saber implantada por la modernidad eurocentrista. A diferencia de una interculturalidad funcional que simplemente reconoce la diversidad para incluirla dentro de la matriz colonial existente, la interculturalidad crítica apunta a refundar las estructuras e instituciones que racializan, inferiorizan y deshumanizan (Walsh, 2023).

Una de las intervenciones más potentes fue el “Tendedero Feminista” que instalaron en las rejas del parque durante la marcha del 8 de marzo del 2025. El tendedero se convertía en una especie de mural colectivo y cambiante que transformaba las frías rejas del parque en un espacio de comunicación entre mujeres. Los mensajes que se acumularon constituyen un archivo invaluable de la experiencia femenina en Ambato contemporáneo: desde testimonios desgarradores de violencia doméstica hasta declaraciones de amor propio, desde denuncias sobre acoso callejero hasta manifiestos sobre el derecho al aborto.



Figura 8. Tendedero 2025

Fuente: Instagram Guambras Verdes

Esta práctica de visibilización de la violencia a través del arte y la protesta es, como plantea Ileana Diéguez, la primera forma de combatirla. Las consignas y performances durante estas intervenciones buscaban arrancar del olvido esas vidas ultrajadas, cumpliendo una función testimonial, una urgencia ética por denunciar los crímenes y rescatar la memoria de las víctimas para que no se repitan (Diéguez Caballero 2013).

La marcha del 8 de marzo de 2024 para mí representó la consolidación de un ciclo de luchas que comenzó cinco años antes. Aproximadamente 1,000 mujeres se congregaron en la plaza Segunda Constituyente para después dirigirse hacia el centro histórico de la ciudad, en una manifestación que combinó la fuerza numérica con una sofisticada estrategia simbólica y discursiva. Como observa De Certeau, “lo cotidiano está sembrado de maravillas, espuma tan deslumbrante [...] como la de los escritores o los artistas. Sin nombre propio, toda suerte de lenguajes dan motivo a estas fiestas efímeras que surgen, desaparecen o recomienzan” (1996, 55). Esta perspectiva permite valorar las prácticas cotidianas que tuvieron lugar en el Parque Montalvo durante estas manifestaciones como formas de creación cultural significativas.

La concentración inicial se realizó al grito de “Alerta, alerta, alerta que camina la lucha feminista por América Latina”, consigna que conectaba la lucha local con los

movimientos continentales. Las participantes, provenientes de diversos sectores sociales, compartían un mismo propósito: hacer visible su presencia y sus demandas en un contexto en el que el incremento de los feminicidios había alcanzado niveles alarmantes.

El ambiente durante la marcha era una mezcla de determinación y alegría, con pancartas, cánticos y consignas que resonaban con fuerza. Una de las consignas que se escuchó fue: “Arroz con leche, yo quiero encontrar a una compañera que quiera soñar. Que crea en sí misma y salga a luchar. En busca de sus sueños y más libertad. Valiente sí, sumisa no. Feliz, alegre y fuerte, te quiero yo”, resignificando creativamente una canción tradicional infantil para convertirla en un himno de empoderamiento.

El punto culminante de la marcha fue el momento en que miles de voces se unían en un solo grito: “¡Vivas se las llevaron, vivas las queremos!”; un grito que resonaba en cada rincón de la ciudad, exigiendo respeto al derecho más básico: el derecho a la vida. Esta consigna, adoptada del movimiento feminista mexicano, había logrado universalizarse como símbolo de resistencia contra los feminicidios en toda América Latina.

Lo que distingue a esta fase del movimiento feminista ambateño es su capacidad para generar hermandad. Durante la marcha de 2024, pude observar cómo se generaba una energía electrizante entre las participantes, una sensación de solidaridad que trascendía las barreras individuales. Cada paso, cada grito, cada puño en alto, constituía una afirmación de fuerza colectiva que impactaba no solo a las participantes sino también a la gente que pasaba, algunos de los cuales se unían espontáneamente a la marcha.

Esta construcción de hermandad responde a la propuesta de Segato sobre la necesidad de que los Estados latinoamericanos abandonen el terror étnico que orientó la unificación nacional, para promover la reconstitución de los tejidos comunitarios desintegrados por la intervención colonial y republicana. Solo un Estado que restituya la ciudadanía comunitaria, garantizando mecanismos de deliberación interna y fueros colectivos, tendría la capacidad de frenar esta violencia que se ensaña contra los cuerpos de mujeres y niños (Segato, 2013).

Las manifestaciones feministas en Ambato han desarrollado una particular relación con el arte como forma de denuncia y construcción de memoria. Sus performances, consignas e intervenciones visuales buscan cumplir una función testimonial, una urgencia ética por denunciar los crímenes y rescatar la memoria de las

víctimas. Como señala Diéguez, quizás el valor más grande del arte como denuncia es negarse al olvido, mantener viva la memoria en una sociedad que prefiere silenciar el pasado.

Esta estrategia se materializa no solo en las marchas sino en intervenciones permanentes en el espacio urbano. El movimiento feminista ambateño enfrenta el desafío de profundizar su propuesta hacia lo que Walsh denomina una interculturalidad crítica. Esto implica reconocer que su lucha, siendo fundamentalmente de las mujeres, debe articularse con otros sectores que luchan por los derechos humanos como colectivo, evitando que su aislamiento invalide sus demandas.

Se requiere entonces construir una interculturalidad y una educación desde la diferencia colonial misma, que cuestione las jerarquías y las concepciones de humanidad impuestas por la modernidad. Solo así se podrá avanzar hacia un mundo donde las mujeres puedan desarrollarse plenamente, sin temor a ser juzgadas, menospreciadas o agredidas por el simple hecho de ser mujeres.

La fuerza del movimiento feminista ambateño radica precisamente en su capacidad para unir a mujeres de todas las procedencias en torno a una misma causa, manteniendo al mismo tiempo la especificidad de sus demandas y la su propuesta. Mientras sigan marchando juntas, alzando sus voces con determinación, visibilizando la violencia y construyendo interculturalidad desde la diferencia colonial, constituirán una fuerza imparable en la lucha por la igualdad, la justicia y el reconocimiento de su plena humanidad.

4.4. Las movilizaciones de octubre 2019 y junio 2022: El parque como punto de convergencia

La ocupación del Parque Montalvo durante octubre de 2019 representó más que una simple concentración; constituyó una toma efectiva del espacio público que desafió directamente el poder estatal. Como documenta Luna Báez, Simelio y Forga Martel (2024), las movilizaciones indígenas no solo ocuparon las plazas tradicionales, sino que establecieron una red de espacios interconectados que incluía desde el parque hasta las universidades que funcionaron como centros de acopio. De Certeau sostiene que “la pobreza, la marginación y el descontento continúan formando parte de lo público, pero ahora entendido como lo que está ahí, a la vista de todos, negándose a obedecer las consignas que lo condenaban a la clandestinidad” (1996, 95); esto resulta fundamental

para analizar cómo las marchas indígenas resignificaron el parque al visibilizar demandas históricamente marginadas.

El movimiento indígena, liderado por la Conaie, implementó una estrategia territorial que conectaba el Parque Montalvo con otros espacios simbólicos de la ciudad. La toma de la Gobernación de Ambato se convirtió en un acto paralelo y complementario a la ocupación del parque, estableciendo un corredor de resistencia que vinculaba lo local con lo nacional (Veintimilla Quezada 2020). Esta estrategia de ocupación múltiple permitió que los manifestantes mantuvieran el control territorial incluso cuando las fuerzas del orden intentaban desalojarlos de un punto específico.

Durante esas jornadas, se pudo observar cómo el parque funcionaba no solo como espacio de concentración sino como centro de organización logística de la resistencia. Se improvisaron estaciones médicas o puntos de encuentro. Como señala Ramírez Gallegos, la ocupación ya no era meramente simbólica sino práctica: el parque se convertía temporalmente en una extensión del espacio doméstico de los manifestantes, donde “la forma-paro pudo contribuir a tal desenlace al abrir el horizonte compartido de quienes se reconocen en los mundos del trabajo ampliado” (2020,15).

La conexión del movimiento indígena con el Parque Montalvo trasciende la mera ocupación coyuntural. Como documenta Garzón-Vera y Bravo el movimiento indígena ecuatoriano ha desarrollado históricamente “nuevas formas de lucha reivindicativa y un amplio poder popular a través de la participación de diversos sectores sociales” (2023,39). El parque se convierte así en un espacio urbano que permite al movimiento indígena territorializar sus demandas en el corazón de la ciudad.

La presencia indígena en el parque durante 2019 y 2022 evidenció lo que Ortiz Crespo caracteriza como un cambio generacional en la dirigencia y nuevas bases sociales del movimiento indígena, particularmente visible en “el protagonismo de los y las jóvenes indígenas sub proletarios y urbanizados en la contestación de Octubre” (2020, 17). Estos jóvenes utilizaron el parque no solo como punto de concentración sino como laboratorio de nuevas formas organizativas que combinaban las tradiciones ancestrales con las tecnologías digitales contemporáneas.

La consigna “Fuera, Lenin” resonó en gritos conjuntos, actualizando la tradición histórica de disputar los símbolos del poder desde el corazón de la ciudad. Sin embargo, estas movilizaciones también evidenciaron las transformaciones en las formas de organización política: junto a las estructuras organizativas tradicionales, emergían

formas más horizontales y descentralizadas de movilización, articuladas principalmente a través de redes sociales.

El paro nacional de junio de 2022 confirmó esta tendencia evolutiva en el uso del espacio público. Como documenta Veintimilla Quezada, durante estas jornadas se registraron un total de 380 testimonios que reclaman ser víctimas de violaciones a sus derechos humanos desde de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2020). El parque recuperó su función como punto de convergencia, pero las dinámicas organizativas mostraban claros signos de renovación generacional. Los jóvenes utilizaban el espacio de manera diferente a las generaciones anteriores: menos centrada en los discursos, más distribuida por todo el parque, con mayor protagonismo de las redes sociales para la coordinación y difusión de las acciones.

Esta transformación se vio intensificada por el contexto de violencia estatal sistemática que caracterizó las respuestas gubernamentales. Como documenta Pino Garrido:

La declaratoria del estado de excepción otorgó al Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas la potestad de fijar los espacios aledaños a edificios públicos y a sectores estratégicos del Estado en los que no habría libertad de circulación durante la protesta. (2020, 17)

En este contexto represivo, el Parque Montalvo se convirtió en uno de los pocos espacios donde la ciudadanía podía ejercer sus derechos constitucionales de reunión y expresión.

El contexto de las movilizaciones debe entenderse también en relación con las transformaciones institucionales regresivas implementadas por los gobiernos. La última ley de reestructuración del Estado ecuatoriano, aprobada en el marco de los acuerdos con el FMI, implicó la desaparición y fusión de varios ministerios, particularmente aquellos vinculados con la cultura, la educación intercultural y los derechos colectivos.

Esta reestructuración formó parte de una política más amplia de captura empresarial del poder e incluyó a los representantes de las cámaras de comercio y de grandes empresas exportadoras en carteras como Economía y Finanzas, Comercio Exterior y Trabajo. La eliminación de institucionalidad cultural representó un ataque directo a los espacios de producción simbólica y política de los sectores populares.

Una de las transformaciones más recientes en el uso político del Parque Montalvo ha sido la emergencia de trabajadores culturales y movimientos contemporáneos que han encontrado en este espacio un lugar para construir sus propias

formas de organización y resistencia. Ante la desaparición de instituciones estatales de apoyo a la cultura, estos trabajadores han comenzado a utilizar el parque como plataforma para grabar videos y crear contenido audiovisual que documenta y denuncia las condiciones de precarización laboral. Esta dinámica ejemplifica perfectamente la distinción De Certeau entre “una producción racionalizada, tan expansionista como centralizada, ruidosa y espectacular que corresponde a otra producción, calificada de 'consumo': ésta es astuta, se encuentra dispersa pero se insinúa en todas partes, silenciosa y casi invisible” (1996, 70). La tensión entre las narrativas oficiales sobre el Parque Montalvo y los usos cotidianos de los trabajadores culturales evidencia estas nuevas formas de resistencia.

Estos nuevos actores laborales enfrentan desafíos que requieren formas de organización diferentes a las del sindicalismo tradicional. Al no mantener una relación laboral clásica con un empleador definido, se les ha negado desde el Estado la posibilidad de sindicalizarse y se desconoce su condición como trabajadores (Sánchez, Quevedo y Maya 2022). Sin embargo, han encontrado en espacios como el Parque Montalvo lugares para construir sus propias formas de trabajo social.

El parque se ha convertido en un estudio audiovisual al aire libre donde colectivos de comunicación alternativa, artistas independientes, y trabajadores culturales precarizados desarrollan proyectos que buscan la denuncia social. Esta apropiación tecnológica del espacio público representa una actualización de las formas tradicionales de protesta, donde la producción de contenido digital se convierte en una herramienta de organización política.

Más allá de la producción audiovisual, el parque funciona como espacio de reunión horizontal donde estos trabajadores culturales desarrollan redes de apoyo mutuo. Estas dinámicas organizativas se caracterizan por su flexibilidad temporal y espacial: no requieren de convocatorias formales ni de estructuras burocráticas rígidas, sino que se articulan de manera fluida a través de las redes sociales y la presencia física en el parque.

La presencia de estos trabajadores en el parque representa una actualización de la memoria obrera del espacio, pero también una transformación en las normas de organización laboral contemporáneas. Como señala Ramírez Gallegos, estos procesos evidencian cómo “la expansión del espacio plebeyo demanda giros cualitativos en los modos de aprehensión de las opciones de la emancipación en tiempos de cambio político” (2020, 22).

Esta nueva toma política del Parque Montalvo demuestra cómo los espacios urbanos tradicionales pueden ser reactivados por nuevos sujetos sociales que enfrentan condiciones de explotación y exclusión. El parque se convierte así en un espacio de experimentación política donde convergen las memorias históricas de la resistencia obrera con las necesidades organizativas de los trabajadores precarizados del siglo XXI.

4.5. La ocupación cotidiana: transformaciones en los usos del parque

Más allá de las manifestaciones, la cronología debe incluir las transformaciones cotidianas en los usos del parque que han resultado de estas disputas simbólicas. Estas conversaciones, aparentemente triviales, representan espacios de formación política informal donde se van construyendo nuevos sentidos comunes sobre lo que significa vivir en Ambato.

De manera similar, la presencia regular de jóvenes ha transformado el parque en un espacio de encuentro intergeneracional donde se transmiten experiencias de lucha y se articulan nuevas formas de resistencia.

Esta cronología revela varios patrones significativos en la relación entre movimientos sociales contemporáneos y el Parque Montalvo. En primer lugar, la persistencia del parque como espacio privilegiado de enunciación política, a pesar de los cambios en los actores, las demandas y los contextos políticos. Esta persistencia sugiere que el parque ha adquirido una memoria espacial que lo convierte en el lugar para hacer política en Ambato.

En segundo lugar, la evolución en las formas de ocupación del espacio. Mientras las primeras manifestaciones indígenas y obreras seguían un patrón más vertical, las ocupaciones más recientes tienden hacia formas más horizontales de apropiación, donde el espacio se transforma temporalmente en extensión del espacio doméstico y comunitario de los manifestantes.

En tercer lugar, la diversificación progresiva de los actores que consideran al parque como “suyo”. Si en 1990 eran principalmente organizaciones indígenas y sindicatos tradicionales, en las últimas décadas hemos visto a nuevos sujetos políticos que disputan nuevas formas de hacer política en este espacio tradicional.

Finalmente, esta cronología muestra cómo cada nueva ocupación del parque presenta nuevos significados sobre los anteriores, sin borrarlos completamente. El parque contemporáneo porta simultáneamente la memoria de las luchas indígenas de los noventa, las resistencias sindicales de las últimas décadas, y las irrupciones feministas

más recientes. Esta superposición de memorias hace del parque un espacio de uso simbólico.

También revela las tensiones actuales entre la institucionalización de algunas demandas sociales y la persistencia de formas autónomas de organización. Algunas de las reivindicaciones que se expresaron en el parque durante las décadas pasadas han sido parcialmente incorporadas por las políticas públicas municipales y nacionales, lo que plantea nuevos desafíos para los movimientos sociales.

Por ejemplo, la agenda de género que las Guambras Verdes han impulsado desde el parque ha encontrado cierta receptividad en la institucionalidad municipal, que ha creado unidades especializadas en violencia de género y ha implementado políticas de igualdad. Sin embargo, esta institucionalización también genera debates dentro del movimiento feminista sobre la autonomía política.

De manera similar, las demandas laborales que se han expresado históricamente en el parque han encontrado nuevos marcos legales, como las reformas al Código de Trabajo y las regulaciones sobre nuevas formas de empleo. Pero estos avances normativos contrastan con la persistencia de condiciones laborales precarias que continúan motivando las movilizaciones en el espacio.

Esto demuestra que la historia del Parque Montalvo no puede entenderse al margen de las luchas sociales que le han dado sentido político durante las últimas tres décadas. Cada manifestación ha contribuido a construir un espacio público más democrático, más inclusivo, más representativo de la diversidad social de Ambato. El parque de 2025 es radicalmente diferente al de 1990, no solo en su morfología física sino en sus significados políticos y sociales.

Esta transformación es el resultado acumulado de décadas de resistencia, organización y lucha popular que han logrado disputar exitosamente uno de los espacios más emblemáticos de la ciudad, convirtiéndolo de símbolo tradicional en territorio de enunciación. Sin embargo, esta democratización del espacio sigue siendo un proceso en construcción, que requiere la movilización continua de los sectores organizados para mantener y profundizar las conquistas alcanzadas.

Se nos sugiere que el futuro político del parque dependerá de la capacidad de los movimientos sociales para articular sus luchas específicas con las demandas más amplias de democratización de la ciudad y la sociedad. En este sentido, el Parque Montalvo continuará siendo un territorio en disputa donde se escriben los capítulos más importantes de la historia social ambateña contemporánea.

5. Conversaciones afectos y luchas en una estancia viva

Habitar una estancia, esas que contienen flujos de vida, recuerdos personales, memorias colectivas, estancias que conectan luchas del antes con luchas del ahora, de esas que piden ser narradas, ser estudiadas.

Ver cambiar un parque, verlo evolucionar, tomar mis recuerdos, los de quienes vinieron antes que yo, pero que de alguna manera me formaron, conversaciones con mi abuela y tíos abuelos, con mi tío Nepta. Conversaciones que me enseñaron que el parque no es solo un espacio físico abierto al público sino una conjunción de memorias, de espacio vivo, que se permitió crecer y evolucionar a pesar de las ideas con las que fue concebido.

Creo que hay una fuerza vital que puede ser descubierta a través del entendimiento. El entendimiento que fue correr dentro del parque espantando las palomas, comiendo helados de mora, sintiendo el corazón de una ciudad con la creación de una fiesta que nació de un desastre, de la conjunción diversa que forma Ambato cuando se toma en cuenta su multiculturalidad y diversidad.

Es entender mi sentir cuando conversaba con mi abuela y me decía que siempre se iba al parque después del cementerio, es recordar acompañarla a ver el atrio de la catedral en fiestas de Ambato, es hacer el recorrido de las flores de su mano, es hablar con mi tío Calín sobre los parqueaderos de animales y como se utilizaban para visitar el centro. Es escuchar sus conversaciones y descubrir que esos espacios que yo consideraba eternos, de esos que se entretajan en la identidad de la ciudad han cambiado con el paso de los años, es escuchar los relatos de la modernidad llegando a la ciudad.

Es entender el sentir de Neptalí Sancho de la Torre, cuando me hablaba de su padre, de cómo hablaba de su ciudad que también es mía, es aprender todo lo que se buscó hacer por Ambato, fue descubrir la misión cultural y su importancia, los esfuerzos por recuperar lo importante y no lo que las élites consideraban necesario en medio de las secuelas del terremoto, es en palabras del alcalde Sancho:

Enseñar a los gobernantes el sentido de la cooperación, brindándoles generosamente todo el apoyo que, en un principio, sólo la Municipalidad podía darles. Y enseñarle al pueblo el camino de la limpieza, de la dignidad en la lucha, guiarle en su impulso reconstructor y acompañarle en sus reclamos para que ni siquiera se le deje el derecho a trabajar. (1947-1949, sec. 1)

Es conversar con Betty Miño, y revelar el incansable trabajo de vida que fue recuperar la memoria histórica de la ciudad, es redescubrir Ambato desde sus ojos, desde sus luchas como parte de la municipalidad y la universidad, es escucharle hablar de las extensas luchas de su madre por los derechos de los obreros y trabajadores municipales de Ambato. Es aprender de doña Luz América y su fuerza incansable de vida. Es escucharla hablar y transportarme a las reuniones de los domingos en mi casa, es volver a escuchar a mi mamá y mis tíos conversar de salud, educación, economía y la lucha de clases por un mundo más justo.

Es vivir mis propias luchas en el parque, de la mano de mis amigas, es oír a Dome hablar sobre su propia historia de activismo, es oír a Itzel y su lectura del feminismo Ambateño desde sus ojos, es marchar junto a ellas, es sentir en el aire la sensación de hermandad y solidaridad que trascendía las barreras individuales. Es ser parte de una fuerza colectiva, el estar unidas por un objetivo común. Esta energía que se generaba al caminar juntas. Cada paso, cada grito, cada puño en alto, era una afirmación de nuestra fuerza colectiva, era exigir el respeto de nuestro derecho más básico, el derecho a la vida.

Es aprender que en el momento que regresé a mi casa me di cuenta de que tenía la sensación de haber sido parte de algo trascendental. De haber alzado mi voz junto a mil de otras mujeres que comparten mi sueño de un futuro más justo e igualitario. Porque esa es la fuerza del movimiento feminista: su capacidad para unir a mujeres de todas las procedencias en torno a una misma causa.

Y seguir marchando juntas, alzando nuestras voces con determinación, visibilizando la violencia y construyendo interculturalidad desde la diferencia, es buscarnos ser imparables en nuestra lucha por la igualdad, la justicia y el reconocimiento de nuestra plena humanidad.

Es ir a visitar a Elías a su casa, de la mano de mi papá, de quien aprendí la importancia del *prestamano*, de la capacidad de cuidar la confianza de alguien que guarda tantas memorias de luchas perdidas en el tiempo, es escucharlos conversar sobre quien ya no está, y quien sigue peleando, de que pasa con las comunidades, de cómo poder seguir peleando y seguir ayudando, de entender que la lucha siempre es más fácil juntos que separados.



Figura 9. Trabajo en el Parque
Fuente: Archivo de la autora

Es sentarme en el parque, y ver pasar la ciudad frente a mí, estar con Youkali y que ella me permita conversar con estos habitantes del parque, aprender de sus historias, escuchar anécdotas de cómo sus hijos crecieron viniendo al parque, de cómo los niños llevan trabajando, limpiando zapatos desde los seis, es escuchar como los habitantes del parque entraron a llevarse huesos que habían sido redescubiertos muchos años después del terremoto.



Figura 10. Youkali en el Parque
Fuente: Archivo de la autora

Es llevarme a mi sobrina Encha al archivo de la Biblioteca Provincial, para que se haga amiga de la bibliotecaria infantil, que le permitan llevarse sus libros a la hemeroteca para estar conmigo, es escucharla preguntarme otra vez sobre qué año vamos a aprender, es verla con sus guantes que le quedan grandes al descubrir conmigo algo que se volvería tan importante para mí.

Es reunirme con Alicia, en esa maravillosa oficina en el piso 5 de la Andina, escuchar y conversar sobre mis ideas, aprender que lo que escribo y cómo lo escribo también es válido, es contarle mi vida y recibir a cambio formas de escribirla, de recibir en esa estancia un abrazo y formas de cuidado en las palabras.

Es sentarme con Katic a discutir la tesis, aprender que el primer borrador está bien, que la vida y la escritura no son perfectas, y que la juntanza permite el desarrollo de las ideas. Es mandarle mis textos a Jose, por primera vez sin miedo de la crítica, permitiéndole y permitiéndome recibir algo constructivo a cambio.

Y esta fuerza vital, que llego a mí a través del entendimiento de todas estas personas y anécdotas es lo que me permite ver a este parque por lo que es: un espacio de constante evolución, de juntar el pasado y relacionarlo con mi presente.

Ver el parque como símbolo de cambio, el redescubrirlo a través de los ojos de mis sobrinos comiendo helado de mora, el ver a la gente jugando carnaval, el ver a Ambato juntarse a través de sus tradiciones y crear otras nuevas, el transportarme en el tiempo cuando siento la ausencia de mi Abuela, el descubrir figuras e historias de política escondidas en la historia de Ambato.



Figura 11. Carnaval en el Parque
Fuente: Archivo de la autora

En este trabajo intenté dialogar con mi pasado, con el presente de mi ciudad y con el futuro que deseamos para un parque que, según mis memorias y las de muchos, nació de la necesidad de encontrarnos, y que hoy late con la fuerza de quienes luchan por resignificarlo y hacerlo más suyo.

Conclusiones

Al concluir este recorrido investigativo por las transformaciones del Parque Montalvo, puedo afirmar que este espacio urbano funciona como un espacio vivo donde conviven múltiples capas de memoria, poder y resistencia que trascienden su función original. La pregunta central que guió esta investigación ¿cómo han evolucionado las narrativas, usos y apropiaciones del parque desde su construcción hasta hoy, y de qué manera las tensiones entre historia oficial y movimientos sociales lo han resignificado? Este proceso me permitió encontrar respuestas complejas que revelan tanto la persistencia de las estructuras de poder como la capacidad transformadora de la organización popular.

Mi análisis de la transformación de plaza matriz colonial a parque (1905-1913) demuestra que este espacio nunca fue neutral, sino que desde sus orígenes se planteó un proyecto político específico de las élites locales. La construcción del parque-monumento no representó simplemente una mejora estética urbana, sino la materialización de un proyecto identitario que excluía su origen e intentaba recrear el espacio público según los cánones de la modernidad europea, mientras marginaba sistemáticamente a indígenas, campesinos y sectores populares.

La paradoja de dedicar el parque a Juan Montalvo una figura liberal convertida en símbolo conservador por las élites ambateñas revela las operaciones de apropiación simbólica que caracterizan la construcción de imaginarios hegemónicos. Esta resignificación del legado intelectual de Montalvo anticipaba las tensiones que atravesarían el parque durante todo el siglo XX: la contradicción permanente entre los discursos de inclusión cultural y las prácticas de exclusión social.

El terremoto de 1949 constituye el punto de inflexión más significativo en la historia del parque, provocando lo que he denominado una democratización forzada que rompió definitivamente las barreras sociales tradicionales. La conversión del parque en refugio popular no solo transformó temporalmente sus usos, sino que estableció precedentes sobre el derecho de todos los sectores sociales a ocupar el espacio público central de la ciudad. La experiencia de las chunganas (1949-1950) y la organización comunitaria que surgió durante la crisis demostró la capacidad de autogestión de los sectores populares, cuestionando las narrativas elitistas sobre su supuesta incapacidad política.

El terremoto de 1949 constituye el punto de giro más significativo en la historia del parque, no solo por la democratización forzada que provocó, sino porque transformó radicalmente la naturaleza misma del espacio: de un lugar de tránsito para marchas y protestas, el parque se convirtió en un espacio habitado y ocupado. Esta distinción es fundamental para comprender las resignificaciones posteriores. La conversión del parque en refugio popular no solo transformó temporalmente sus usos, sino que estableció precedentes sobre el derecho de todos los sectores sociales a ocupar el espacio público central de la ciudad. La experiencia de las chunganas (1949-1950) y la organización comunitaria que surgió durante la crisis demostró la capacidad de autogestión de los sectores populares, cuestionando las narrativas elitistas sobre su supuesta incapacidad política.

Habitar el parque durante esos meses significó algo radicalmente distinto a transitarlo durante una manifestación: implicó dormir bajo sus árboles, cocinar en ollas comunes entre sus jardines, criar niños en sus espacios, organizarse cotidianamente para la supervivencia colectiva. Las chunganas no fueron simplemente carpas de refugio, sino arquitecturas de resistencia que materializaban nuevas formas de estar en el espacio público. Este habitar prolongado generó vínculos afectivos y memorias corporales que transformaron irreversiblemente la relación de los sectores populares con el parque: ya no era un territorio ajeno que se atravesaba en marcha hacia las instituciones del poder, sino un lugar propio donde se había experimentado la solidaridad, el dolor compartido y la capacidad de organización autónoma.

El análisis de las apropiaciones contemporáneas del parque por parte del movimiento feminista, el movimiento obrero y el movimiento indígena revela diferentes estrategias de disputa simbólica que han logrado transformar los significados asociados a este espacio emblemático. Cada movimiento ha desarrollado formas específicas de ocupación que responden tanto a sus tradiciones organizativas como a las condiciones políticas de cada época.

Las Guambras Verdes han utilizado las pedagogías feministas del espacio público como estrategia para visibilizar las violencias machistas y construir nuevos imaginarios sobre lo que significa ser mujer en Ambato. Sus intervenciones artísticas, particularmente el Tendedero Feminista (2025), han logrado transformar las rejas del parque en espacios de comunicación y solidaridad entre mujeres.

El movimiento obrero ha mantenido la tradición de las concentraciones del Primero de Mayo, aunque adaptándose a las nuevas condiciones del mercado laboral

caracterizadas por la fragmentación sindical y la precarización del trabajo. La persistencia de estas marchas, a pesar de la crisis del sindicalismo tradicional, demuestra cómo ciertos espacios urbanos conservan una memoria espacial que los convierte en territorios privilegiados para la enunciación política de los sectores trabajadores.

El movimiento indígena ha combinado las ocupaciones estratégicas durante los levantamientos con formas más cotidianas de apropiación cultural del espacio. Su presencia en el parque ha generado las transformaciones más radicales en los significados del espacio.

Una de las contribuciones más significativas de esta investigación es el análisis de cómo las narrativas oficiales sobre el parque han evolucionado estratégicamente para incorporar parcialmente las demandas populares sin cuestionar las estructuras de poder que las generan. La reinterpretación del terremoto de 1949 como origen de la Fiesta de la Fruta y de las Flores ejemplifica cómo las élites locales logran usar las crisis sociales transformándolas en celebraciones que refuerzan su hegemonía cultural.

Sin embargo, las memorias subalternas han demostrado una notable capacidad de resistencia al olvido. Los testimonios recogidos, particularmente el de Elías Tixilema sobre los levantamientos indígenas, revelan la persistencia de memorias alternativas que cuestionan las versiones oficiales y mantienen vivas las tradiciones de resistencia popular. Estas memorias no solo conservan el pasado, sino que proporcionan repertorios de acción para las luchas contemporáneas.

La tensión entre estos dos tipos de memoria se materializa cotidianamente en el uso del parque. Mientras las autoridades promueven una visión patrimonial estática del espacio como símbolo de la identidad ambateña, los movimientos sociales lo utilizan como territorio vivo donde experimentan nuevas formas de ciudadanía y participación política.

Esta investigación ha demostrado la productividad analítica de incorporar la subjetividad del investigador como herramienta metodológica legítima. Mi vínculo afectivo con el parque, lejos de constituir una limitación, se convirtió en una ventaja que me permitió acceder a dimensiones de la experiencia política usualmente invisibilizadas por la distancia académica tradicional.

La articulación entre experiencia vivencial y trabajo de archivo ha revelado que la historia de los espacios urbanos no puede comprenderse únicamente a través de fuentes documentales, sino que requiere incorporar las memorias corporales y afectivas de quienes los habitan. Esta perspectiva metodológica resulta especialmente relevante

para los estudios urbanos contemporáneos, donde las transformaciones del espacio público están íntimamente relacionadas con las biografías de sus usuarios.

Los hallazgos de esta investigación contribuyen a los debates teóricos sobre el derecho a la ciudad, la memoria urbana y las formas contemporáneas de resistencia social. La conceptualización del Parque Montalvo como un espacio donde se combinan capas de significado político puede resultar útil para analizar otros espacios públicos emblemáticos de ciudades intermedias latinoamericanas.

El cómo los movimientos sociales logran resignificar espacios diseñados para excluirlos aporta evidencia empírica a las teorías de Michel De Certeau sobre las “artes de hacer” y las tácticas de apropiación popular del espacio urbano. Al mismo tiempo, el análisis de las limitaciones y contradicciones de estos procesos de resignificación contribuye a una comprensión de las dinámicas de poder en el espacio urbano.

La persistencia de las exclusiones sociales, a pesar de décadas de lucha, revela que la transformación de los espacios públicos es un proceso permanente que requiere movilización sostenida. El Parque Montalvo de 2025 es más democrático que el de 1990, pero esta democratización es precaria y reversible, sujeta a los cambios en las correlaciones de fuerza política local y nacional.

Al concluir este proceso investigativo, el Parque Montalvo emerge no solo como objeto de estudio académico, sino como territorio vivo donde se continúan escribiendo los capítulos más importantes de la historia ambateña. Cada vez que camino por esos espacios, mi mirada se detiene en los lugares que han sido resignificados por décadas de lucha popular: las rejas donde las Guambras instalaron su tendedero feminista, las escaleras de la biblioteca donde resonaron los discursos de los dirigentes obreros e indígenas, los árboles bajo cuya sombra se organizaron las resistencias.

Estos lugares se han convertido en anclajes de una memoria colectiva que trasciende lo individual y se proyecta hacia el futuro. El desafío que enfrentan los movimientos sociales contemporáneos es mantener viva esta memoria mientras se adaptan a las condiciones políticas actuales, preservar su autonomía organizativa mientras construyen alianzas estratégicas, radicalizar sus demandas sin perder la legitimidad social conquistada.

Uno de los hallazgos de esta investigación es la identificación de lo pedagógico como dimensión constitutiva de las transformaciones del parque. Lo pedagógico no se refiere aquí a procesos formales de enseñanza, sino a las dinámicas de aprendizaje colectivo que emergen de la ocupación y apropiación del espacio. Cada momento de

resignificación del Parque Montalvo ha generado pedagogías específicas: pedagogías de la supervivencia durante las chunganas, pedagogías de la organización política durante los levantamientos indígenas, pedagogías feministas del espacio público en las acciones de las Guambras Verdes.

Estas pedagogías operan a través de múltiples mecanismos. Primero, la transmisión intergeneracional de memorias de resistencia: los dirigentes que participaron en el levantamiento de 1990 enseñan a las nuevas generaciones cómo ocupar estratégicamente el espacio, qué rutas seguir, cómo organizarse frente a la represión. Segundo, el aprendizaje corporal y afectivo: habitar el parque durante una protesta, dormir en sus espacios, compartir alimentos, genera un conocimiento encarnado sobre el derecho a la ciudad que no puede transmitirse solo discursivamente. Tercero, la construcción de repertorios de acción colectiva: cada movimiento social aprende de las tácticas desplegadas por movimientos anteriores, adaptándolas a sus propias necesidades y contextos.

Lo pedagógico se manifiesta particularmente en la capacidad de los movimientos sociales para enseñar a leer el espacio de manera crítica. Las Guambras Verdes, por ejemplo, no solo ocupan el parque durante sus acciones feministas, sino que enseñan a otras mujeres a identificar las violencias inscritas en la arquitectura urbana, los horarios de cierre que limitan la movilidad, los códigos de uso que históricamente excluyeron a las mujeres consideradas "no respetables". El movimiento indígena, por su parte, ha desarrollado pedagogías que enseñan a las comunidades a navegar el espacio urbano, tradicionalmente hostil a su presencia, y a transformarlo en territorio de enunciación política propia.

Estas pedagogías del espacio generan lo que podríamos denominar sujetos políticos espacializados: personas que han aprendido a través de la práctica que los espacios públicos no son contenedores neutros, sino territorios en disputa donde se materializan relaciones de poder y donde es posible desplegar resistencias efectivas. Esta formación de sujetos políticos a través del uso y la ocupación del espacio constituye quizás el legado más duradero de las transformaciones del Parque Montalvo.

De igual manera la noción de "estancias", introducida desde las primeras páginas de esta tesis y recuperada analíticamente en el análisis de las chunganas y la ocupación contemporánea, emerge como una categoría conceptual y metodológica fundamental para comprender los procesos de resignificación espacial. Como planteé siguiendo a

Alicia Ortega su definición trasciende la concepción del espacio como mero contenedor físico para pensarlo como territorio vivido, habitado y recordado.

Las estancias permiten desarrollar una breve teoría personal del espacio que dialoga productivamente con la noción de lo pedagógico: los espacios se convierten en estancias cuando son habitados de manera prolongada, cuando generan memorias compartidas, cuando se inscriben en los cuerpos de quienes los ocupan. El Parque Montalvo ha funcionado como múltiples estancias superpuestas: la estancia de las familias refugiadas en las chunganas, la estancia de los dirigentes indígenas que coordinaban las movilizaciones bajo sus árboles, la estancia de las feministas que instalaron el tendedero como acto de memoria colectiva, mi propia estancia infantil persiguiendo palomas.

Esta multiplicidad de estancias revela que los espacios están expuestos a resignificaciones constantes precisamente porque pueden ser habitados de maneras radicalmente distintas por diferentes sujetos sociales. La resignificación no es un proceso abstracto o meramente simbólico, sino una práctica corporal y afectiva: el espacio se resignifica cuando nuevos cuerpos lo habitan de formas no previstas por sus diseñadores originales, cuando se generan nuevas memorias que disputan las narrativas oficiales, cuando se establecen vínculos afectivos que transforman el territorio ajeno en lugar propio.

La categoría de estancias permite también entender lo pedagógico como resignificación encarnada: cada vez que un nuevo grupo social habita el parque de manera prolongada, aprende y enseña formas distintas de estar en el espacio público. Las chunganas fueron estancias pedagógicas donde los sectores populares aprendieron que podían ocupar legítimamente el centro simbólico de la ciudad. Los levantamientos indígenas fueron estancias donde las comunidades rurales aprendieron a transformar el espacio urbano hostil en territorio de enunciación política. Las intervenciones feministas son estancias efímeras pero potentes donde se aprende colectivamente a identificar y resistir las violencias patriarcales espacializadas.

Pensar las resignificaciones a través de la categoría de estancias implica reconocer que la transformación de los espacios requiere habitarlos, no solo transitarlos. Esta distinción es fundamental: el tránsito (como el de las marchas tradicionales que atraviesan el parque hacia la gobernación) genera visibilidad temporal pero no necesariamente transforma las relaciones de poder inscritas en el espacio. La ocupación

prolongada (como la de las chunganas) genera estancias que inscriben memorias duraderas y establecen precedentes sobre quiénes tienen derecho a habitar el centro urbano.

Esta teoría de las estancias como espacios de resignificación pedagógica abre posibilidades para futuras investigaciones sobre otros territorios urbanos de Ambato y para comprender cómo los movimientos sociales contemporáneos continúan desplegando tácticas de ocupación que transforman los espacios públicos en estancias de aprendizaje colectivo y construcción de ciudadanías alternativas.

La experiencia del Parque Montalvo demuestra que los espacios públicos no son simplemente contenedores neutrales de la actividad social, sino territorios donde se materializan las tensiones entre proyectos de sociedad.

Las transformaciones del Parque Montalvo abren interrogantes fundamentales que invitan a expandir esta investigación hacia otros espacios de Ambato que también han sido escenarios de disputas simbólicas y apropiaciones populares. ¿Cómo han evolucionado las dinámicas de poder y resistencia en el Parque Doce de Noviembre, espacio que durante décadas ha funcionado como punto de encuentro, llegada del ferrocarril, parada de buses y que también fue refugio durante el terremoto de 1949? ¿De qué manera la Casa de los Estancos, con su carga histórica como espacio de llegada y salida del alcohol a la ciudad y espacio político ha sido resignificada por las prácticas culturales y políticas contemporáneas, y qué memorias subalternas se superponen en sus muros? Estas preguntas sugieren la necesidad de desarrollar una geografía crítica de los espacios públicos que articule las metodologías de arqueología urbana y memoria personal aquí empleadas con análisis comparativos que revelen los patrones comunes y las especificidades de cada territorio. Futuras investigaciones podrían explorar cómo estos espacios dialogan entre sí, construyendo una red de memorias que diferencia los límites físicos de cada lugar para configurar una cartografía alternativa de la resistencia y la apropiación popular en la ciudad. La pregunta que permanece abierta es si estos otros espacios han desarrollado formas similares a lo ya estudiado o si, por el contrario, han mantenido dinámicas de exclusión que revelan las persistencias coloniales en el tejido urbano contemporáneo.

Mi invitación, al compartir este relato que entrelaza lo personal con lo histórico, lo íntimo con lo público, lo vivido con lo que está por resignificarse, es que reconozcamos en nuestros propios espacios urbanos las mismas dinámicas de poder, resistencia y transformación que he analizado en el Parque Montalvo. Cada plaza, cada

parque, cada esquina de nuestras ciudades porta memorias que esperan ser activadas por nuevas generaciones de luchadores sociales.

El Parque Montalvo seguirá siendo un territorio en disputa donde se encontrarán las respuestas que los movimientos sociales planteen para los desafíos del siglo XXI. Como sostuve al inicio de esta investigación, este parque nació para ser testigo de los usos que le ha dado la gente, de las formas que lo han habitado distintas generaciones. Hoy tiene con la fuerza de quienes continúan luchando por resignificarlo y hacerlo más suyo, confirmando que la historia urbana se escribe no solo en los archivos oficiales, sino en las prácticas cotidianas de resistencia y solidaridad de quienes se niegan a aceptar que el espacio público sea el monopolio de unos pocos.

Obras citadas

- Agoglia, Rodolfo Mario. 2019. *Conciencia histórica y tiempo histórico*. <http://pucedspace.puce.edu.ec:80/handle/23000/6045>.
- Bustos, Guillermo. 2018. *Antología del pensamiento crítico ecuatoriano contemporáneo*. Editado por Gioconda Herrera Mosquera. 1st ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Certeau, Michel de. 1996. *La invención de lo cotidiano: artes de hacer. I*. Universidad Iberoamericana.
- Chato, Vicente. 2019. *El glorioso levantamiento indígena de Tungurahua: junio 1990*. Imprenta Pio XII.
- Delgado, Manuel. 2011. *El espacio público como ideología*. Los Libros de la Catarata. “*Diario Cronica*”. 1949.
- Diéguez Caballero, Ileana. 2013. *Cuerpos sin duelo: iconografías y teatralidades del dolor*. 1a ed. Córdoba, Argentina: Ediciones DocumentA/Escénicas.
- Estrella, Gustavo. 1986. “La organización sindical en el Ecuador: surgimiento y situación actual”, mayo. Quito, Ecuador. <https://repositorio.iaen.edu.ec/handle/24000/4172>.
- Garcés, Jorge A. 1955. *Libro rojo de la ciudad de San Juan de Ambato 1698*. Quito: Fray Jodoco Ricke.
- García Ramón, María Dolors. 2008. “¿Espacios asexuados o masculinidades y feminidades espaciales?: hacia una geografía del género”. *Semata: Ciencias sociais e humanidades*, nº 20. Servicio de Publicaciones = Serviço de Publicações: 25–51.
- Haesbaert, Rogério. 2013. El mito de la desterritorialización: del fin de los territorios a la multiterritorialidad. México: Siglo XXI Editores, p. 104.
- Harari, Raúl. 2010. “Modelo productivo y modelo sindical en Ecuador”, diciembre. Quito: Centro Andino de Acción Popular CAAP. <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/3474>.
- Hijar, Cristina. 2012. “Espacio público: territorio en disputa”. En . México: Cenidiap Revista Digital. <https://www.discursovisual.net/dvweb22/agora/agocristinahijar.htm#>.
- Hobsbawm, Eric. 1998. *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo Mondadori.
- Jacome, Julio Castillo. 1990. *Historia de la provincia de Tungurahua. Tomo 1*. Offsworth Editores.
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. siglo XXI de España Editores.
- Little, Jo, Linda Peake, y Pat Richardson. 1988. *Women in Cities: Gender and the Urban Environment*. Macmillan Education.
- López Valarezo, Alejandro. 2020. “Análisis de un proceso hegemónico. La construcción del Código del Trabajo de 1938 en Ecuador”, diciembre. Quito, Ecuador: CAAP. <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/17469>.
- Lugones, María. 2003. *Pilgrimages: Theorizing Coalition against Multiple Oppressions = Peregrinajes*. Feminist Constructions. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.

- Melucci, Alberto. 1996. *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age*. Cambridge: Cambridge University Press, p. 23.
- Mbembe, Achille. 2003. "Necropolitics." *Public Culture*, 15(1): 11-40, p. 13.
- Miño, Betty. 2025. *Memorias del Parque Montalvo: Entre la historia oficial y la resignificación social después del terremoto de 1949 en Ambato*.
- Municipio de Ambato. 1905. "Oficios y Actas de la Junta del Parque y Estatua Juan Montalvo".
- Gerardo Nicola. 2025. "La Industrial Algodonera y Venus marcaron un hito en el comercio". *LA HORA*. Accedido agosto 11. <https://www.lahora.com.ec/tungurahua/La-Industrial-Algodonera-y-Venus-marcaron-un-hito-en-el-comercio-20221114-0072.html>.
- Nicola, Gerardo. 2020. *Ambato eterno: una visión de su arquitectura patrimonial*. Editorial Don Bosco.
- Núñez, Jorge, ed. 2015. *Los fenómenos naturales en la historia del Ecuador y el sur de Colombia*. Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Ortega, Alicia. 2022. *Estancias*. Quito: Severo.
- Ortíz, Estefanía de los Ángeles Parra. 2019. "La memoria de una ciudad: Ambato, el desastre y la reconstrucción social." En . Asociación Latinoamericana de Sociología. <https://www.aacademica.org/000-030/2118>.
- Reino Garcés, Pedro Arturo. 2018. *Ecuador: identidad a martillazos: reflexiones sobre nacionalidades y la identidad ecuatoriana*. Ecuador: Pedro Arturo Reino Garcés.
- Romero, Alfonso, y Pedro Durini. 1990. *Ecuador universal: visión desconocida de una etapa de la arquitectura ecuatoriana*. Creadora.
- Sánchez, Paola, Tomás Quevedo, y Nataly Maya. 2022. "Agenda de las organizaciones sindicales del Ecuador". *Oficina Región Andina de la Fundación Rosa Luxemburg*, octubre.
- Sancho de la Torre, Neptalí. 2012. *Neptalí Sancho Jaramillo: Pensamiento y Acción*.
- Sancho Jaramillo, Neptalí. 1947. "Informe de Labores". Municipio de Amabto.
- Scott, Edgardo. 2022. *Caminantes: Flâneurs, Paseantes, Walkmans, Vagabundos, Peregrinos*. Gatopardo ediciones.
- "Terremoto del 5 de agosto de 1949 - Instituto Geofísico - EPN". 2025. Accedido septiembre 12. <https://www.igepn.edu.ec/cayambe/805-terremoto-del-5-de-agosto-de-1949>.
- Tixilema, Elias. 2025. *Movimiento Indígena en Tungurahua*. Entrevista.
- Torres Lescano, Jéssica Pamela. 2021. *Ambato: terremoto y reconstrucción (1949-1961)*. Quito, EC: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. <http://repositorio.uasb.edu.ec/handle/10644/8492>.